

UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
DEPARTAMENTO DE LITERATURA
ESCUELA DE POSTGRADO

UNA PERSPECTIVA PARA VER.
EL INTELLECTUAL CRÍTICO DE BEATRIZ SARLO

TESIS QUE, PARA OPTAR AL GRADO DE MAGISTER EN LITERATURA
CON MENCIÓN LITERATURA HISPANOAMERICANA Y CHILENA,
PRESENTA:

ROMINA PISTACCHIO HERNÁNDEZ

PROFESOR GUÍA: GRÍNOR ROJO DE LA ROSA

SANTIAGO DE CHILE, MARZO DE 2006

*A Andrés, por su infinita paciencia, consejos
y apoyo en momentos críticos.
A La Residencia, por ser mi lugar fundamental.
A mis padres y hermanas por ser una inspiración.
A mis abuelas por mostrarme
que el pasado no es irrecuperable.
A mis maestros de hoy y antes,
por hacerme quien soy.
A Don Grínor Rojo,
por creer en mi trabajo.
A mis amigos incondicionales.
A los muertos, sobre todo.*

Índice

Agradecimientos	2
Índice	3
Introducción	4
Capítulo I: “La búsqueda del lugar”	12
Apartado 1: “Benjamin, un residuo para la acción”	12
Apartado 2: “El lugar es de los otros”	30
Capítulo II: “Una propuesta siempre inacabada”	47
Apartado 1: “Las voces del intelectual”	47
Apartado 2: “En la escena de la vida posmoderna”	64
Capítulo III: “Direcciones”	82
Apartado 1: “En el territorio del debate”	82
Apartado 2: “Esto no es nostalgia”	98
Conclusión	112
Bibliografía	118
Apéndice	122

Introducción

El trabajo que aquí comienza surge de la necesidad de examinar y analizar en profundidad el estado actual del campo intelectual latinoamericano¹ y, específicamente, la posición que ocupan ciertos sujetos que, como agentes del mismo, pueden ser consignados como legítimos representantes de la teoría crítica latinoamericana. En este marco, enfocaremos, específicamente, la producción de Beatriz Sarlo, autora argentina que ha venido trabajando desde los años sesenta y setenta. Esto, por dos razones que nos parecen fundamentales. La primera dice relación con las tareas que asume actualmente el intelectual local y, la segunda, con la función que éste está teniendo en el proceso de globalización en nuestra región. Respecto a lo primero, es preciso referirse a la crisis que está experimentando la figura en cuestión, especialmente luego que las llamadas transiciones democráticas no han logrado reposicionar y reordenar el campo intelectual ni superar la disolución arbitraria y violenta de los espacios de discusión que tuvo lugar en la época de las dictaduras. El retraimiento hacia las funciones específicas y hacia el trabajo académico especializado, producto de la herencia de las dictaduras, ha traído como consecuencia el desdibujamiento de la actividad de los intelectuales críticos y de su función eminentemente social. Por otro lado, esta misma situación avala el posicionamiento de una nueva figura, la del intelectual tecnócrata, que se ha convertido en una pieza clave y orgánica en el proceso

¹ Es necesario clarificar desde ahora, el concepto de campo intelectual que se utilizará para los efectos esta investigación. Esta noción es atraída de la propuesta de Pierre Bourdieu, quien lo define de la siguiente manera: (...un campo intelectual) constituye un sistema de líneas de fuerza; esto es los agentes o sistemas de agentes que forman parte de él pueden describirse como fuerzas que, al surgir, se oponen y se agregan, confiriéndole su estructura en un momento dado del tiempo (...) cada uno de ellos (cada uno de los sistemas o sistemas de agentes) está determinado por su pertenencia a este campo: en efecto, debe a la posición particular que ocupa en él propiedades de posición irreductibles a las propiedades intrínsecas y, en particular, un tipo determinado de participación en el *campo cultural*, como sistema de relaciones entre los temas y los problemas, y, por ello, un tipo determinado de *inconsciente cultural*, al mismo tiempo que está intrínsecamente dotado de lo que se llamará un *peso funcional*, porque su masa propia, es decir, su poder (mejor dicho su autoridad) en el campo, no puede definirse independientemente de su posición en él". Vid. Bourdieu, Pierre: "Campo intelectual y proyecto creador" en *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*, trs. Alberto de Escurrida, Ramiro Gual, Violeta Guyot, Jorge Dotti y Néstor García Canclini. Buenos Aires, Montessor, 2002, pp. 9 – 10. De todas formas hay que aclarar que el uso de este concepto que tomo prestado de Bourdieu, será aplicado en función de la especificidad del campo intelectual bonaerense.

de inserción paulatina y definitiva en muchos países de la lógica del mercado global. En estas condiciones, creemos útil analizar cómo piensa Beatriz Sarlo el nuevo escenario, cómo se reinstala luego de haber experimentado el (auto) exilio y de haber construido lenguajes paralelos ante la amenaza del silenciamiento, de qué manera resiste su 'ineficacia' o 'ineficiencia' en el contexto de la especialización y, a la vez, cómo es capaz de denunciar críticamente la fantasmagoría de la democratización globalizada. En este sentido, la búsqueda de una alternativa clara y real sobre el trabajo de los intelectuales críticos, es la que provoca y motiva el desarrollo de esta investigación.

Este trabajo se propone exponer el valor de la reflexión literaria y cultural de Beatriz Sarlo, ambas integradas tanto al ámbito de la academia como al de los medios de comunicación de masas, y exhibir su proceso escritural como una búsqueda inacabada y perfectible del rol y el lugar del intelectual crítico latinoamericano, tanto a nivel teórico – práctico, como en el marco de una búsqueda de autodefinición. Intentaremos seguir la evolución de un proyecto crítico singular, que se proyecta en la figura de un sujeto más amplio, que hoy muestra serias marcas de crisis no sólo en la particularidad del caso argentino, si no a nivel regional e incluso global.

Hemos elegido a Beatriz Sarlo como ob(su)jeto de estudio porque ella muestra, de manera particular, en el proceso de la producción de su escritura, las huellas de la crisis, pero también por su empeño en la configuración de un intelectual con vocación pública y cuestionadora. Es decir que ella construye, a través de su escritura, un camino de búsqueda y autodefinición de su praxis, de sí misma y /o del sujeto de la reflexión. Sin embargo, probablemente la intención más amplia de este trabajo sea la de abrir un espacio de discusión real respecto del quehacer del intelectual, que ofrezca alternativas frente a quienes hoy se hacen cargo de las políticas culturales de nuestros países y que, avalados por instituciones de acreditación internacionales, tienen en su manos el futuro de las prácticas y expresiones culturales de la región. Aspiramos a entregar un estudio que permita señalar posibilidades y que muestre el programa de Beatriz Sarlo como uno de aquellos que no cabe ignorar.

Para conseguir este objetivo, el de acercarnos a la herencia y actualidad del proyecto sarliano, esta investigación se enfrentará descriptiva pero también analítica y críticamente a sus textos y a las nociones básicas a partir de las cuales éstos se estructuran. Para eso, he realizado una selección y examen de algunos de los textos publicados en el espacio temporal que va desde 1988 hasta el 2001 y que se encuentran escritos en formato de libro. Al mismo tiempo, he analizado algunos artículos que Sarlo publicó en la revista que dirige: *Punto de vista*. Mediante este ejercicio intentaré la reconstrucción del proceso de su producción escritural tanto como el de configuración del tipo de intelectual que ella tiene en mente a través de su propio proceso de autodefinición.

Además de la revisión del corpus textual, incluyo como apéndice una entrevista que la autora me concedió y que se llevó a cabo en Buenos Aires en el mes de abril del 2004, justamente en el periodo en el que se estaba iniciando la escritura de esta tesis. Este material ha sido de suma importancia para mí, no sólo en el momento de proyectar el trabajo sino también para su desarrollo, pues me ha permitido comprender en profundidad muchos de los postulados que la autora ha expuesto a lo largo de su carrera, así como también resolver las dudas y cuestionamientos que surgen de la lectura de su producción textual. Así he podido vincular su proyecto teórico y experiencia vital, y sistematizar, a partir de lo que implica la presencia enunciativa, su programa como una totalidad que encuentra sus bases en la búsqueda de un sujeto contextualmente situado. La entrevista me proporcionó también la posibilidad de contar con un material inédito, con datos certeros sobre sus orígenes como académica e intelectual, y con un registro acerca de su trayectoria personal, todo ello marcado por el valor humano que el contacto de la experiencia interpersonal implica. Pude constatar a veces, y en otras definitivamente conocer, ciertas premisas acerca de la construcción de su proyecto teórico - ideológico, percibir sus expectativas e ideas acerca del presente instantáneo y del futuro.

Aun cuando lo anterior es fundamental para sostener la tesis y sobre todo para reconocer en la producción textual de la autora la construcción de un sujeto intelectual, se volvió también necesario llevar a cabo tres operaciones

que se constituyen como una exigencia de corte metodológico para fundamentar esta investigación.

La primera se refiere a la búsqueda y análisis de las herencias programáticas e ideológicas que sustentan el proyecto teórico - intelectual sarliano, con el fin de establecer el origen de aquellas inquietudes y motivaciones que implica la pregunta por el status de intelectual. Procuraremos detectar los conceptos y estrategias que están insertos en su escritura como soportes fundamentales de su trabajo y trayectoria. Una de sus 'seducciones teóricas'², Walter Benjamin, nos parece, en este sentido, un referente importante a la hora de explicar el origen de su proyecto, esclarecer el principio de su concepción de la heterogeneidad, comprender la noción del texto como contexto, las de historia y olvido, y, por supuesto, el método que también es herencia benjaminiana, el de la *flânerie*.

La segunda operación que asumimos como una exigencia metodológica, es el de la contextualización histórica y teórica de la noción de intelectual. Con el fin de generar un marco desde donde poder observar a ese intelectual que propone el proyecto sarliano, hemos seleccionado, para esta investigación, algunas perspectivas que se han expuesto, tanto en el pasado como en el presente, sobre su figura y labor. De todas formas debemos reconocer aquí que nuestro proceso de selección ha sido arbitrario. Esto porque la propia propuesta de Sarlo exige ciertas elecciones teórico - ideológicas acordes con la investigación y, sobre todo, porque en ella recae el peso de una tradición que no puede ser ignorada. Centrales se tornan de este modo las miradas de Antonio Gramsci, Ángel Rama y Edward Said. La primera, por su contribución a la delimitación y sistematización del término 'intelectual' y también por la proximidad ideológica que Gramsci tiene con el pensamiento sarliano. La segunda, por su gran aporte a la reflexión acerca de la figura intelectual en el contexto latinoamericano, por desplazar las perspectivas de la teoría crítica precisamente al ámbito de la autocrítica del sujeto intelectual que se forjó en la región, por la evidente actualidad de sus ideas y por eruirse como un referente

² Este es un término original, que utilizaremos a lo largo del escrito y que hemos acuñado para explicar las influencias teórico - ideológicas que ha recibido Beatriz Sarlo en el proceso de construcción de su programa. Utilizo esta expresión y no otra palabra, porque pienso que explica de manera menos determinante y fija los rasgos constitutivos del andamiaje teórico que la autora estructura a partir de las vertientes que lo alimentan.

histórico en el marco del desarrollo de la teoría crítica latinoamericana. Por último, nos interesa la perspectiva de Said, por su sincronía con el proyecto sarliano y en términos del carácter crítico que ambos le exigen al intelectual de hoy.

La tercera y última operación metodológica que utilizaremos para enfrentar nuestro objeto de trabajo, consiste en contrastar la propuesta de Beatriz Sarlo, particularmente su concepción de intelectual, con algunos textos que corresponden a la recepción crítica que la autora ha recibido a partir de la publicación de *Escenas de la vida posmoderna*³. Recepción que, de no ser considerada aquí, condenaría este proyecto al infértil monologismo descriptivo. Para exhibir las posibles contradicciones de su propuesta, examinaremos ciertos textos desatendidos por la crítica tradicional. Esto supone un desplazamiento de nuestro foco de atención hacia las nuevas voces académicas latinoamericanas que, radicadas en Estados Unidos y Europa, constituyen una novedad en el ámbito de las discusiones actuales acerca del tema. Se trata de artículos que, además de superar el comentario periodístico y el formato reseña, permiten la generación de un diálogo directo, particular y contextualizado en relación al trabajo de Beatriz Sarlo y a la problemática general que él plantea.

Los focos de análisis descritos toman forma en una estructura textual tripartita, que se organiza de la siguiente manera. En primer término, nos referimos a la herencia o 'seducciones teóricas' que sirven a la autora para construir el andamiaje teórico de su proyecto posterior. Junto con esto intentamos explicar la materialización escritural de ese andamiaje en la búsqueda del intelectual dentro de su propio pasado histórico. En segundo término procederemos a la delimitación de la noción de intelectual sensu lato; delimitación que considera la definición general y particular del concepto que se halla inserto en la producción textual sarliana. Finalmente, contrastaremos el programa sarliano con dos textos representativos de la recepción crítica, lo que nos permitirá, dentro de esta misma discusión, definir posibilidades de contribución al campo.

³ Sarlo, Beatriz: *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*. Buenos Aires, Ariel, 2001.

El capítulo “La búsqueda del lugar” examina, en un primer apartado, las implicancias que tuvo en la autora la seducción teórica de Walter Benjamin. Profundizamos, por ejemplo, en la noción de heterogeneidad que desarrolla Benjamin y que se actualiza en la escritura sarliana a través de la noción de ‘las orillas’. También, en el concepto de texto como contexto, pilar fundamental de los estudios culturales de hoy, pero sobre todo en dos elementos fundamentales que permean el programa teórico – metodológico de la autora: la concepción de historia – olvido y el rescate de la historia ignorada que Benjamin recoge apelando a la figura de Baudelaire y Sarlo materializa en muchos de sus propios textos. En este mismo capítulo, pero en un segundo apartado, “El lugar es de los otros”, realizamos un esfuerzo de constatación de esa seducción benjaminiana en la escritura de la autora. Partiendo de la premisa del alemán, cuando éste afirma que para comprender el presente es necesario rastrear aquellas huellas del pasado en las que se descubren los ur – fenómenos como sinécdoques de una ur – historia de la actualidad, se analiza el acto de rememoración que Sarlo realiza en *Una modernidad periférica, Buenos Aires 1920 – 1930*⁴, en tanto búsqueda de la figura de un ‘ur – intelectual’ porteño instalado en el complejo proceso de modernización de la ciudad trasandina.

En “Las voces del intelectual” y “En la escena de la vida posmoderna” me hago cargo de las versiones del intelectual de Gramsci, Rama y Said, y de la propuesta sarliana respectivamente. Como se dijo más arriba, el análisis de las perspectivas de estos tres autores tiene como intención instalar teórica e ideológicamente la noción de intelectual, para luego, desde esa plataforma, situar la propuesta de Sarlo. Vemos así que la perspectiva sarliana es una más dentro de una línea de la teoría crítica. Las preguntas son las consabidas: por el sentido del trabajo del intelectual (y, en el caso de Sarlo, por el de ella misma), por la función que cumple esta figura en el contexto de la formación de un campo intelectual y por la necesidad de reconstruirla en el escenario de un nuevo paradigma epistémico, el de la posmodernidad. De esta manera, es en el segundo apartado del capítulo que titulé “Una propuesta siempre inacabada”, donde, a partir del análisis del prólogo y del quinto capítulo de *Escenas de la*

⁴ Sarlo, Beatriz: *Una modernidad periférica. Buenos Aires 1920 – 1930*. Buenos Aires, Nueva Visión. 2003.

*vida posmoderna*⁵, expongo en definitiva, el proyecto en permanente construcción del intelectual sarliano.

En el tercer y último capítulo, titulado “Direcciones”, me ocupo tanto de las recepciones críticas que concitó la propuesta de *Escenas de la vida posmoderna*⁶, como de las posibilidades de intercambio crítico que implica el diálogo que ellas abren. En el primer apartado, “En el territorio del debate”, retomo la reflexión de Ángel Rama acerca de la contradicción inherente a la figura del intelectual latinoamericano, para ligarla a la discusión académica actual acerca del problema del intelectual y a las respuestas críticas que recibe Beatriz Sarlo que, justamente, ejemplifican la polémica y que desarrollan sus argumentos en relación a la paradójica vinculación entre el intelectual y el poder. En este apartado intento hacer dialogar los textos de Vicente Lecuna y Andrea Pagni - Erna Von der Walde, en función de esa contradicción que ya viera Rama en *La ciudad letrada*, para exhibir una controversia más amplia que es la del intelectual perpetuador de la hegemonía del poder central. Por fin, en el apartado “Esto no es nostalgia”, y a modo de posicionamiento personal, discuto con la recepción crítica de Sarlo. Ello con el objetivo de mostrar que el proyecto sarliano ofrece una posibilidad cierta de entender el rol del intelectual hoy en día y de reconstruir su figura a partir de la idea del carácter articulador que éste debería asumir en la relación entre el campo intelectual, la sociedad y las instituciones. Pero, además, para develar la fosilización de la crítica actual en términos del estancamiento que implica el juicio intramuros. En definitiva, para intentar llevar la discusión más allá de las batallas entre intelectuales y hacer notar que la misma debe ser asumida por todos los agentes que componen el campo social como una manera de desintegrar, sobre todo en nuestra región, ciertas relaciones hegemónicas que impiden el libre acceso al conocimiento, al liderazgo y al diálogo intercultural.

De esta manera, a través de estos tres capítulos, intentamos descubrir y hacer visible el proceso de edificación permanente del programa teórico – ideológico de Beatriz Sarlo, correlativo al de la construcción de sí misma como un sujeto intelectual. En vísperas de una posible disolución del oficio, el testimonio de Sarlo es de resistencia frente a esa crisis y, en el contexto de la

⁵ Sarlo, Beatriz. Op. Cit.

⁶ Sarlo, Beatriz. Op.Cit.

especialización de la actividad y de la desarticulación del campo intelectual, es una alternativa de acción que desafía la inmovilidad crítica con el argumento de que las cosas no son inevitables.

Por eso, el trabajo que ahora presento intenta develar también, desde la singularidad del trabajo de Beatriz Sarlo, desde la exposición de su trabajo escritural, pero también desde su propia experiencia vital como intelectual, una problemática más amplia que está haciendo eco no sólo en nuestro continente, sino que se manifiesta como un síntoma y conjetura de carácter global. Probablemente, este sea un buen punto de partida para que, a fin de cuentas, comprendamos de una vez que, como dice la propia Beatriz Sarlo, *“lo dado es la condición de una acción futura, no su límite”*⁷.

⁷ Sarlo, Beatriz. Op. Cit. pág. 10.

Capítulo I

La búsqueda del lugar

1. Benjamin, un residuo para la acción.

Resulta necio devanarse pedantemente los sesos sobre la fabricación de objetos – material ilustrativo, juguetes o libros – destinados a los niños. Desde la ilustración, ésta viene siendo una de las especulaciones más mohosas de los pedagogos. Su fatuo apasionamiento por la psicología les impide advertir que la Tierra está repleta de los más incomparables objetos que se ofrecen a la atención y actividades infantiles. Y objetos concretísimos. Pues, de hecho, los niños tienden de modo muy particular a frecuentar cualquier sitio donde se trabaje a ojos vistas con las cosas. Se sienten irresistiblemente atraídos por los desechos provenientes de la construcción, jardinería, labores domésticas y de costura o carpintería. En los productos residuales reconocen el rostro que el mundo de los objetos les vuelve precisamente, y sólo, a ellos. Los utilizan no tanto para reproducir las obras de los adultos, como para relacionar entre sí, de manera nueva y caprichosa, materiales de muy diverso tipo, gracias a lo que con ello elaboran en sus juegos. Los mismos niños se construyen así su propio mundo objetal, un mundo pequeño dentro del grande. Habría que tener presentes las normas de este pequeño mundo objetal si se quiere crear intencionadamente cosas para los niños, y no se prefiere dejar que sea la propia actividad, con todo lo que en ella es instrumento y accesorio, la que encuentre por sí sola el camino hacia ellos.⁸

En su libro *Calle con dirección única*⁹, Benjamin hace ingresar al impenetrable mundo de la filosofía, y específicamente al de la filosofía de la historia, el desapercibido escenario de la experiencia cotidiana. A través de este ejercicio revolucionará las perspectivas de la institución académica, pero sobre todo

⁸ Benjamin, Walter: “Terreno en construcción” en: *Dirección única*. Madrid, Alfaguara, 2002, p. 25.

⁹ *Ibid.*

comienza a construir un proyecto que anticipa las búsquedas de los estudios culturales. En el fotopanorama de “Terreno en construcción” se pueden develar dos cuestiones fundamentales. La primera, el planteamiento de una nueva metodología para exhibir el movimiento hacia la decadencia de la historia. La segunda, la alegorización de la propia y nueva actividad del intelectual en la figura de la infancia. Respecto de esta última, la lectura es la siguiente. Benjamin cuestiona los esfuerzos ilustrados por tratar ellos de construir arbitrariamente un mundo infantil, un mundo que pedagógicamente les permita acceder a la escena social. Esto porque descubre en la observación, ejercicio realizado por un *voyeur* (mirón) que acopia eventos, formas y objetos, que los niños no necesitan de esas fórmulas procesadas, sino que en la vida misma y en la relación caprichosa de los desechos que ellos coleccionan conforman, resignificando el mundo adulto, su juego, su propio mundo objetal. Y es en esta descripción del ejercicio antojadizo e ingenuo de los infantes donde se esconde alegóricamente una propuesta teórica, porque la intención vedada¹⁰ que se intenta exhibir es la de una nueva manera de pensar la historia. Ésta se concibe a través del rescate de aquellos objetos culturales que se esparcen como significantes latentes y susceptibles a la lectura y significación, otra fórmula o ecuación para describir el fenómeno de la intertextualidad y de la imposibilidad del texto puro y original, puesto que la historia y la escritura se compondrían de versiones y lecturas, de miradas y colecciones que se atesoran. Entonces la crítica de Benjamin a las necias y pedantes especulaciones modernas, se transforma en la propuesta de una nueva filosofía que fusiona teoría y praxis y que explica que lo verdadero y original se construye de residuos de lecturas y escrituras en contexto.

Este proceso de construcción del propio ‘lugar’, aquel que fusiona la heterogeneidad de las lecturas y se convierte en el ‘propio juego’, se inicia para Beatriz Sarlo en el contexto de una instalación teórico – crítica determinada por

¹⁰ Uno de los aportes fundamentales de Benjamin a la teoría literaria y elemento calve de su propio sistema es el rescate y reconsideración de la alegoría. A través de un ejercicio que se separa de las concepciones románticas de la figura de sentido, Benjamin intenta redimirla teóricamente en su texto *El origen del drama barroco alemán* y prácticamente en *Calle con dirección única*. Esto porque ve en la alegoría el proceso de encubrimiento que se lleva a cabo en la historia y pretende, a través de la práctica alegórica, el develamiento de una historia oculta y olvidada. El modo alegórico le permite volver palpable la experiencia de un mundo en el que el paso del tiempo no significa progreso, sino desintegración. Y es así como en su proyecto funciona: “toda obra terminada es la mascarilla fúnebre de su intención”. Vid. Benjamin, Walter: *El origen del drama barroco alemán*. Madrid, Taurus, 1990, p. 875.

la hegemonía del círculo no tan virtuoso de la ideología francesa¹¹ y la inauguración de la dictadura de Videla. Es en este escenario en el que se gesta la historia de la superposición de residuos y la construcción de un nuevo ‘mundo objetal’: el proyecto de una crítica que constituye una perspectiva para ver.

En los años setenta, junto a un grupo de jóvenes intelectuales de izquierda, Sarlo iniciaba una búsqueda de nuevas perspectivas teóricas que se distanciaran de las sendas del sociologismo por las que se encaminaba la crítica literaria y que permitieran construir nuevos objetos de estudio, ya que percibía que esa orientación no podía hacerse cargo de algunas cuestiones formales. Estas exploraciones derivaron en el reconocimiento de ciertos autores cuyas propuestas planteaban una mirada profunda acerca de los hechos culturales y comenzaban con ello a superar las teorías cuantitativas y las homologías entre estructuras simbólicas y sociales. A esta formación le interesaba rescatar autores tales como Bajtín, Mukarovsky, Hogart, Williams, Bourdieu, Benjamin, y en el ámbito latinoamericano, Antonio Cândido y Ángel Rama, una propuesta que fuese más allá de la literatura o de las ideas, que considerase a los textos como parte de un entramado cultural donde coexistía el conflicto y se fusionaban culturas populares, *massmedia*, ideologías intelectuales y las formas materiales de la cultura. Expuestos a esta libertad de desplazamiento, a un tejido de ideas heterogéneas, los jóvenes intelectuales porteños comienzan a ocupar en América Latina la zona teórica que luego se conocería como estudios culturales.

Es así como Beatriz Sarlo empezó a construir ella también, a partir de esta serie de seducciones teóricas, una estructura general de su proyecto crítico a la que se fueron adhiriendo lecturas diversas y co – presentes. Para ella, el bajo continuo que solidifica esa estructura de base es Roland Barthes, a quien seguirá en todos sus avatares y, sobre esta línea argumental, se acoplan otras voces. Una de ellas es, precisamente, la de Walter Benjamin, quien se integra al acompañamiento reforzando los incipientes intereses de la autora

¹¹ Esta denominación particular del dominio de la escuela francesa de los años sesenta y setenta se le atribuye a Carlos Altamirano. En el artículo de Sarlo “Raymond Williams: una relectura”, la autora comenta la significación de las ideas del inglés en el ámbito de su grupo intelectual y utiliza la denominación de Altamirano para explicar el contexto de la hegemonía de la escuela francesa que permite el descubrimiento de la obra de Williams. Moraña, Mabel (ed.): *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina. El desafío de los estudios culturales*. Santiago, Cuarto Propio, 2000.

respecto de la historia urbana y la manifestación de una nueva metodología para enfrentar el fenómeno literario y el análisis histórico – cultural.

Las primeras noticias que la autora tiene de la obra de Benjamin provienen de algunas publicaciones de la revista *Sur*, en las que se incluían traducciones del alemán. Sin embargo, la posibilidad de acceder a éstas pasa desapercibida pues, como dice Sarlo, no existían aún las condiciones ideológicas para que ella consintiese a leerlas¹². Luego, Benjamin entra al campo intelectual porteño de manera fragmentada, vía traducciones españolas. El primer ejemplar que, junto a otros colegas, intenta publicar en la revista *Los libros*, es uno que consigue Ricardo Piglia de “La obra de arte en su época de reproductibilidad técnica”. Es el momento, recuerda la autora, en que ella comienza una lectura desordenada, azarosa y alterada¹³, que integrará a Walter Benjamin al bajo continuo¹⁴ de su experiencia teórica.

En este capítulo se intentará profundizar algo más en esta relación de seducción y apropiación, ya que, aunque sea particularmente evidente el rescate y el atractivo que ejerce la obra y figura de Benjamin sobre Sarlo¹⁵, creo que es posible que un análisis más exhaustivo pueda explicar la forma en que incide el pensamiento benjaminiano en la construcción de un proyecto en permanente movimiento y en la formación del modelo de intelectual que defenderá e intentará concretar la autora argentina.

¹² En la entrevista realizada para completar este trabajo, Beatriz Sarlo me contó que la entrada de Benjamin a la Argentina se produjo vía la revista *Sur*, que incluía traducciones curiosamente muy buenas de algunos de sus escritos. Sin embargo, y se refiere a un ‘nosotros’, ellos, la gente de su grupo, no se permitieron leerlas porque esa publicación se vinculaba a la derecha argentina.

¹³ Estos calificativos para referirse a su proceso de intelección de la obra benjaminiana, sugieren dos consideraciones fundamentales. La primera dice relación con la característica fragmentada y desordenada de la lectura. Ella reconoce que nunca leyó a Benjamin organizadamente, según la cronología de su escritura, sino que su lectura estuvo determinada más bien por el capricho de edición de las casas internacionales. Por otro lado, el carácter deforme o alterado de su percepción de la obra de Benjamin ella lo explica a partir de su consideración de que la lectura del alemán es una lectura ‘muy latinoamericana’, es decir, intervenida por traducciones deficientes o por los contextos o las modas intelectuales que la rondan. De hecho ella se refiere a este fenómeno diciendo: “uno nunca está seguro de qué está leyendo cuando lo lee, pero por supuesto que ya hemos construido nuestro Benjamin”. Entrevista.

¹⁴ Con el término ‘Bajo continuo’ estamos haciendo referencia al concepto utilizado en la música docta. Este término remite a la permanencia de una melodía que, independiente de los cambios vocales, se mantiene a lo largo de la composición. En este contexto, el bajo continuo representa las herencia teóricas que, independientemente de los avatares del proceso de construcción del proyecto sarliano, se mantienen como referentes estructurales en la plataforma de éste.

¹⁵ Conocido es el texto publicado en el año 2000, cuyo título es *Siete ensayos sobre Walter Benjamin*, en el cual Sarlo revisita la propuesta benjaminiana estableciendo una analogía escritural entre la experiencia vital – fatal del autor y su construcción teórica, estableciendo entre estos planos la idea de ‘proyecto inacabado – teoría imposible’. En ese libro realiza también un ejercicio de coleccionismo inspirado en la matriz metodológica que utiliza Benjamin para escribir sus textos. Vid. Sarlo, Beatriz: *Siete ensayos sobre Walter Benjamin*. Buenos Aires, F.C.E., 2001.

En la conversación que tuvimos ella y yo a principios de abril del 2004, para efectos de la escritura de este trabajo, uno de los puntos fundamentales que tocamos fue el influjo que habría producido la propuesta de Benjamin sobre su experiencia teórica. En esa instancia ella me narró los avatares del descubrimiento de su obra, el inconveniente de las traducciones deficientes y cuestionó el fenómeno de trivialización que habrían sufrido las categorías expuestas por el alemán. Sin embargo, surgió de la conversación una conjetura que derivó en el establecimiento de mi propia mirada respecto de su trabajo. Cuando la expuse a la pregunta respecto de cómo la figura de Benjamin afectaba la construcción de su propia concepción del intelectual crítico, explicó que era poco probable el establecer una identificación entre la experiencia vital de Benjamin y la suya. Esto porque la figura del alemán comportaba un sesgo artístico que no le acomodaba y, además, una tendencia a la deriva, que le parecía compleja y trágica. Pero agregó también que fue su potencia crítica una de las cualidades que motivó a su generación y a ella misma. De este punto surgió un comentario clave: es posible percibir inserta en su proceso escritural una metodología benjaminiana, es decir, incrustada en su registro; una fórmula, una metodología como residuo de esas seducciones teóricas, pero también, artísticas o literarias. Respecto de esta afirmación Sarlo tuvo que excusarse de no poder responder, pues no podía hacerse cargo de mi propia tesis con respecto a su trabajo. A pesar de todo, su planteo dejó abierta precisamente la ruta que de aquí en adelante intentaré explorar, con el objeto de develar aquellas marcas que configuran el andamiaje que aporta Benjamin a la obra de la argentina.

El carácter crítico y transgresor de la obra benjaminiana, su condición contrahegemónica y su figura inatrapable e inconclusa, son algunas de las cualidades que, creo, marcan la atracción que ejerce sobre Beatriz Sarlo. El que Benjamin se enfrente críticamente al pensamiento académico de su época y planteé que la filosofía ya no debe hacerse cargo de las grandes preguntas sino de las huellas materiales que alegorizan el proceso de desintegración histórica, cala hondo en el quehacer de Sarlo quien percibía que el estudio acerca de la cultura y la literatura latinoamericanas se había estado construyendo a partir de la homogeneización y de un paradigma bipolar. En este sentido, Benjamin le aporta un análisis que va más allá de las

generalizaciones y los reduccionismos modernos. Propone una mirada sobre lo particular que permitiría rescatar los fragmentos, las contradicciones y las huellas de una historia imposible de aprehender como totalidad. Frente a la contrariedad de acceder a una historia general y bajo el entendido de que ésta no se desplaza en un movimiento continuo y positivo hacia un sentido único y verdadero, se detiene en los detalles. Cual *flâneur*, se convierte en recolector de los fragmentos y fósiles de una historia en ruinas y, a través de su resignificación, alegoriza ese movimiento discontinuo y azaroso del proceso histórico inasible.

En el texto *Dirección única* Benjamin introduce por primera vez en la praxis el análisis acerca de los objetos culturales en que se exhiben los cambios históricos y, a la vez, una interacción entre la teoría y la experiencia cotidiana del recolector callejero que comenta el espacio urbano y el recuerdo del pasado reciente. Ya en *El Proyecto de los Pasajes*, mostrará un planteamiento más acabado cuyo origen se encuentra en ese primer ejercicio. La obra incompleta del alemán, sobre la que Beatriz Sarlo vuelve permanentemente¹⁶ a través de una narración casi nostálgica en los *Siete ensayos*, actualiza la idea de que el inventario de fragmentos culturales petrificados, congelados u obsoletos, en el escenario de la progresiva novedad, son testigos de la Historia; adminículos parlantes del coleccionista. Así, el mecanismo que utiliza Benjamin en el *Passagen Werk* para confirmar su tesis, se inicia con el reconocimiento de una pre – historia moderna que le permite instalar los orígenes del presente. A través de este ejercicio logra fijar el carácter pre – histórico (ur - historia) del presente burgués, y reconocer en los artefactos o materiales de éste, la imagen del progreso hacia la decadencia de la historia. Desde esta perspectiva, esos indicios materiales se convierten en residuos arcaicos, en ur – formas, petrificadas del ‘tiempo – ahora’¹⁷. En la

¹⁶ En la entrevista, a la que ya se ha hecho mención, Sarlo reconoce que el *Proyecto de los Pasajes* es algo así como su *I Ching*; un libro al que recurre frecuentemente y de manera azarosa. El aspecto que más resalta, porque es el que más la asombra, es el ejercicio benjaminiano de la cita. Cómo Benjamin se pasea por ellas, cómo conoce e incorpora una bibliografía extraña y novedosa a la vez, cómo inserta con minuciosa atinencia intertextos atraídos de las más diversas fuentes totalmente al día con las propuestas de la historia urbana.

¹⁷ En *Tesis de la filosofía de la historia*, Benjamin hace mención a este ‘tiempo – ahora’ para explicar que la historia no se constituye por un tiempo homogéneo y vacío, sino, por el tiempo siendo, un tiempo que salta del *continuum* de la historia: “La historia es objeto de una construcción cuyo lugar no está constituido por el tiempo homogéneo y vacío, sino por un tiempo pleno, ‘tiempo – ahora’. Así la antigua Roma fue para Robespierre un pasado cargado de ‘tiempo – ahora’ que él hacia saltar del *continuum* de

medida en que Benjamin instala una ur – historia, constituida por ur – fenómenos¹⁸ que se reconocen materialmente en ur – formas, le es posible instituir el espacio social del génesis de un nuevo movimiento histórico. De esta manera, ya en el siglo XX los Pasajes de París, son pre – historia moderna, tal como, para Beatriz Sarlo, son los *shopping mall* en la posmodernidad. Estas galerías, construidas en el siglo XIX, conforman el testimonio de un ur – paisaje que exhibe la decadencia de una época económica y del sueño colectivo moderno.

La distinción entre los elementos que componen el ur – paisaje o escenario original de la modernidad, le permite a Benjamin construir una lectura alegórica del movimiento de la historia; los fósiles, pistas y fragmentos de los acontecimientos históricos que contienen un significado oculto y olvidado, lo facultan para develar, a través de su ordenación en series metafóricas, una naturaleza histórica que refleja la fugacidad de la verdad y el carácter contradictorio de la realidad.

Para textualizar este paisaje del origen Benjamin utiliza el principio constructivo del montaje. Éste le ayuda a conciliar ideas, objetos y significados provenientes de espacios disímiles, para darles coherencia en la fusión escritural y, al mismo tiempo, romper con la ilusión del progreso, en la medida en que interviene la noción de cohesión y de totalidad orgánica. Reúne esos fragmentos, los devela, pervierte y construye una representación filosófica de la historia como la unión de huellas que componen esa totalidad, es decir, como una alegoría.

El principio fundamental sobre el que Beatriz Sarlo construye su proyecto es el de la redención de la heterogeneidad, entendida como una reivindicación de lo singular. Uno de los obstáculos que ella percibe acerca del estudio de los fenómenos culturales y literarios en Latinoamérica es,

la historia (...)". Vid. Benjamin, Walter: "Tesis de la filosofía de la historia" en: *Discursos Interrumpidos I*. Madrid, Taurus, 1973. pág.188.

¹⁸ Los ur- fenómenos son los objetos históricos efímeros del siglo XIX que exhiben, visible y metafísicamente, su esencia conceptual como procesos en las formas primigenias del capitalismo industrial. Estos ur- fenómenos son los continentes de las ur -formas materiales. Los acontecimientos son los hechos económicos (intensificación del capitalismo); las novedades arquitectónicas, como la Torre Eiffel, los pasajes y galerías estructuradas en fierro y vidrio; la moda, etc. Todos ellos caracterizados como los productos de las apariencias del pensamiento progresista engañoso. Buck-Morss, Susan: *Dialéctica de la mirada: Walter Benjamin y el proyecto de los pasajes*. Madrid, Visor, 1995.

precisamente, la imposibilidad de superar el modelo homogeneizador que dispuso la tradición occidental central. No es extraño, entonces, que la autora haya encontrado en el pensamiento benjaminiano una referencia para encaminar sus búsquedas y, al mismo tiempo, un imperativo para la acción.

Un elemento en que la autora reconoce una seducción metodológica es la forma en que Benjamin elige sus objetos de estudio. Admite que si existe algo de benjaminiano en su proceder es que se siente atraída por los objetos particulares más disímiles, objetos que no siempre pertenecen estrictamente al campo de los estudios literarios, y que, luego de haberlos escogido, los analiza y los hace hablar desde la crítica. Pero ese proceso de elección de la pieza está determinado por el azar, las circunstancias, el contexto, y esa opción por lo particular, y, el nudo de abordaje teórico sobre ella, es el de la crítica literaria. Este procedimiento tiene en la obra de Sarlo dos efectos claros. El primero se exhibe en algunas de sus obras posteriores a *Escenas de la vida posmoderna*, y dice relación con la fórmula escritural que adopta para construir su análisis cultural y literario. El segundo resultado, es de orden más general, y se representa en la propuesta teórica del concepto de ‘las orillas’ que actualiza esa reivindicación por lo particular, lo heterogéneo, por la diferencia.

Ese primer efecto, que remite analógicamente a una metodología benjaminiana, se manifiesta, de manera particular, en los *Siete ensayos sobre Walter Benjamin*. En ese texto incluye un capítulo titulado “Postbenjaminiana”, en el que analiza algunas de las formas originales del paisaje de la posmodernidad. Luego de describir algunas de las cuestiones fundamentales de la obra de Benjamin y de disponerlas a la manera de una narración intimista que yuxtapone proyecto teórico – experiencia vital trágica¹⁹, la autora se traviste en la pluma de Benjamin y escoge algunos objetos urbanos que develan el ‘tiempo – ahora’ de su contexto de acción. Estos materiales simbólicos, propios del fenómeno posmoderno, no son nuevos para ella ni para nosotros sus lectores, ya han sido explorados e ideologizados, por ejemplo, en

¹⁹ En los *Siete ensayos sobre Walter Benjamin*, Beatriz Sarlo explica su lectura de la obra del alemán. Esa lectura se sostiene sobre la base de una analogía entre vida y obra, pues se puede establecer una relación entre el carácter paradójicamente inacabado del proyecto teórico crítico y el suicidio del autor. Ella explica que esa incompletitud de su trabajo evidencia una teoría imposible, en la medida en que su intención era la inagotable descripción de la desintegración de la modernidad a través de los ínfimos detalles que la delatan.

las *Escenas de la vida posmoderna*, sin embargo dada su carga política²⁰, los vuelve a leer en un acto conmemorativo de las incursiones guerrilleras²¹ del autor alemán. Así como Benjamin intentó desequilibrar el mito del progreso y exhibir la ‘fantasmagoría del capitalismo’²², Sarlo compendia una serie de materiales significativos en su producción para exhibir las contradicciones de su tiempo presente.

La postbenjaminiana, está compuesta por cinco ejercicios escriturales en los que se ensayan las posibilidades metodológicas propuestas por el autor. En su introducción Beatriz Sarlo se refiere a la utilización que él hace de esta fórmula en el texto *Infancia en Berlín*²³, en el que a través de la rememoración expone las zonas ocultas de eventos y objetos que muestran las contradicciones de su actualidad. También ella, se da a ese ejercicio de recordar para ‘hacer ver’. Dirá que la experiencia con los textos de Benjamin:

“me ha enseñado que se van abriendo como un abanico (la imagen es también de Benjamin y también de *Infancia en Berlín*)

²⁰ Creo que los objetos de estudio que analiza la autora en este texto y en otros están cargados de un fuerte componente político porque marcan un escenario material y simbólico que intenta deconstruir. El ejercicio que realiza al escogerlos implica un posicionamiento político que se enfrenta a la neutralidad tecnocrática y posmoderna, y que intenta perturbar las condiciones actuales de intercambio cultural y de las relaciones sociales – materiales. En este sentido, subyace a este hecho otra vinculación con el proyecto de Benjamin. En su época el autor alemán persiguió la idea de que al (de)velar las ur – formas del origen moderno, desenmascararía lo que llamó la ‘fantasmagoría del capitalismo’, es decir, la ilusión del progreso que disfraza la desintegración del mundo. A su vez, Beatriz Sarlo, intenta delatar, a través del análisis de las formas fundamentales de la posmodernidad, la fantasmagoría de la democracia y los mecanismos que utiliza el mercado para confortar creando la ilusión de la igualdad. Estas ideas se desarrollan en *Escenas de la vida posmoderna*.

²¹ Beatriz Sarlo reconoce en la entrevista ya citada, que uno de los aportes fundamentales de Walter Benjamin a su obra es su carácter transgresor y contrahegemónico. Dice que para construir su propuesta tuvo que hacer incursiones guerrilleras para desestabilizar el campo de la filosofía y el campo de los estudios urbanos. La importancia que le da al elemento disidente del proyecto benjaminiano está relacionada con la imagen del intelectual crítico que a través de su escritura la autora va construyendo. En uno de sus libros, *Tiempo presente*, Sarlo se refiere, precisamente, a las cualidades que deberían sostener las acciones de ese intelectual y que, más adelante se detallarán.

²² Benjamin, en su afán por definir una filosofía de la experiencia histórica, hace hincapié en la noción de mercancía como la exhibición material, cuya característica fundamental es que los valores de cambio y de uso pierden su significación económica y práctica para dar paso a su valor representacional. Todo lo deseable podría, así, transfigurarse en mercancía como un fetiche exhibitivo al alcance de la multitud. En este sentido, cuando la novedad se convierte en fetiche, la historia misma se transforma en manifestación del objeto en venta. La urbe, como ejemplo del espectáculo moderno fantasmagórico, se construye como una ilusión óptica que esconde las relaciones de producción injustas y muestra el consumo. Benjamin se hace cargo de este concepto que Marx adoptó al referirse a la apariencia de la mercancía como fetiche. El fetichismo, describiría, el momento en el cual el valor de cambio oculta la fuente de valor en el trabajo productivo (la deshumanización en la fábrica de los productos seriados). Vid. Marx, Karl: *El Capital: crítica de la economía política*. Madrid, EDAF, 1972.

²³ Benjamin, Walter: *Infancia en Berlín*. Buenos Aires, Alfaguara, 1990.

y que podemos leer en ellos cosas que antes habíamos pasado por alto, zonas ocultas que no supimos ver o que no pudimos incorporar al recuerdo hasta que, años después, el mismo texto de Benjamin las activa como un eco”²⁴.

Desde esta perspectiva, y como lo adelanta el título, Sarlo recrea la mirada del autor en un momento ‘otro’. Desplaza el acto de *flânerie* hacia su presente y con ello intenta probar que es posible diagnosticar e ideologizar los fenómenos que alegorizan nuestra historia de contradicciones. Hay que tomar en cuenta que estos nuevos fotopanoramas, son ofrecidos desde la convicción de la posible actualidad del análisis benjaminiano²⁵.

Es en este escenario de la nueva revelación de los textos benjaminianos en el que Sarlo decide intentar la maniobra sobre una ur – forma del fenómeno del ‘mall’, los arbustos y plantas que componen la escenografía del espacio público de la posmodernidad. Desde el inicio del fotoperiplo “Árboles en el Shopping – mall” se expone la mirada crítica del presente, escenificada en el develamiento de la fantasmagoría del capitalismo. Sin embargo, aquel fenómeno al que se refirió Benjamin, ha sufrido cambios importantes. En este caso, el *shopping* ya no oculta, como las Galerías decimonónicas, sino que exhibe lisa y llanamente los requerimientos del mercado incorporando todas las garantías de que la universalidad tecnológica no deja nada fuera y expulsando cualquier recuerdo del mundo exterior para convertirse en un espacio abstracto y universal.

El *shopping* es planteado como una estructura que permite la movilidad, sin embargo construye una separación del mundo, una alienación, en la medida en que separa la temporalidad y la intemperie. Escenifica la pluralidad y la igualdad de oportunidades a través del arquetipo, pero esconde las diferencias que hacen imposible el acceso universal a la oferta. Este dispositivo toma forma en objetos que, aislados unos de otros pasan desapercibidos, pero que, en su ensamble, incorporan esa alegoría de la Historia. Vitrinas con

²⁴ Sarlo, Beatriz: *Siete ensayos sobre Walter Benjamin*. Buenos Aires, F. C. E, 2001, pp. 53 y 54.

²⁵ Para llevar a cabo su experiencia realiza un ejercicio de montaje a través del que quiere resignificar y releer el método benjaminiano. En este sentido, utilizará el mecanismo escritural de agrupar ciertas realidades aparentemente disímiles y que atrae de distintos espacios y tiempos de su escritura, para hacerlos ‘volver a decir’ lo que no tenemos que olvidar.

maniqués, plazas de comida, luces, aire acondicionado, estacionamientos cubiertos, cámaras de seguridad, música ambiente y arbustos; todas estas piezas configuran la cadena de significantes que permiten leer críticamente el presente.

Los arbustos y plantas del *mall* son la ur – forma que escoge Sarlo para iniciar la secuencia postbenjaminiana. Ésta es descrita en el escenario del paisaje posmoderno y expuesta a la sospecha porque en ella se actualiza una contradicción, un detalle olvidado que puede hacer variar nuestra concepción de la realidad²⁶. Sin embargo a Sarlo no le interesa analizar esos arbustos porque carezcan de autenticidad, sino porque intentan imitar una naturalidad escondiendo su artificialidad. Esa ‘planta’ del *shopping - mall*, intensifica el concepto de árbol a través de la exhibición de su estereotipo perfecto - quizás nunca visto – como respuesta frente a la nostalgia de la Naturaleza²⁷. Es de esta manera que el *shopping* separa a su visitante del mundo haciéndole creer que está más cerca de él. Sin embargo, la perversión²⁸ de este procedimiento no se lleva a cabo a través de la búsqueda de la artificialidad, sino mostrando la naturaleza del universo bajo la forma del mercado que expulsa el recuerdo del mundo exterior para configurarse como el espacio Universal.

De igual forma Sarlo lee o devela otras cuatro manifestaciones originales de la contradicción de su tiempo – ahora. A través del proceso de desocultamiento, por ejemplo, hace referencia a la nueva experiencia vertiginosa que construyen las nuevas tendencias visuales. El *film* y el *clip* actuales, se exhiben como las ur – formas culturales comerciales que destruyen la posibilidad de construcción de sentido, imponiendo la estética del

²⁶ Me pregunto qué sucedería si no sólo algunos leyéramos éstas o las ideas de otros intelectuales que hoy realizan la actividad crítica. ¿Qué pasaría si estos textos trascendieran la barrera de la élite intelectual académica. Probablemente? – aunque no pretendo una actitud mesiánica – algunos de los espectadores, usuarios, visitantes, turistas y consumidores subestimados repensarían su concepto de realidad, o, por lo bajo, se calibrarían posiciones. Creo que la crítica desde el borde es poco eficaz y cómoda y el discurso que entra al espacio cultural ya hegemonizado por la lógica del mercado, es acusado de oficialista. ¿Cuál es el camino, entonces? Beatriz Sarlo ha sido en ocasiones criticada, precisamente, por visitar *stages* de TV y hacer participar a su discurso en ese campo mercantilizado. Su posición, como lo establece en la entrevista de abril del 2004, no es aristocrática. Se retira de la Universidad de Buenos Aires porque no quiere fosilizarse en ella. Prefiere los medios, y entre ellos los medios escritos, porque son un espacio ‘hospitalario’ para el intelectual y le permiten entrar en el campo de la lucha de discursos.

²⁷ Este es el árbol que representa la ausencia e imposibilidad de acercar la existencia a la naturaleza.

²⁸ Quiero referirme a la utilización de esta palabra no en su sentido trivial o massmediático, sino a su sentido etimológico. Per – vertir, dar vuelta. En este sentido, las fuerzas del mercado pervierten el sentido de naturaleza creando una nueva forma de ella, que le hace creer al visitante del *mall*, que nada está fuera de su paisaje y que acoge los recónditos ámbitos de su existencia.

borramiento y prescindiendo de un espectador crítico. Para la autora todas estas manifestaciones surgen y se desarrollan bajo la atenta mirada de la lógica del mercado y la guerra de la libre competencia, fenómeno que anunciaba Benjamin y que quiso exponer a través de su incomprendida metodología.

Otra actualización de este modelo tiene lugar en *La Máquina cultural*²⁹. Texto que, publicado en 1998, ya mostraba una recuperación metodológica del proceder benjaminiano. En este libro Beatriz Sarlo intenta describir el funcionamiento de una máquina cultural que habría permitido la construcción de un mapa de relaciones, personajes, ideas, experiencias, prácticas, etc, en la Argentina del siglo XX. En este caso, aguza la mirada sobre una maestra, una traductora y un grupo de jóvenes vanguardistas, quienes escenifican en sus propias experiencias la conformación de un presente que se construye sobre el pasado: *“el pasado como una napa³⁰ de sentidos que se transfieren al presente, y como roca de tiempo que no volverá a emerger a la superficie”*³¹. La autora explica la construcción de este texto instalando una puesta en abismo³² en la que se puede ver reflejada la estructura de un experimento en el que, ciertamente, se escuchan los ecos de Benjamin:

“Las tres historias de este libro se presentan de manera diferente. Hay una primera persona; hay un tejido de citas; hay

²⁹ Sarlo, Beatriz: *La máquina cultural: Maestras, traductores y vanguardistas*. Buenos Aires, Ariel, 1998.

³⁰ No es arbitrario el uso de esta palabra. Según el diccionario de la RAE, napa se define según tres posibilidades muy decidoras para el contexto en que la utiliza: 1. Conjunto de las fibras textiles que se agrupan, al salir de una máquina cardadora, para formar un conjunto continuo de espesor constante y de igual anchura que la máquina. 2. Capa de agua en la superficie de la tierra, o subterránea. 3. Capa de gas pesado que se extiende por el suelo. Todas estas acepciones remiten de manera singular a la concepción de ruina, fragmento, o ur – forma que utiliza Benjamin para explicar el andamiaje histórico. La napa, como conjunto de fibras textiles (texto), como capa de agua que se esparce en la superficie o subterráneamente y gas que se extiende en el suelo, puede ser leída, entonces, como aquel entramado alegórico constituido por las ruinas, presencias desapercibidas u olvidadas.

³¹ *Ibid*, p. 292.

³² El libro se abre con una advertencia en la que la autora explica su nula intervención en la exposición de las experiencias de los personajes expuestos. Dirá que este procedimiento lo utiliza para dejar hablar a sus propias peripecias y para que fuesen las propias historias las que dibujaran el paisaje y funcionamiento de esa máquina cultural porteña del siglo XX. Indica, también, que será el prólogo el lugar en el que se exhiban los propósitos, explicaciones y los aprendizajes del texto. Este procedimiento delata no sólo la seducción de la táctica benjaminiana al analizar el funcionamiento de la máquina cultural porteña a principios del siglo pasado, sino también la necesidad de que el texto se convierta en el espacio de la construcción de sentido a partir de la unión de las partes. Ella misma renuncia a la idea de mostrar el panorama completo. En su defecto, afirma que éste es sólo una perspectiva, la recolección de detalles que le permitieron comprender un poco más la historia.

un narrador que compone su argumento a partir de detalles que le llegan con diversas inflexiones, a través de voces diferentes. Cada episodio debió encontrar su tono y cuando apareció ese tono tuve la impresión de que empezaba a comprender la historia a través del dibujo que tomaba el relato. Escribiéndolo, aprendí más de lo que ya sabía sobre el funcionamiento de la máquina cultural, aunque este libro no tiene la pretensión de dar un esquema completo de sus mecanismos.”³³

Ahora, estas huellas que permiten identificar la injerencia que ha tenido Benjamin sobre los textos sarlianos, no sólo dejan traslucir una seducción metodológica, si no que develan otra importante herencia que ya he expuesto más arriba y que dice relación con quizás una de las ideas más revolucionarias del autor alemán; aquella que implica un cambio de paradigma dentro de la filosofía de la historia, la de la reconsideración de la heterogeneidad. Uno de los textos en los que Beatriz Sarlo se detiene a definir y productivizar esa opción por lo particular es el que escribe acerca de Borges³⁴. En éste construye el concepto de “las orillas” para referirse a la compleja tarea que implica la instalación de un escritor cuya obra no cabe dentro de clasificaciones tradicionales. A partir del análisis de las características de la escritura y de la recepción borgeana, Sarlo realiza un ejercicio de recuperación de lo singular, explicando la inoperancia de las categorías clásicas frente a un fenómeno difícil de estudiar a partir de generalizaciones y del antiguo criterio bi – polar³⁵ que

³³Sarlo, Beatriz. Op. Cit. pág. 291.

³⁴ Sarlo, Beatriz: *Borges, un escritor en las orillas*. Buenos Aires, Ariel, 1995.

³⁵ Respecto de los aportes de Beatriz Sarlo a la teoría crítica latinoamericana quiero referirme a un texto escrito por Patricia D’Allemand que analiza, precisamente, la contribución de la autora frente a la superación de las antiguas categorías de estudio del fenómeno literario argentino y latinoamericano. En el texto *Hacia una crítica cultural latinoamericana*, D’Allemand estudia el desarrollo de esta línea de reflexión a partir de figuras como Mariátegui, Rama, Losada, Cornejo Polar y la autora en cuestión. Para D’Allemand, estos autores pueden ser considerados como constructores de un proceso crítico que intenta describir y explicar las particularidades de la producción cultural y literaria en la región y que intenta despegarse de la herencia del centro. Pretenden resignificar la producción literaria y cultural a partir de la pluralidad y la heterogeneidad, velada por la tendencia del pensamiento central que ha tendido a la homogeneización. En este escenario la propuesta de Beatriz Sarlo carece de la dimensión latinoamericanista de los proyectos críticos hispanoamericanos del los años setenta, pero a pesar de su reticencia a entrar en polémica con ellos, propina un duro golpe al nacionalismo populista cuyo eje de análisis es una visión bipolar de los procesos culturales. Hace esto bajo la premisa de que existe una necesidad para la crítica latinoamericana de dar razón acerca de la densidad de los procesos de entrecruzamiento de proyectos en sus literaturas. En este sentido, habría desplegado sus esfuerzos en explicar los distintos proyectos de cultura nacional y cómo estos practican hegemonía en un diálogo de

mantenía la tradición de la crítica literaria argentina y latinoamericana. El texto nace de una serie de conferencias sobre Borges dictadas en la Universidad de Cambridge en Inglaterra. Al recordar esa circunstancia, Sarlo comienza a sospechar de un fenómeno que no había percibido desde entonces:

“Al hablar precisamente allí, y en inglés, sobre Borges, tuve una impresión curiosa. En el marco de esa universidad inglesa, una argentina hablaba de un autor argentino a quien hoy se le considera **universal**”³⁶.

Esta percepción, consecuencia de la serie de desplazamientos espaciales de la voz de enunciación, le hará comprender que, aunque la literatura de Borges posea una imagen que va más allá de ‘la argentina’ y a pesar de que sus textos puedan ser leídos sin el problema de hacer remisión al espacio periférico desde el que escribe, algo de su obra se borra en el proceso de ‘universalización’. En este sentido, el acto de justicia estética que implicaba su reconocimiento universal, también determinaba una pérdida, el olvido del lazo que lo mantenía tremendamente conectado a las tradiciones culturales rioplatenses y al siglo XIX argentino. Desde esta perspectiva, el conflicto que genera esta intuición y la búsqueda de una respuesta a ella, le permitirán a Sarlo romper con la consagrada oposición que fundamenta el análisis literario en Latinoamérica, aquella entre pintoresquismo / universalismo o nacionalismo / cosmopolitismo, oposición que, cualesquiera sean sus versiones concretas, responde al antiquísimo antagonismo civilización / barbarie, cuya determinante influencia estructuró el análisis metropolitano de los fenómenos socio – culturales latinoamericanos incluida la literatura desde Sarmiento en adelante. Sarlo sospecha de la hegemonía de una de estas dos categorías en la obra de Borges, ya que el acto de optar por una u otra significaría una reducción

coexistencia. Desmitifica las categorías nacionalistas que habrían diseñado lecturas reductoras de los procesos literarios refiriéndose a dudosas nociones tales como ‘literatura cosmopolita’ no nacional. Sarlo proporcionaría una lectura alternativa respecto a las estrategias de construcción de linajes y tradiciones. De hecho, según D’ Allemand en *Una modernidad periférica* ofrecería una fértil perspectiva sobre la dinámica de los procesos culturales que subvierte la concepción bi – polar de la historia de la cultura latinoamericana. Sarlo establece una crítica frente al nacionalismo populista de izquierda en Argentina y dispone una propuesta que implica un proyecto de crítica autónoma latinoamericana. Vid. D’Allemand, Patricia: *Hacia una crítica cultural latinoamericana*. Berkeley, Latinoamericana Editores, 2001.

³⁶ Op. Cit. pág. 8.

evidente y la anulación de su comprensión total. De esta manera intenta solucionar esta oposición irreconciliable a través de la siguiente sentencia:

“La literatura de Borges es una literatura de conflicto. Borges escribió en un encuentro de dos caminos. Su obra no es tersa ni se instala del todo en ninguna parte: ni en el criollismo vanguardista de sus primeros libros, ni en la erudición heteróclita de sus cuentos, falsos cuentos, ensayos y falsos ensayos, a partir de los años cuarenta. Por el contrario, está perturbada por la tensión de la mezcla y la nostalgia por una literatura europea que un latinoamericano nunca vive del todo como naturaleza original. (...) Borges tiene en el centro una grieta: se desplaza por el filo de varias culturas, que se tocan (o se repelen) en sus bordes. Borges desestabiliza las grandes tradiciones occidentales y las que conoció de oriente, cruzándolas (en el sentido en que se cruzan los caminos, pero también en el sentido en que se mezclan las razas) en el espacio rioplatense. Su obra muestra el conflicto y este libro intentará leerla en esa dimensión desgarrada. He querido mantener esta tensión que, según creo, atraviesa a Borges y constituye su particularidad: un juego en el filo de dos orillas. Busco la figura bifronte de un escritor que fue, al mismo tiempo, cosmopolita y nacional.”³⁷

Gracias al ejercicio de construcción de un lugar a partir de la singularidad del objeto, la autora puede edificar una lectura de Borges que imbrica las dos caras de su escritura. Sin embargo, creo que, aunque el origen e intención de este libro es la obra del argentino, se esconde tras de éstos – origen e intención - , por primer vez, la proposición explícita del concepto que actualiza la necesidad de subvertir el orden de las lecturas centrales. Si bien en el libro *Una modernidad Periférica* el concepto de borde y la descripción de un proceso histórico, social y cultural singular, anticipaban la noción de diferencia, es en el libro sobre Borges en el que la autora encuentra un dispositivo

³⁷ Op. Cit. pp. 13 – 14.

conceptual lo suficientemente estable para poder sostener su opción por lo particular. Es por ello que creo que, a la luz de la obra borgeana, Sarlo esgrime su invención de ‘las orillas’. Otro procedimiento que implique el sacralizar una autenticidad inexistente o una hibridez total, sería volver a la esencia, es decir, remitificar la diferencia³⁸.

Por último quiero exponer quizás la aseveración más arriesgada de este capítulo y la que menos halla argumentos explícitos en la obra sarliana. Todas estas evidencias me llevan a pensar que esta seducción, que se cuele en el tejido sarliano, no sólo atañe a la construcción de una fórmula metodológica, de un proyecto filosófico – crítico o a la reivindicación de las especificidades culturales y literarias latinoamericanas. Creo escuchar en esta actualización de las concepciones benjaminianas, una búsqueda personal y moral que, posiblemente, me acerque a responder esa pregunta que el 9 de abril del 2004, Beatriz Sarlo no pudo o no quiso devolverme. Si bien la autora deja bastante claro en la entrevista que no es posible establecer un puente de identificación entre ella, como crítica, y la figura intelectual de Walter Benjamin, me atrevo a afirmar que esta voz que se acopla a su concierto intertextual sí interviene y de manera profunda en la conformación y búsqueda de ‘la figura’ del intelectual crítico literario latinoamericano, tanto en el rastreo de la presencia de ésta en el campo cultural porteño, como en la exploración dentro de su propia experiencia. En uno de los textos que escribe en la revista *Punto de Vista* y que se publica luego en un libro titulado *Tiempo Presente*³⁹, revisa Sarlo lo que podría llamarse ‘el cambio de la función del intelectual universal’ que ha tenido lugar como un fenómeno internacional de desfiguración o desdibujamiento de la figura del intelectual clásico. En el contexto de mediados del siglo veinte ya no existiría un lugar universal reconocido para el discurso del intelectual. Ese lugar ha sido desbordado por los discursos que provienen desde un nuevo espacio de enunciación y que son consecuencia del cambio en los ‘estilos de intervención’. Esa figura, que emitía su voz de cara a la sociedad y era escuchado por ella, comienza a ceder espacio ante otros pretendientes de su territorio. De esta manera, en el contexto de la mass – mediatización de la

³⁸ El problema que surge, eso sí, con la invención de esta nueva categoría es, por cierto, un nuevo movimiento hacia la hegemonía del *in – between*. Sin embargo, este concepto de borde, incorporado por los críticos postcoloniales incluye un estado de inmovilidad que no comparte la propuesta sarliana.

³⁹ Sarlo, Beatriz: *Tiempo presente. Notas sobre el cambio de una cultura*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

cultura, serán los periodistas y comunicadores las voces audibles, pues estarían más aptos en la medida en que su palabra es más persuasiva, más próxima y, sobre todo, más familiar. Ellos introducen un nuevo estilo de intervención porque producen la ilusión de la comunidad estrecha, una comunidad ideológica y representación cercana: son las voces mediatizadas. Esta reflexión de su actualidad, unida a la que hace acerca de la politización del intelectual crítico en el contexto argentino de los años sesenta y setenta⁴⁰, sin embargo, es el producto de un cuestionamiento que comienza desde sus primeros trabajos cuando, por ejemplo, en *Una Modernidad Periférica*⁴¹, intenta describir y analizar, diacrónica y sincrónicamente, las diferentes funciones e intervenciones que realizan en el campo intelectual porteño una serie de artistas e intelectuales entre las décadas del veinte y el treinta. Pero no será hasta *Escenas de la vida posmoderna* que Sarlo entregue a la luz pública su definición de intelectual crítico actual y, creo, comience a delinearse de manera clara la inflexión de la voz benjaminiana por sobre el coro de seducciones teóricas. En este sentido, el rescate de Benjamin como figura intelectual vigente, es producto de un proceso en el que Sarlo intenta descubrir los rasgos generales de un crítico de su tiempo. Sin embargo ¿cuáles son esos atributos específicos de la figura benjaminiana que seducen a Sarlo para construir la virtual figura y función del intelectual crítico en Latinoamérica? Para la autora varias son las tareas que debería asumir. Entre ellas, se encuentran, por ejemplo, la producción de sentido, la recuperación del pasado, el mostrar lo invisible y que las cosas no son inevitables. En síntesis, su misión más importante es la de construir una perspectiva para ver. Desde esta perspectiva, sería de una ceguera evidente no detectar que una de las fuentes desde las que surgen estas encomiendas se encuentra en el proyecto de Walter

⁴⁰ En el mismo artículo Sarlo explica que otra de las condiciones que determinaron la disolución de la figura tradicional del intelectual fue la politización y militancia política. La tensión entre pensamiento crítico y político tendió a borrarse y fue la política la que impuso su lógica. La razón política supeditó a la razón crítica y la primera, deja de tener ese carácter en la medida que resigna el examen del enfrentamiento con el adversario. En el caso argentino, esta conversión trae como consecuencia la disolución del lugar del intelectual, en tanto la dictadura rompe los espacios de ejercicio de la actividad político – intelectual de izquierda. Las organizaciones revolucionarias habían desaparecido, más bien, las habían hecho desaparecer. En ese contexto, algunos intelectuales se preguntaron por la incapacidad de su discurso, y buscaron no tanto nuevos discursos globales, sino fragmentos de explicación. Sarlo, Beatriz. *Ibid*, pp. 189 – 213.

⁴¹ Sarlo, Beatriz: *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 – 1930*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.

Benjamin. Esto porque, como ya se expuso más arriba, el alemán representa la imagen de un sujeto revolucionario capaz de construir una zona metodológica a través de la que rescata el pasado para hacer ver las contradicciones de su presente. Introduce en el accionar del filósofo y del crítico literario las fuerzas transformadoras que permiten la posibilidad de redimir en la actualidad las injusticias acaecidas en el ayer. A través de la consideración de los detalles desapercibidos, este coleccionista se rebela ante la homogenización. Y esta es, precisamente, la reivindicación que se atribuye a Beatriz Sarlo, una reparación que implica la desconstrucción de la supuesta libertad absoluta que esconde la uniformidad cultural. Benjamin se pone como objetivo una nueva fórmula de producción de sentido en la medida en que estructura la alegoría de la historia construyendo con ello una perspectiva para admirar la decadencia de la historia.

Este proceso de búsqueda de la figura del intelectual crítico y de la propia autodefinición como tal, encuentra su origen en el rastreo de algunos ejemplos que configuraron el campo intelectual argentino en el escenario de la modernidad periférica porteña. A continuación intentaré registrar cuáles son las posibilidades que bosqueja Sarlo en su texto *Una modernidad periférica. Buenos Aires 1920 – 1930*⁴².

⁴² Sarlo, Beatriz. Op. Cit. 33.

2. El lugar es de los otros

*Nosotros los que conocemos
somos desconocidos para nosotros,
nosotros mismos somos desconocidos para nosotros mismos:
esto tiene un buen fundamento.
No nos hemos buscado nunca,
¿cómo iba a suceder que un día
nos encontrásemos?*⁴³

La introducción a *Una modernidad periférica*⁴⁴, se convierte en el relato clínico del sujeto que narra la experiencia de una entrañable pérdida y que busca en voz alta la posibilidad de hallar(se). Se exhibe como un diálogo del 'sí mismo' que lucha por construirse a través de la escritura, de un texto que confiesa la carencia y la posible renuncia: "*Drásticamente pensaba: dejo la crítica literaria para salvar mi relación con la literatura*"⁴⁵, pero que también sospecha en el reflejo de un espejo, una perspectiva para ver. Este desasosiego surge cuando el deseo, que exhibe aquella imposibilidad de reconocerse, se construye como una salida ante la falta: "*Todo libro comienza como deseo de otro libro, como impulso de copia, de robo, de contradicción, como envidia y desmesurada confianza.*"⁴⁶. El sujeto desea 'otro' texto, el cuerpo del otro, porque hay algo que se ha perdido, porque el propio lenguaje se vuelve incapaz de dar cuenta del 'sí mismo'; y se encuentra en el otro la certidumbre, la imagen de un 'yo' extraviado. En este escenario de la pérdida y del deseo, se inicia la búsqueda del otro, en el tejido (texto) de la alteridad, en Schorske, en Berman, en Barthes, Williams y Benjamin, en el momento en que "*no sé donde ir, cuando para decirlo con las palabras que lo pienso, no se me ocurre nada*"⁴⁷.

En primera instancia el deseo surge vinculado al instinto de posesión impulsiva del texto ajeno. Éste se instala en el lector confuso que se identifica, admira y envidia la voz 'otra' como una proyección del 'yo'. Sin embargo, una

⁴³ Nietzsche, Federico: *La genealogía de la moral*. Madrid, Alianza, 1998.

⁴⁴ Sarlo, Beatriz: *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 – 1930*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2003.

⁴⁵ Ibid. p.7.

⁴⁶ Ibid.

⁴⁷ Ibid.

segunda lectura y la verbalización de esa experiencia preliminar, permiten el inicio de un proceso de reconocimiento de una salida particular y de la posible construcción de un lugar propio desde el cual hablar y ser. En este sentido, este desplazamiento que se origina en el acto reflejo de desear lo otro y que desemboca en el inicio del proceso de delimitación del espacio de intervención intelectual, no se genera espontáneamente, ni se refiere exclusivamente al texto de 1988. Este movimiento de búsqueda viene gestándose en escritos anteriores en los que ya emerge el desasosiego por definir las fronteras de la territorialidad del intelectual. Tres años antes de la *Modernidad periférica*, Sarlo escribía en *Punto de vista* un artículo que, precisamente, intentaba revisar y reconstruir simplemente el pasado reciente del intelectual argentino para, a través de un ejercicio de toma de conciencia, explicar el presente y las posibilidades de ella a sus colegas contemporáneos dentro de un campo cultural en franca reconstrucción. En el artículo titulado “Intelectuales ¿Escisión o Mímesis?”⁴⁸, la autora reflexiona acerca del proceso por el cual la figura del intelectual moderno y tradicional, se transforma para dar paso a la nueva fisonomía del sujeto escéptico y fragmentado. A través de un hundimiento en las grietas del pasado, intenta rescatar las huellas que describen las formas originales de un intelectual en decadencia y que va degradándose en el escenario de una ur – posmodernidad⁴⁹. El proceso histórico que va desde los años cincuenta hasta mediados de los ochenta, se describe a partir de la metaforización de las dos posibles instalaciones vitales y teóricas del intelectual argentino: la imitación o el desacoplamiento⁵⁰. Cree Sarlo que, el pensar este

⁴⁸ Vid. Sarlo, Beatriz: “Intelectuales ¿Escisión o Mímesis?” en: *Punto de vista* n° 25, Diciembre, 1985. págs. 1 – 6. Respecto de otros textos, donde se problematizan el pasado reciente del intelectual argentino y las responsabilidades que le caben a la izquierda porteña en el proceso de construcción y desarticulación de un campo intelectual regido por su hegemonía, se pueden referir algunos artículos publicados en la revista que dirige la autora o en un libro que compila temáticamente escritos referidos a la cuestión del intelectual. Vid. “Contra la mímesis. Izquierda cultural, izquierda política” en: *Tiempo presente*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2002. o “La izquierda ante la cultura” en: *Punto de vista* n° 20, Mayo, 1984, pp. 22 – 25.

⁴⁹ Se podrá ver más adelante que el ejercicio que lleva a cabo Sarlo implica develar el proceso por el que atraviesa esa ur – forma del intelectual porteño, para llegar a ser su presente. Esto significa que diagnosticará su instalación actual aludiendo a los avatares históricos y políticos que lo condujeron a revisar su papel dentro del campo cultural de los años ochenta. Esa situación actual se contextualiza, precisamente, en el momento en que los intelectuales optan, de manera generalizada, por volver a la academia y adolecer la fragmentación del sentido. Instante en el que se podría ubicar el surgimiento de la crítica desenzonadora del concepto de posmodernidad como experiencia del cambio epistemológico que viven y racionalizan estos ‘nuevos’ sujetos.

⁵⁰ Esta oposición no actualiza sino una conocida dicotomía: sentido / sin sentido. En la esfera del sistema de formación del intelectual porteño, específicamente, del que se instala históricamente en la segunda

movimiento desde el origen a la actualidad podría dar luces respecto de un virtual cambio que supere el antagonismo esquizofrénico entre el pasado homogeneizador y esencialista, y un presente que, si bien hace estallar la hegemonía del discurso totalizador, paradójicamente, resuelve su disconformidad esencializando la heterogeneidad⁵¹.

Entre las décadas del cincuenta, cuando se inicia una revisión de los principios peronistas para reconstruir la acción de izquierda en la Argentina, y mediados de los setenta, la mayor parte de los intelectuales progresistas comprenden que *“su trabajo y el trabajo de producir nuevas perspectivas políticas había hallado un punto de encuentro”*⁵². La influencia del movimiento revolucionario europeo, que se había gestado en el popular Mayo del ‘68, que consideraba al intelectual como un modelo que interpretaba ‘al partido’, ‘al pueblo’, ‘al trabajo’ y a ‘la cultura’, había traspasado las fronteras interoceánicas y se instalaba en el Buenos Aires cosmopolita, atravesando una sociedad y un campo intelectual movilizados por una deuda histórica y la redención de las desigualdades sociales. En este escenario, el intelectual porteño se siente llamado a realizar por fin la idea del cambio social y, para ello, funcionaliza su labor, es decir, pone al servicio de las grandes esperanzas de la revolución, un discurso potente y crítico que le permitía a la política los alcances necesarios de difusión y tener a su entera disposición un aparato simbólico cuyas estrategias de intervención tenían un profundo impacto social. La idea sobre la cual se fundaba la necesidad de actuar, se gestaba en la crítica al sectarismo y la especialización⁵³, y se tradujo en la voluntad de

mitad del siglo XX, se puede asociar el proceso de mimesis con la búsqueda del sentido de la actividad del sujeto que posee capacidades técnicas y dirigentes (Gramsci). Por otro lado, el de escisión, con la respuesta ante el fracaso de un proyecto esencialista, unificador y totalizante, es decir, con el estallido del sujeto moderno íntegro y autónomo.

⁵¹ Ya en la década de los ochenta Beatriz Sarlo se embarca en un debate acerca de una problemática que ronda hasta hoy, por lo menos, algunas academias. La férrea oposición a los esencialismos ha traído como consecuencia la institucionalización de aquella lucha que se da una vuelta de tuerca mostrando su propia contradicción. Un ejemplo concreto de ello puede observarse hoy en las grandes exposiciones de arte donde los curadores internacionales ponen en el centro lo que antes fue diferente, esto es el llamado “boom de la periferia”. Nuevamente la discrepancia alimenta la inmovilidad. Lo que antes era transgresión se pervierte en institución, surge, entonces, la esencialización del vacío de sentido. Vid. Berríos, María: "Sujeto subalterno y arte contemporáneo. El *boom de la periferia* en el discurso curatorial de *Documenta 11*" en: *Espacios de transculturación en América Latina*. Santiago, LOM. Texto en proceso de edición

⁵² Sarlo, Beatriz. Op. Cit.

⁵³ Este reproche ante la actitud ‘alienada’ o elitista de algunos intelectuales, en otro momento denominados ‘cosmopolitas’ o antinacionalistas, tampoco es novedosa, sino más bien se instala dentro del campo cultural porteño desde el momento de su formación orgánica, en el marco de la lucha por lograr la

derrumbar todo límite entre las prácticas específicas del intelectual y la política. Los discursos y los bienes simbólicos propios de la élite intelectual debían buscar nuevas formas de articularse para construir y conectar sus territorios de intercambio cultural con los de los sectores populares, bajo la convicción de que la acción y el cambio eran posibles acercando el conocimiento a la política y al pueblo.

Sin embargo, ese casamiento entre el intelectual y la política, habría producido la superposición de un discurso sobre el otro. El poder crítico de la voz del intelectual tuvo que adecuar sus objetivos a axiomas homogeneizantes, a verdades únicas que había que defender y preservar de la corrosiva acción del discurso enemigo. Sarlo describe este proceso como una experiencia de canibalización que habría neutralizado, precisamente, el carácter esencialmente crítico y transgresor que identificaba al lenguaje del intelectual. De esta manera, la opción por la praxis y por hacer del discurso crítico una fuerza al servicio de un programa político de izquierda, convirtió a los intelectuales en sus propios depredadores. Paradójicamente, entonces, se iniciaba un proceso de neutralización de la mirada crítica; aquella que justamente había calificado a los intelectuales para incorporarse a la lucha revolucionaria.

Ciertamente, y como consecuencia del proceso anterior, hubo otro antecedente que explicaría la situación del intelectual argentino a principios de los ochenta. A fines de la década anterior, no sólo se había subordinado ya al discurso totalizante de la política, sino que experimentaría el silenciamiento absoluto. La dictadura militar destrozó definitivamente las posibilidades de

hegemonía. Esta disputa representa la tradicional oposición entre nacionalistas y cosmopolitas que, por ejemplo, tiene lugar en el escenario del modernismo argentino, específicamente en 1910, año de la celebración del centenario de la nación. En ese contexto, intelectuales de la talla de Lugones, Rojas y Gálvez intentan reinstaurar, en el campo cultural porteño, los valores nacionales, aliviándolo de aquellas expresiones e instalaciones que se filiaban a las tradiciones extranjeras. Los objetivos del proyecto nacional eran confirmar y revisar la tradición literaria nacional, re- ubicar el pasado y el presente literario, aún en vías de construcción, con la finalidad de guiar la historia, como objeto de arte, sobre la base de un texto tautológico, generador de orden, que fundaba el origen común del pueblo, es decir, una épica nacional. Como ejemplo de esta necesidad formativa y utilitaria, vemos la presencia de la atracción de figuras heroicas nacionales que reafirman aquella identidad en peligro, como son las de Sarmiento y Martín Fierro. En este sentido, estos nuevos fundadores de la nación actualizan una vieja treta que se origina en el momento de la fundación de la nación y del *corpus* literario e histórico, oponiendo el rol activo del intelectual al del sujeto retraído en su torre de marfil. Así mismo sucede entonces, en este momento de la historia argentina. El intelectual porteño, nuevamente opta por hacer útil su discurso, por 'funcionalizar' su trabajo en pos de la construcción de un proyecto de nación motivado, ahora eso sí, por la idea de la reivindicación social.

transgresión, diferenciación y conflicto y, con ello, no sólo las prácticas específicas del intelectual o las redes de intercomunicación que se habían establecido con el pueblo, sino lisa y llanamente, el espacio cultural y las relaciones de intercambio y coexistencia que se daban en él. En el sentido más literal de la palabra se descentraba al sujeto y éste, como sinécdoque de la agrupación a la que representaba, expresaba el estallido de las verdades unívocas, la disolución del aglomerado ideológico y el esparcimiento de los fragmentos que constituían el todo de la revolución. Algunas de las partículas fueron obligadas al traslado geográfico, otras lo hicieron voluntariamente, otras fueron encerradas y otras asesinadas. Algunos lograron construir pequeños espacios de resistencia⁵⁴, sin embargo, algo se había quebrado y el miedo, la necesidad de sobrevivir y la represión institucionalizada, no dejaban recomponer el escenario de la intervención, a lo menos, bajo las condiciones del terror.

Sarlo recuerda este proceso sobre el escenario de los rastros, desde el territorio en el que ya se han desintegrado las certidumbres. Bajo las circunstancias antes descritas, no es descabellado comprender el por qué del surgimiento de la estética del fragmento. El progresivo deterioro de la figura que había sido parte fundamental en la formación y fundación nacional y de la difusión del saber, era razón suficiente para que, por lo menos, se instalara la lógica de la sospecha. Ambas experiencias, la del servilismo y la de la anulación, habrían permitido el alejamiento entre los intelectuales, un repliegue hacia sus tareas específicas y, en nombre de la libertad, la renuncia a los

⁵⁴ En medio de la resquebrajada y compleja situación que vivían los intelectuales en ese momento, hubo algunos que se reunían y resistían la violencia del monólogo dictatorial. Un ejemplo de ello es el conjunto de intelectuales que se encontraban en torno a la discusión en la revista *Punto de vista*, formada en el año 1978 y que agrupaba a Beatriz Sarlo, Ricardo Piglia y Carlos Altamirano, entre otros. “*Punto de vista publicó su primer número en marzo de 1978, en las condiciones sombrías de la dictadura. Carlos Altamirano, Ricardo Piglia y Beatriz Sarlo, quienes habían participado de la dirección de la revista ‘Los libros’, clausurada por el ejército en 1976, coincidieron, con algunos dirigentes de la izquierda revolucionaria, en la necesidad de vincular los restos dispersos del campo intelectual. Juntos dieron comienzo a la revista en situación de semi – clandestinidad y, sobre todo, de secreto en lo que concernía a su relación con la política (representada entonces, por quienes iban a desaparecer en Agosto de 1978, Elías Semán, Rubén Kristkauski y Abraham Hochman). En esa etapa de invisibilidad casi total, Carlos Boccardo diseñó el logotipo que la revista tiene desde entonces; Hugo Vezzetti y María Teresa Gramuglio participaron desde las primeras reuniones y Jorge Sevilla prestó su nombre para que la publicación no saliera en las condiciones de un sospechoso anonimato. Junto con otros intelectuales, que corrieron riesgos acercándose a la revista, se trataba de asegurar un espacio precario de publicación para un puñado de críticos, escritores y artistas que habían quedado desarticulados, tanto respecto del medio académico como del campo cultural. (...)*”. Vid. “Historia” en: revista *Punto de vista*, edición electrónica, 2004.

grandes relatos y las fuerzas aglutinantes que antaño movilizaron sus discursos. Pero Beatriz Sarlo sospecha de la duda⁵⁵ y vuelve a la pregunta sartreana del *para qué escribimos*. Su recelo surge de la idea de que el escepticismo no estaría sino nuevamente anulando las posibilidades de acción y crítica del intelectual. Es cierto que la desilusión habría bloqueado la posibilidad de construir nuevas salidas que no tendieran al repliegue de las fuerzas discursivas, sin embargo, esa peligrosa retirada confinaría al intelectual a escribir para ‘sus colegas’, a la legalidad de las instituciones académicas, y a la posición autocomplaciente de un diletante incomprendido. Es por ello que creo que en el artículo que aquí comento Sarlo se cuestiona la mimesis y la escisión, ambas como posicionamientos que convergen en la inmovilidad del intelectual, para proponer, en cambio, el asumirse como sujeto formado en esa tensión y, desde allí, construir una fisonomía que no implique la defensa nostálgica y reconstrucción del pasado, pero tampoco la des(con)trucción aniquiladora que pretende sepultar lo que de ello se puede aprender. El peligro que representa la inmovilidad de la opción monológica, la lleva, precisamente, a recuperar la estrategia benjaminiana que facilitará las claves para configurar un nuevo modelo intelectual.

A estas alturas, este desafío profesional desborda los límites del oficio, porque la búsqueda del lugar del intelectual porteño comienza a develar la propia experiencia de autodefinición. El hurgar en el pasado reciente del cual se formó parte, implica un ejercicio de introspección que se realiza en el contexto de un diagnóstico de la realidad, pero también en uno particular e íntimo. En el momento del diálogo entre el afuera y el adentro, del análisis de la situación cultural porteña y del examen de la propia vocación, surge un

⁵⁵ Esta conjetura le trajo como consecuencia el ser acusada de ‘nostálgica’ y ‘moderna’, posición que, hasta hoy, no es bien recibida en el campo de la crítica. Probablemente no sólo en esa época recibió la ácida crítica de los defensores de la posmodernidad, sino que esa acusación recorre la historia de su recepción. Vale la pena reseñar una de las respuestas que ella construye ante las imputaciones desde su tradicional tribuna: *Punto de vista*. En el artículo publicado en el n° 55 de agosto de 1996, comenta la recepción que hacen de su libro *Escenas de la vida posmoderna*, Horacio González, Andrea Pagni y Erna Von der Walde. Éstas últimas, se refieren a los textos de Sarlo como ‘nostálgicos’, en la medida en que encuentran en ellos el recuerdo del lugar perdido por el intelectual y, en el caso de González, propone que Sarlo se ha resignado al lugar del intelectual y, junto con ello, alejado del discurso de la resistencia crítica. Entre estas dos propuestas Sarlo descubre una oposición. Mientras que Pagni y Von der Walde dicen que se niega a dejar las viejas posiciones críticas en relación a los medios y la cultura popular, González piensa que ha cedido. Frente a esta contradicción la autora responde que no intenta alienarse de su condición contemporánea y esgrime algunas salidas que le permiten desconstruir aquellas recriminaciones. Esta polémica será retomada en capítulos posteriores de la presente tesis. Vid. Sarlo, Beatriz: “Retomar el debate” en: *Punto de vista* n° 55, Agosto, 1996, pp. 38 – 42.

conflicto inevitable y la renuncia se transforma en un riesgo latente. Es allí cuando se manifiesta el texto del deseo que provoca y seduce; es ahí cuando brota, luego del impulso de la apropiación textual, el principio latente que reordena la mirada y propone una respuesta ante la carencia. De esta manera germina la *Modernidad periférica*, como una estrategia que busca en las sendas del pasado los significados que contribuyen en la construcción del presente y del futuro del intelectual. Este sumergimiento en el bajo continuo que ahora sale a flote, venía a reposicionar la perspectiva para ver y escribir. Los libros de Schorske y Berman: “*postulaban un cierto sentido de unidad, de relación, incluso de causalidad: frente a la crisis de las perspectivas globales, y sin ninguna inocencia, los dos se proponían la reconstrucción de un mundo de experiencias a través de los textos de la cultura*”⁵⁶. En este sentido, ambos libros despertaron las expectativas de un crítico en crisis⁵⁷. Le permitieron a Sarlo revisar sus caminos de trabajo, sus seducciones teóricas y prestaron algunas certidumbres que decantaron en el ‘campo de saqueo’⁵⁸ que, si bien se hallaba en el subtexto sarliano, se reconfiguró y aclaró el panorama para dar sentido a la propia escritura. Buena parte de los conceptos que hereda la autora de esta ‘deuda intelectual’ cobraron fuerza con la lectura del texto del deseo: *Viena, fin de siglo* y *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Ambos fueron los escritos fundamentales para reconsiderar a aquellos que, si bien orbitaban el andamiaje teórico de la autora, configuraron por fin una coherencia subterránea que retoma la idea del ‘texto cultural’, de hecho, uno de los principios articuladores que se instala a la base de este renacer crítico y que se desliza a través de su escritura hasta hoy. La consideración del texto como cultura y viceversa, dice relación con la premisa de que la historia de la cultura se construye a partir de sus singularidades, y que puede ser leída y contada

⁵⁶ Sarlo, Beatriz: *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 – 1930*. Buenos Aires, Nueva visión, 2003, p. 7.

⁵⁷ Algunos de los aportes fundamentales de la lectura de estos textos, son aquellos que detalla la autora en el prólogo a *Una Modernidad periférica...* Ellos dicen relación con la restitución de la labor crítica del intelectual como un lector ejemplar que es capaz de decodificar en la literatura, el arte y el diseño urbano, aquellas huellas y pronósticos de las transformaciones sociales, así como leer el tejido (texto) cultural para exhibir la experiencia histórica y profundamente humana. Op. Cit. p. 8.

⁵⁸ Con ‘campo de saqueo’ o deuda intelectual, Beatriz Sarlo se refiere a lo que, en la entrevista realizada en abril del 2004, llamó ‘bajo continuo’. El campo de saqueo es ese terreno de las herencias intelectuales, de las lecturas otras, que construyen un nuevo andamiaje teórico que es el proyecto sarliano, y que se torna en una coherencia subterránea – término que también utiliza en *Una modernidad periférica...* – en el contexto de la escritura del libro de 1988.

como textos producidos por ella, ya que esa historia y esa cultura están compuestas por sujetos diversos que construyen redes y discursos realizados en escenarios particulares. En la medida en que el proceso del texto histórico es develado, se podría comprender y modificar el presente desde el que se lo mira; se podría significar, aprehender y aprender de él para no repetir sus fracasos y redimir las injusticias que en él se cometieron.

En el caso de la deuda benjaminiana, el análisis que hice en el apartado anterior, se hace coherente con el ejercicio que la autora esgrime aquí. Esa metodología que inunda su quehacer, es revisitada por Sarlo, quien una y otra vez, vuelve al pasado a remover los escombros que construyen un presente de contradicciones y dudas. Así mismo la idea fundacional de la *Modernidad periférica*, se ensambla con los postulados de Williams, aquellos que dicen relación con la construcción de lo nuevo sobre la base de lo pre – existente; de los residuos y de lo que emerge.

Hemos llegado entonces a una posible respuesta. Se desean, usan, envidian, releen, parafrasean los textos de otro, para buscar y para deslizarse al fin hacia “el periodo feliz o infeliz de la escritura”⁵⁹, del que la *Modernidad periférica* es corolario; un texto que nace y se nutre de otros textos, de la heterogeneidad, de la puesta a punto de una sinfonía de intertextos y que, a la vez, desviste un objeto cuyo origen es la mezcla: Buenos Aires de principios del siglo XX.

En el proceso de recopilación de la bibliográfica crítica referida a la producción de Beatriz Sarlo, pude observar que varios de los textos que hablan sobre la *Modernidad periférica*, se centran en subrayar el análisis urbano y las condiciones históricas y socio – culturales que bosquejan el cuadro de esta llamada modernidad excéntrica⁶⁰. Sin embargo, en esta oportunidad quiero enfocar no el escenario, sino a los actores que lo habitan y asumen la función de configurarlo, de construir núcleos de producción simbólica y discursos

⁵⁹ Sarlo, Beatriz. Op. Cit, pág. 9.

⁶⁰ Me refiero aquí, por ejemplo, al exiguo análisis que realiza Jean Franco en la revista *Hispanic American Historical Review*, en el que el foco de análisis del texto de Sarlo está puesto, precisamente, en el escenario de la ciudad como elemento articulador del campo cultural porteño entre las décadas del veinte y treinta. Además, al uso concreto que se hace de este texto en el ámbito de la academia nacional. El libro *Una modernidad periférica...* es referido cada vez que es necesario exhibir el proceso de reconstrucción y reconfiguración de las ciudades latinoamericanas a principios del siglo XX. Vid. Franco, Jean: “Review of *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 – 1930*, by Beatriz Sarlo Sabajanes” en: *Hispanic American Historical Review* vol. 71. n° 1, Febrero, 1991.

diversos. Me interesa fijar el análisis en las figuras que componen el campo intelectual porteño de principios del siglo pasado, precisamente, porque pienso que su rescate implica una estrategia a través de la que diacrónicamente se inicia una experiencia de búsqueda que no se limita a la constatación de un fenómeno cultural, sino que devela una búsqueda personal que le permite a la autora bosquejar un autorretrato.

El eje estructurante del texto de 1988, es justamente, el hecho de que había que hurgar en el 'texto de la cultura' para pesquisar al intelectual perdido, ya que su ur – forma (forma original) se hallaba incrustada en éste. Eran el arte, la literatura y la ciudad, aquellos terrenos donde se fijaban las transformaciones sociales, los diálogos culturales y se gestaban las respuestas ante esos fenómenos. El libro se construye como un mapa que registra algunos fragmentos de la modernidad porteña, exhibe las condiciones de ese proceso de modernización e instituye a la ciudad como el escenario natural e idóneo para la construcción de un campo cultural que refleja el diálogo y enfrentamiento de la diferencia. La urbe es el nuevo territorio de lo moderno, allí confluyen las diferentes lenguas, culturas y clases sociales; allí se constituye la esfera de lo público, de la exposición y del ejercicio ciudadano. Este es el espacio donde, precisamente, podrá tener lugar la polifonía de discursos, desde donde surge un nuevo campo cultural diverso que, a su vez, incluye distintas instalaciones éticas y estéticas. Intelectuales, instituciones, estado, academia, son los protagonistas de la construcción de este nuevo campo, en el que, por ejemplo, se actualiza la antigua oposición civilización – barbarie, transformada en criollismo v/s cosmopolitismo, y se agregan el enfrentamiento de nuevos discursos inmigrantes, periodísticos, genéricos, políticos y revolucionarios. De esta manera, Sarlo construye distintas entradas para afrontar su asunto, estas implican el rescate de ciertas figuras que habrían construido un discurso clave para la proliferación del diálogo y que designarían a un sujeto intelectual que, siguiendo a Gramsci⁶¹, proporcionaría al grupo al que pertenecen, una conciencia respecto de su función social, política y económica y algunos que, además, serían los encargados de legitimar o resistir el proceso de cambio, articulando posicionamientos e instalaciones propias.

⁶¹ Gramsci, Antonio: *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2004.

Para sistematizar estas experiencias diversas Sarlo agrupa textos que actualizan el carácter polifónico de la sociedad de la mezcla y el diálogo del campo intelectual, es decir, escoge diferentes focos de acción en los que se exhiben el rescate de lo propio o lo extranjero, la transgresión vanguardista, las miradas políticas revolucionarias, la reflexión sobre el pasado y el advenimiento del periodismo, todos ellos personificados en artistas y escritores que formulan respuestas subjetivas ante la experiencia de la modernización bonaerense.

Sin embargo, esta elección no es fortuita. Así como no lo fue la de escribir la *Modernidad Periférica* que surge desde el ‘texto del deseo’, este ejercicio también revela un proceso más profundo de elaboración del ‘sí mismo’ de la autora, ya que en el rescate del pasado no sólo se instala como el sujeto recolector de los fragmentos de la historia, sino que se transforma en aquella que experimenta el ‘saber de sí’, en la medida en que el ‘saber del otro’ descubre la ausencia – presencia de un ‘yo en construcción’⁶². De esta manera, comienza a urdirse el sujeto que elabora el proyecto sarliano. A partir de un proceso de aproximación – distanciamiento, la autora es capaz de percibir las semejanzas que mantiene o la conectan con aquella ‘figura del pasado’, con el ‘otro’. Del mismo modo, en la medida en que la escritura de la *Modernidad periférica* emerge de la necesidad de la individualización del ‘propio sí mismo’ y

⁶² Quiero justificar los dichos anteriores con las dos fuentes que me hicieron reflexionar y concluirlos. En primer término – y sin dar lugar a la soberbia –, quiero a incorporar una de las ideas que desarrolla Hegel en la *Fenomenología del espíritu*, porque percibo que es una de las claves para comprender una línea de pensamiento que privilegia el concepto de ‘intersubjetividad’, en la construcción del ser en cuanto tal y que, de alguna manera, adelanta ciertas bases para las teorías que se desarrollarán en el siglo XX. La idea a la que me refiero es la de la autoconciencia y a la formación de la misma. En el apartado referido precisamente a ésta, dirá que la autoconciencia implica el saber de sí mismo como proceso de reflexión que se hace desde el mundo sensible y que permite ver en su percepción el retorno del *ser* otro. En este sentido, la autoconciencia surge de la imposibilidad de la conciencia de dar cuenta de lo verdadero. Esto porque: “el objeto no se muestra ser en verdad como era de un modo inmediato *en sí*, como lo que es de la certeza sensible [...], sino que este *en sí* resulta ser un modo en que es solamente para el otro; el concepto del objeto se supera en el objeto real o la primera representación inmediata en la experiencia, y la certeza se pierde en la verdad (...)” Vid. Hegel, G.W.F: “Autoconciencia” Certeza de sí mismo en: *Fenomenología del espíritu*. México, F.C.E, 1973, pp. 107 y 108. Por otro lado, me he permitido incorporar el concepto de ‘proximidad – distancia’, diseñado por el psiquiatra Vittorio Guidano, para señalar aquel movimiento espacial que practica el sujeto a la hora de construir su sí mismo. He recurrido a este concepto porque contribuye a descifrar el fenómeno de construcción del sujeto sarliano, en la medida en que Guidano explica que el desarrollo del individuo tiene lugar en una realidad interpersonal construida y transmitida por el lenguaje. En este sentido, el autoconocimiento es el resultado de un proceso en el que interactúan tanto las semejanzas percibidas en el otro, como las diferencias que presentan otras formas de experimentar la vida. Este equilibrio inestable entre identificación e individualización surge como producto de una permanente negociación entre el ‘yo’ y el ‘otro’, que incluso pueden ser percibidas en el ámbito de la realidad espacial, a través del movimiento ‘distanciamiento – proximidad’. Vid. Guidano, Vittorio: *El sí mismo en proceso*. Buenos Aires, Paidós, 1994.

del distanciamiento histórico – temporal, Sarlo se aparta de los atributos y significados que comparte con la alteridad y puede entonces construir su propia condición.

De todas formas, el texto cultural y los sujetos escogidos no son vacíos. La elección de esas presencias implica un acto de voluntad, ya que ellas configuran el entramado de semejanzas y diferencias a partir de las cuales surge el sí mismo sarliano. Entonces ¿quiénes son estos sujetos – textos hacia los que se acerca y distancia la autora? Son sujetos – textos que experimentan el conflicto, que viven un momento histórico, social, económico y cultural que los obliga a transformar su condición de ser y decir. Sujetos – textos que ensayan nuevas fórmulas para afrontar, proteger o resistir un presente en el que las formas de conocer e interactuar cambian irrefutablemente. Estos atributos que se acaban de enumerar, exhiben esa relación de semejanza – diferencia, entre los sujetos – textos rescatados y quien los rescata ya que, como explico más arriba, Beatriz Sarlo es una intelectual en pugna (contradicción) con su propio quehacer, que se pregunta sobre la relevancia de la escritura, que incluso se ve tentada a apartarse de su labor crítica y que busca, a través de la reflexión que hace pública⁶³, un sostén teórico – ético desde el cual autodefinirse. Probablemente el hacer tangible esa sincronía entre el intelectual del pasado y su propia experiencia, y la distancia histórica entre ambas realidades, le permite elaborar aquello que se percibe como una posibilidad de acción.

Precisamente, en el segundo capítulo de la *Modernidad periférica*, ella se hace cargo del sistema de estrategias que construyen los intelectuales de las décadas del veinte y treinta, para poder afrontar el conflicto que les presenta un nuevo escenario histórico y social. En “Respuestas, invenciones y desplazamientos” analiza las diversas voces que emergen desde el Buenos Aires de la mezcla. En este apartado recorre las más diversas instalaciones éticas y estéticas, desde aquellas que construyen el tópico de la edad dorada como configuración literaria de la estructura ideológica – afectiva a las que

⁶³ Probablemente, esta intervención en el ámbito de lo público es otra estrategia para tratar de legitimar su condición intelectual en el marco del campo cultural porteño. Uno de los rasgos fundamentales de la modernización porteña, es que permite la explosión de los medios de comunicación de masas y con ello el surgimiento de un nuevo público lector. El desarrollo de este fenómeno, como explicaré más adelante, será clave a la hora de delimitar un espacio de acción de Beatriz Sarlo en el campo cultural bonaerense desde fines de los años setenta hasta hoy.

emergen de las desazones causadas por lo nuevo⁶⁴ (Güiraldes), pasando por la mirada modernizadora de Girondo, la resistencia frente al saber aristocrático de Arlt, hasta la que pretende proporcionar una mitología y proyección universal a la literatura argentina: la de Borges. Quiero detenerme en el trabajo que hace Sarlo respecto de éste último autor, debido a que pienso que es en la recuperación de su praxis que la autora inicia la elaboración de uno de los ejes teóricos fundamentales de su proyecto posterior, el concepto de “las orillas”.

Para Beatriz Sarlo el concepto de las orillas tiene la cualidad de describir la condición específica de aquella literatura que surge fuera de los límites del centro. En este sentido, Borges vendría a ser el precursor, el que acomoda los márgenes de la escritura de Occidente:

“Borges dibujó uno de los paradigmas de la literatura argentina: una literatura construida (como la nación misma) en el cruce de la cultura europea con la inflexión rioplatense del castellano en el escenario de un país marginal. Sobre el modelo de ‘las orillas’, que Borges inventa en sus primeros libros de poesía, hay que pensar también el lugar que él ocupa.”⁶⁵.

Con esto Borges resuelve el problema al que se habrían enfrentado los intelectuales de su época y que tenía que ver con la cuestión del origen. Según Sarlo, estos intelectuales se encontraban en un ‘medio’, en un territorio en el que habían cambiado las formas de ingreso y legitimación de la escritura. Pero la treta borgeana incorpora la idea de la imposibilidad de la obra original y con ello habría establecido una nueva fórmula de relación con aquellas escrituras ‘otras’, con el canon central. Esta forma de universalidad infame implica el instalarse con perspicacia en los márgenes, en los repliegues, en lo no dicho de las historias centrales. En la medida en que la escritura surge de la lectura, sería posible entonces, anular las jerarquías preestablecidas⁶⁶.

⁶⁴ Sarlo, Beatriz: Op. Cit, pág. 32.

⁶⁵ Sarlo, Beatriz: *Borges, un escritor en las orillas*. Buenos Aires, Ariel, 1993. pág. 51.

⁶⁶ Frente a estas conclusiones que propone la autora es que Grínor Rojo se enfrenta. En e capítulo “1953, Borges, imperialismo y colonialidad”, se refiere a la no tan celebratoria valoración que hace del orillismo y marginalidad borgeana. Para Rojo esta condición se configura como la lectura que Borges quiere que hagamos de su obra, cuando en realidad estaríamos enfrentándonos a una nueva estratagema que esconde el hecho de que existe una ‘verja con lanzas’ que: “*impide que el niño Borges ‘transgreda’, que haga el*

La tesis que articula el libro en el que estas ideas se decantan, *Borges, un escritor en las orillas*⁶⁷, es que la literatura del autor en cuestión es la del conflicto, esto porque su escritura permite el encuentro de sus dos caras (figura bifronte), la del cosmopolita y la del poeta nacional que, al mismo tiempo, sintetiza el carácter de mezcla de la literatura argentina. A partir de esta tesis emerge, entonces, el constructo de las orillas, como un modelo que explica una posición particular del escritor frente a la tradición occidental y que del mismo modo podría funcionar en el proceso de construcción de una ‘metodología’ sarliana. No sin más, Sarlo le confiere el grado de paradigma inserto en la cultura – literatura argentinas. En este sentido, para la autora este territorio también se convierte en el ‘lugar imaginado’, ya que en el recorrido que hace hacia el pasado bonaerense⁶⁸, exhibe el divagar de un paseante que construye, a través del desplazamiento espacio – temporal, el lugar del intelectual rioplatense. Este desplazamiento, como explica en el capítulo “La libertad de los orilleros”, implica un recoger desde el margen. Si para Borges ese movimiento tuvo que ver con el traslado de un sujeto desde la última década del siglo XIX al XX y con la redefinición de la llanura que bordeaba el centro, para Sarlo significará el proceso de hundimiento, también espacio – temporal, en el terreno de la heterogeneidad del pasado – presente que le permite implantar la (su) propia diferencia: la de su objeto de estudio y la de su proyecto teórico – escritural.

Es así como las orillas se transforma en el constructo del que se aleja y acerca Beatriz Sarlo para legitimar su posición excéntrica o periférica⁶⁹.

*‘cruce’ desde el interior de la [su] ‘casa’ al exterior de la ‘calle’, pero también con una tradición intertextual que, aunque no carezca de relaciones con ella, va mucho más lejos y cala mucho más hondo que la fórmula sarmentina de mediados del siglo XIX, a la que apela, Alazraki, fórmula de raigambre ilustrada como es bien sabido y que contrapone la civilización a la barbarie”. Vid. Rojo, Grínor: “1953, Borges, imperialismo y colonialidad” en: *Clásicos latinoamericanos: Para una relectura del canon*. Inédito, p. 29.*

⁶⁷ Sarlo, Beatriz. Op. Cit.22

⁶⁸ Este procedimiento no sólo puede verse en la *Modernidad periférica*. Como expliqué en el apartado anterior, puede reconocerse en diversos textos de la autora y ser identificado como un modo de operar que surge desde la herencia teórica benjaminiana. Por ejemplo, realizará el mismo ejercicio de traslado temporal (que implica develar el pasado para construir el presente) en *La imaginación técnica*, donde revisa el proyecto ético – estético de Roberto Arlt; *La máquina cultural*, texto en el que hurga, por ejemplo, en la realidad de una maestra de escuela a principios del siglo XX; y en otros, donde a través del mismo mecanismo intenta exhibir las huellas de un pasado que configuran el presente, permiten configurar un futuro carente de errores y reivindicar las injusticias.

⁶⁹ De todas formas me parece importante señalar que esta afirmación puede ser, por lo menos, cuestionable. Es cierto que Sarlo se ubicaría en el margen respecto de la crítica central, de la crítica académica tradicional e incluso respecto de su condición sexogenérica. Sin embargo, este carácter

Constructo teórico que le permite desplazarse entre el límite de lo público y lo privado a través de una revista resistente a una dictadura militar, que le consigna el derecho a deslizarse por los bordes de una crítica que hurga, precisamente, en los límites de los objetos artísticos institucionalmente aceptados. Un modelo que le facilitará su posicionamiento final en la escritura de las *Escenas de la vida posmoderna* y que tranquilizará las aguas para poder establecer el lugar perdido.

Otro elemento en el que quiero detenerme brevemente es en el del tratamiento que hace la autora de las nuevas posibilidades discursivas que surgen a partir del uso de los medios de comunicación de masas y el surgimiento y aceptación graduada de la escritura periodística. En algunos capítulos de la *Modernidad*, como por ejemplo en “Vanguardia y utopía” o en el dedicado a Raúl González Tuñón, se puede ver cómo Sarlo intenta recobrar el pasado de sus prácticas presentes. En “Vanguardia y utopía” creo que, por sobre la idea de exhibir las polémicas específicas en las que arremeten los diversos discursos intelectuales de la época, existe una tendencia a subrayar la eficacia y legitimidad de ‘la revista’ como medio de acción intelectual. En el apartado al que me refiero, Sarlo analiza el momento en que se consolida el espacio de la revista como tribuna de diálogo y núcleo de respuestas ante los cambios sufridos en la época. Esas respuestas serán las encargadas de impulsar programas de renovación estética, definir imágenes de sociedad y tareas intelectuales, construir campos de alianza y proyectos futuros⁷⁰. La revista debe constituirse como una estrategia de identificación colectiva, como una empresa generacional, cuyo objetivo es la conquista de un segmento del espacio público reservado a las publicaciones hegemónicas tradicionales.

periférico de su obra y del mismo proceso de modernización que experimenta Buenos Aires, puede ser considerado excesivo. Beatriz Sarlo es una crítica de renombre internacional, que realiza su intervención desde una de las ciudades más importantes de Latinoamérica y que, por cierto, sufrió un proceso de modernización (por lo menos entre 1875 y 1913) equiparables a los de países como Australia y Canadá. Sin embargo, prefiero ahondar en esta polémica en el último capítulo de la presente tesis. Vid. Sanz, Isabel: *Derechos de propiedad y crecimiento económico en Argentina 1875 – 1990*. Tesis doctoral. Universidad Carlos III de Madrid, España, 2003.

⁷⁰ Es preciso acotar que aquí me estoy refiriendo a revistas de corte intelectual, más específicamente a los casos en los que incurre la autora, el de *Martín Fierro*, *Proa*, *Sur*, *Contra*, entre otros. Esto porque obviamente en esta época se consolidó no sólo el campo de las revistas de este tipo, sino que el de aquellas cuyo objetivo era la entretención, el espectáculo, sobre todo dirigidas al nuevo público femenino y en las que se intentaba destacar el ‘nuevo rol’ de la mujer en el escenario de la modernización porteña o deslegitimarlo recordando el lugar que debía cumplir ésta en una sociedad que la empujaba a desafiar su lugar tradicional. Vid. Diz, Tania: *Tecnologías de género en La Nota*. Ponencia presentada en las VI Jornadas de estudiantes de Postgrado. Universidad de Chile. Enero del 2005.

Desde esta perspectiva, *Punto de vista* viene a instalar un nuevo foco de acción y discusión intelectual, en el que se encuentran las diversas voces para instituir la renovación del campo cultural porteño. Frente a la fractura que introduce el proceso de modernización de Buenos Aires, la revista parece unificar en la disputa, permitiendo la promoción de los discursos de la mezcla. Por otro lado, en el sexto capítulo “Raúl González Tuñón: el margen y la política”, Sarlo discurre acerca de los momentos que el escritor experimenta, el primero caracterizado por una escritura que se sumerge en el terreno de lo no nombrado, en los desechos de las transformaciones que ha dejado la modernización, y, el segundo, marcado por la inserción de la lucha de izquierda dentro del campo intelectual. Respecto de la primera fase de su escritura, la autora hace hincapié en la figura del ‘periodista profesional’ quien, gracias al proceso de especialización del trabajo y a la legitimación de nuevas formas escriturales⁷¹, puede llevar a cabo operaciones ideológicas y estéticas que se diferencian de lo que estaba haciendo, por ejemplo, la vanguardia martinfierrista. González Tuñón habría impulsado una libertad inédita respecto de sus pares, incorporando el mundo de la bohemia y los bajos fondos del puerto, al territorio de la escritura institucional. En este sentido, cual paseante ciudadano, se habría hecho cargo de lo invisible a los ojos modernos y cosmopolitas, recuperando aquellos rastros que, olvidados en el vértigo de lo nuevo, también serían parte constitutiva de la sociedad en formación.

De esta manera, pienso que Sarlo, al aproximarse al momento de la fijación de la revista como objeto de intervención cultural y social, y al del sujeto que hace uso de ella, tiende un puente de identificación que descubre el origen de las fórmulas de acción que le permitirán una *performance* en el presente. Para la autora una de las herramientas fundamentales de mediación simbólica y cultural es, sin lugar a dudas, su orilla *Punto de vista* y, en la medida en que rescata el origen de su quehacer público, intensifica el valor que le otorga a éste como instrumento de acción intelectual, como territorio de discusión y

⁷¹ Estas nuevas formas de escritura son fijadas por las condiciones del formato periodístico y por la filiación del periodismo latinoamericano a la tradición anglosajona. Para Sarlo, el periodista privilegiará textos breves y de gran impacto, una sintaxis simple, disponibilidad temática, manejo de diversos núcleos temáticos en los que no se necesita profundizar, todo ello con el objeto de ampliar el rango de difusión de los textos.

núcleo de elaboración de material cultural acerca del presente⁷². Al mismo tiempo, la figura que proyecta González Tuñón revitaliza la idea de buscar en lo recóndito aquello que da forma al proceso de la historia. Sarlo reconoce en este sujeto su capacidad para ver a la ciudad en su “tiempo presente”, en su proceso de ser y llegar a ser, exhibiendo, precisamente, aquellas marcas – deshechos – que configuran el escenario de la mezcla y que son las mismas que la autora busca en su realidad⁷³ para dar sentido y comprender el suyo.

Sin embargo, ya en 1930, el rostro dual de González Tuñón, el del paseante del margen y el del insurrecto revolucionario, tiende hacia el escrito intervencionista de denuncia coyuntural que se sintetiza en un *corpus* que incorpora los avatares de la historia internacional. Deja de lado el tugurio para alinearse con la clase y avivar la revolución. La Guerra civil española y la construcción del frente antifascista, son el nuevo fundamento ideológico, ético y estético de su creación. A medida en que las circunstancias históricas lo reclaman, muchos intelectuales, al igual que él, unen sus voces a la lucha que encontraba su centro en los sucesos ocurridos en España. Probablemente se encuentre aquí el indicio o la huella de la experiencia sarliana de principios de los ochenta. Los intelectuales y artistas prestan sus herramientas al discurso político para asistir a movimientos más vastos que los de su propio oficio. Quizás la correspondencia que surge en el cruce de la lejanía y el presente, obliga a la reconsideración de las prácticas intelectuales extraviadas de los años ochenta y que habían hecho que el intelectual crítico – por lo menos Sarlo – no encontrara su lugar. En cualquier caso, creo que observar estos sucesos desde la distancia histórica, desde la lejanía, es lo que le pudo haber permitido a la autora develar, asumir y sortear aquellos que son considerados como los

⁷² Es importante acotar que en la entrevista realizada en Abril del 2004, Sarlo reconoció haber renunciado a su cátedra en la Universidad de Buenos Aires, para dedicarse exclusivamente a la dirección de *Punto de vista*. Este hecho remarca la importancia que le otorga a la revista como estrategia de intervención intelectual. Junto con ello muestra que sus esperanzas están puestas en los medios de comunicación como propugnadores de espacios de discusión y diálogo. Sin embargo, surge la pregunta acerca de su rol dentro de la academia ¿Cuál es el papel que juega el intelectual dentro de la institución universitaria? ¿Es para Sarlo la Universidad, a estas alturas, un espacio que permite la intervención cultural, social y política? Estas preguntas, que ahora dejo sin respuesta, serán abordadas en el último capítulo de la presente tesis.

⁷³ Como se expuso en el subcapítulo anterior, Beatriz Sarlo lleva a cabo un ejercicio de recolección de objetos del pasado y del presente para poder construir los significados del proceso histórico actual. Prueba tangible y literal de ello, es el trabajo que escribe a partir de la figura de Benjamin en *Siete ensayos sobre Walter Benjamin* o en *Instantáneas*, ambos textos contruidos a partir de la elección de un objeto o fenómeno particular que en sí mismos llevan ocultos los mecanismos de funcionamiento de la sociedad actual y desde los cuales emerge la llamada fantasmagoría del capital.

procesos que instalan al intelectual en el terreno de la búsqueda. De esta forma, nuevamente, fue el texto del deseo el que limpió el camino. Éste y la distancia juegan un papel decisivo.

Capítulo II

Una Propuesta siempre inacabada

1. Las voces del Intelectual

*“Todo intento de rebatir, desafiar o vencer
la imposición de la escritura,
pasa obligadamente por ella.
Podría decirse que la escritura concluye
absorbiendo toda libertad humana,
porque sólo en su campo se tiende
la batalla de nuevos sectores
que disputan posiciones de poder.”⁷⁴*

Hasta este momento he sometido la discusión al campo interno de una cuestión que es más general. Tendería a la miopía e incurriría en una falta de robustez teórica si no ampliara el campo visual para remarcar la problemática del intelectual que, como he examinado a lo largo del primer capítulo, se despliega a través del trabajo de Beatriz Sarlo. Pero más grave aún sería, a estas alturas, omitir aquello que he intentado validar a través de estas páginas. Olvidar que la construcción de una perspectiva para ver emerge necesariamente del texto del deseo, de las seducciones teóricas que fortalecen un proyecto teórico y vital⁷⁵.

La delimitación del concepto y función del intelectual surge y se desarrolla tanto en el texto literario como en el teórico – sea este sociológico, antropológico, histórico, etc, –, a partir de la (auto) reflexión de quienes poseen

⁷⁴ Rama, Ángel: “La ciudad escrituraria” en: *La ciudad letrada*. Santiago, Tajamar Editores, 2004. pág. 82.

⁷⁵ En este apartado me haré cargo, precisamente, de ‘las voces del intelectual’. De aquellas miradas que han permitido estabilizar el concepto y la función del sujeto letrado. Sin embargo, el filtro que cuela la elección de esas miradas, presenta una línea coherente con mi trabajo. He escogido las propuestas de Antonio Gramsci, Ángel Rama y Edward Said, porque todas ellas, independientemente de sus diferencias, polémicas internas y variaciones, penetran el texto sarliano en distintas direcciones. En este sentido, configurarían el registro de ‘textos del deseo’, ya sea por intervenir directamente en el bajo continuo de la autora (Gramsci – Rama), por ser antecedentes o contemporáneos históricos que permiten establecer una línea cronológica en el campo de los estudios culturales (Rama – Said), o por revelar cierta sincronía en la concepción de un intelectual crítico (Said). Para realizar esta revisión me avocaré a los textos más idóneos que me permitirán el diálogo inter – intelectual. Gramsci, Antonio: *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2004. Rama, Ángel: *La ciudad letrada*. Santiago, Tajamar Editores, 2004. Y, Said, Edward: *Representaciones del intelectual*. Buenos Aires, Paidós, 1996.

esa categoría dentro de una sociedad determinada, porque ellos son los que detentan las capacidades para hacerlo, es decir, son los objetos, arquitectos, productores y difusores del saber recolectado históricamente por ellos mismos y sus precursores. Son los dueños de la escritura, del discurso simbólico en general y conocen las operaciones y funcionamiento de un poder superior al que en ocasiones responden y fortalecen o, en otras, negándolo, representan. Y, porque existe ‘algo’ o ‘alguien’ que les ha concedido la posibilidad de ocupar un sitio particular permitiendo legitimar y perpetuar, a través de esa capacidad de mirarse a sí mismos, su condición ‘intelectual’. Sin embargo, esta noción que hoy nos parece en crisis, no sólo se sostiene en la inmovilidad del examen histórico, en el puro regocijo de la fijación ontológica, sino que, y debido a esas cualidades ya descritas, también se hace viva en el (auto) cuestionamiento de la propia labor y origen. La noción de intelectual germina en la práctica misma, en la autoconciencia del quehacer y en la pregunta del para qué. Es por ello que creo esencial, para un análisis de la permanente construcción del intelectual en la obra de Sarlo, revisar algunos de los referentes que permiten establecer los cimientos de esa toma de conciencia intelectual.

Uno de los textos fundamentales que fijó las bases para la construcción del concepto de intelectual se titula “La formación de los intelectuales”⁷⁶ y está inserto en los cuadernos manuscritos de Gramsci. En él el autor italiano se plantea una pregunta que insinúa una nueva metodología para afrontar el fenómeno intelectual⁷⁷, ya que la cuestión acerca de la autonomía de aquel grupo de individuos que cumplen un rol fundamental en la formación y perpetuación de la cultura, permite, en primer lugar, ordenar una cantidad estimable de información que no había sido operativizada y que, en esa

⁷⁶ Gramsci, Antonio: “La formación de los intelectuales” en: *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2000.

⁷⁷ La pregunta con la que Gramsci inicia el texto “La formación de los intelectuales” es la siguiente: “¿Los intelectuales son un grupo social autónomo e independiente, o por el contrario cada grupo social tiene una categoría propia y especializada de intelectuales? [y agrega] *El problema es complejo... (...)*”. A simple vista esta pregunta presenta un cuestionamiento bastante directo. En principio, el autor la utiliza para exponer su clasificación del intelectual, la del intelectual orgánico y la del tradicional, sin embargo, avanzada la lectura, ésta se abre y abarca un problema metodológico más amplio, y cito: “*El error metodológico más difundido, en mi opinión es el de haber buscado este criterio de distinción [criterio unitario para caracterizar las diversas actividades intelectuales] en lo intrínseco de las actividades intelectuales, y no, en cambio, en el conjunto del sistema de relaciones en que esas se hallan en el complejo general de las relaciones sociales. (...)*”. Vid. Gramsci, Antonio: “La formación de los intelectuales” en: *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2000, p. 12.

dispersión, había desatendido la distinción clave entre intelectual tradicional y orgánico. En segundo lugar, porque permite reconocer, algo que hoy podría parecernos una perogrullada, que el intelectual se inserta como un dispositivo activo y fundamental dentro de las redes de relaciones entre sujetos y superestructura y viceversa y que, por lo tanto, intentar una reflexión acerca de él implica comprender su actividad dentro de dicha estructura social. En consecuencia, al situar la discusión en relación al problema de la independencia intelectual apoyada por una nueva sistematización, la propuesta gramsciana proporcionó a la crítica posterior la posibilidad de abrir un debate y productivizar críticamente las categorías que se encuentran en el texto.

Para Gramsci el error que ha obstaculizado la diferenciación entre intelectuales y otros grupos sociales, es haberlos definido limitándose a distinguir sus características y cualidades. Por el contrario, afirma que para singularizarlos es necesario detenerse en su actividad, en el rol que estos cumplen dentro de una estructura social dada y, sobre todo, comprender esa gestión dentro del marco del sistema de relaciones en que esa actividad se inserta y funciona. Esta idea es central, puesto que, por un lado, dispone por fin los límites de qué hacer del sujeto 'letrado', porque en estricto rigor y según el mismo autor, en la medida en que toda actividad humana implica el despliegue de cierta actividad intelectual, todos lo seríamos. Por otro lado, porque no considera al intelectual como un sujeto alienado⁷⁸ del funcionamiento social, sino como un participante activo que interviene dentro del entramado y los movimientos socioculturales en los que está inserto. En este sentido, el enfoque de su aporte implica – y no sólo en referencia a la cuestión del intelectual – el comprender los fenómenos históricos, socioculturales, económicos y políticos como un sistema complejo en el que no existen categorías independientes, sino que todas ellas interactúan cada una para permitir el proceso de desarrollo – o involución – de las otras. De esta manera,

⁷⁸ Esta visión del intelectual que tiene Gramsci, que lo considera inmerso dentro del sistema social y sus movimientos, difiere, por ejemplo, de la que propone en 1927 Julien Benda. Este autor, en su libro *La trahison des clercs (La traición de los intelectuales)*, los concibe como participantes de un grupo pequeño de sujetos superiores, tanto por sus cualidades reflexivas como morales, y que constituyen la conciencia de la humanidad. Para comprender esta visión, basta con detenerse en la palabra "clercs" que les otorga en el título del libro. En virtud de esta concepción y en el contexto de principios del siglo XX, Benda realiza una férrea crítica a la nueva categoría de intelectuales que ha olvidado su rol orientador y directivo de 'concientizador' y ha sucumbido en las redes del mercado y los gobiernos constituyéndose como un 'organizador de las pasiones colectivas', un mero reproductor y ratificador de políticas gubernamentales. Vid. Benda, Julien: *The treason of the Intellectuals*. Londres, Norton, 1980.

el intelectual no puede sino ser entendido dentro de este sistema, y para definirlo como sujeto particular, habría que hacerlo respecto de la actividad y función que cumple en determinadas condiciones de relaciones sociales. Por lo tanto:

“Cuando se distingue entre intelectual y no intelectual, en realidad sólo se hace referencia a la inmediata función social de la categoría profesional de los intelectuales, es decir, se tiene en cuenta la dirección en que gravita el mayor peso de la actividad específica profesional, si en la elaboración intelectual o en el esfuerzo nervioso muscular [actividad práctica]”⁷⁹

Un intelectual será aquel sujeto que, críticamente, es capaz de realizar una operación de equilibrio entre su desempeño práctico y el reflexivo. El énfasis en este nuevo orden estaría puesto en su capacidad de ‘elaboración intelectual’ cuyo destino implica, eso sí, traducirla en una práctica intelectual. Y esto significa, precisamente, productivizar una ‘nueva e integral visión de mundo’ dentro del complejo del sistema social en que se encuentra inserto. Es por ello que el intelectual no sólo gravitará en el escenario de la reflexión, sino que participa activamente en la vida práctica siendo organizador, constructor, persuasivo permanente de esta concepción de mundo suscitando los nuevos modos de pensar que representan a esa sociedad. De esta manera, esa capacidad de equilibrar teoría y praxis le permite ser más que un especialista y alcanzar el grado de ‘dirigente’⁸⁰.

⁷⁹ Gramsci, Antonio: “La formación del intelectual” en: *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2000. pág. 13.

⁸⁰ Podemos ver que esta distinción, entre ‘especialista’ y ‘dirigente’, adelanta una polémica que sigue presente hasta hoy. Respecto de este intelectual orgánico que, de alguna manera, se vuelve ‘funcionario’ dentro del sistema de relaciones, Gramsci dirá que su nueva tarea, en el ámbito de las exigencias de su sociedad moderna, no puede reservarse a la de ser un simple orador, sino que debe ser capaz de lograr un equilibrio entre técnica – trabajo y la concepción humanista histórica. Sin ésta última, el intelectual sólo se vuelve sobre los problemas propios de los temas que maneja y no es capaz de participar en la vida práctica como dirigente (especialista + político). En este sentido, podemos identificar en esta explicación una problemática a la que Beatriz Sarlo se refiere en *Escenas de la vida posmoderna* – texto que trabajaremos en el apartado siguiente – cuando establece una clasificación de los posicionamientos intelectuales en el contexto de la posmodernidad. Una de esas categorías apunta, precisamente, a la del tecnócrata, nuevo tipo de intelectual ‘funcionario’, especializado y mediatizado. Para Said, el problema de la especialización de los intelectuales surge en la medida en que éstos como grupo poseen la capacidad de

Gramsci sostiene, entonces, que es a partir de esta forma de interdependencia entre el intelectual y los grupos sociales, que se constituyen históricamente las categorías específicas para ejercer la función de intelectual. Sin embargo, esa conexión se ha establecido de manera más frecuente con los grupos sociales dominantes. En este sentido, en el marco de una sociedad moderna, el intelectual 'funcionario' es elaborado por la clase social hegemónica que, a través de la escuela⁸¹, le cede un terreno especializado para perpetuar su dominio y unificar al grupo en función de una sola conciencia económica, política, social y cultural.

“Una de las características de cada grupo, que se desarrolla en dirección al dominio, es su lucha por la asimilación y la conquista ‘ideológica’ de los intelectuales tradicionales, asimilación y conquista que es tanto más rápida y eficaz cuanto más rápidamente elabora el grupo dado, en forma simultánea, sus propios intelectuales orgánicos.”⁸²

Se desprende de esta cita, que existe un grupo que, si bien comparte con el intelectual orgánico la capacidad de equilibrar ‘elaboración intelectual’ y ejercicio práctico, no se encuentra necesariamente inmerso en la escena del trabajo, ni es parte del engranaje del movimiento social, o no resulta como consecuencia de éste. El intelectual tradicional es aquel que se intenta ‘conquistar’ o ‘asimilar’ en la lucha por la hegemonía, ya que representa la posibilidad de adquirir una continuidad histórica ininterrumpida por los cambios sociales. Al contrario del intelectual orgánico, cuyas características he descrito más arriba y que se define como tal en la medida en que es parte de

comunicarse a través de una ‘lingua franca’ cuyo carácter especializado impide la comunicación con quienes no manejan ese código. Como veremos más adelante, será Ángel Rama quien desarrolla este tema y le atribuye a esa capacidad lingüística (escrituraria) el poder de legitimación social e histórica del intelectual.

⁸¹ Para Gramsci, la importancia que ha tenido la escuela desde la época medieval, exhibe la necesidad social de desarrollar las actividades y funciones intelectuales. Así mismo, para el autor, esta necesidad se configura como el territorio de formación del intelectual de distintas categorías, tanto así que el grado de especialización que tengan en cada sociedad distinta dependerá del número y calidad que tengan estas instituciones. Estas reflexiones de Gramsci, son la que permiten que más adelante autores como Foucault o Bourdieu operativicen estas ideas y construyan los conceptos de mecanismos de difusión y control social.

⁸² Gramsci, Antonio: “La formación del intelectual” en: *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2000, pág. 14.

corporaciones o entidades colectivas o de sus funciones o ejercicios⁸³, el tradicional se caracteriza por preexistir a esas colectividades que batallan por apropiárselos.

Esta clasificación bimembre que aparece por primera vez en el texto gramsciano, ajusta el mapa para componerlo, entonces, de la siguiente manera: existirán dos clases de intelectuales, los primeros, llamados tradicionales que preceden a los procesos sociales y ejercen su actividad en forma autónoma, y los otros, los orgánicos, aquellos que emergen de esos procesos y mutan dependiendo de los movimientos que les dan vida. En este sentido, la distinción es clave para estructurar la concepción de intelectual porque, como anoté en páginas anteriores, es el resultado de la ordenación de conocimientos e informaciones que no habían sido sistematizadas, pero también porque confronta dos nociones opuestas acerca de la figura del intelectual, una que le concede un papel esencial y otra uno funcional. El hecho de que Gramsci no haya detenido su análisis en el modo en que ambas categorías se relacionan⁸⁴ o interconectan, es decir, que no haya examinado cómo intelectuales tradicionales y orgánicos permean en forma conjunta la construcción del campo cultural dentro de la estructura social superior, y de que haya concebido al intelectual tradicional como una fuerza a – histórica, fija y permanente, deja abierta una discusión de la que él no se hace cargo, pero que, debido a la capacidad de autocuestionamiento del intelectual, ha sido retomada con posterioridad.

Si hacemos un exiguo examen histórico ¿es posible afirmar con certeza que tanto sacerdotes como profesores, los llamados intelectuales tradicionales, han permanecido incólumes y petrificados - respecto de sus actividades - ante los cambios sociales que se han sucedido por lo menos desde mediados del siglo XX hasta hoy? Creo que manejar una concepción

⁸³ En la definición dada en la edición electrónica de la RAE, aparecen varias acepciones para el término orgánico. Una de ellas se refiere a que el término atañe a la constitución de corporaciones o entidades colectivas o a sus funciones o ejercicios, pero también otras indican un carácter de armonía y consonancia. Todas estas permiten corroborar el sentido que le otorga Gramsci a esta categoría. El intelectual orgánico surge del grupo social que le da vida, es armónico y coherente con las funciones y ejercicios del colectivo.

⁸⁴ El momento en que se advierte que intelectual tradicional y orgánico se relacionan es cuando el autor explica que la lucha por la hegemonía de un grupo social sobre otro se realiza a través de un movimiento simultáneo, por parte del grupo dominante, de asimilación del primero y elaboración del segundo. Sin embargo, esa referencia no hace mención de los elementos que se conjugan ni del resultado que se obtiene en ese proceso.

que inmoviliza el concepto de tradición y que desestima la fuerza con que ésta interviene en el entramado social, implica una operación de reduccionismo. Y no sólo eso, sino también es desacreditar la idea de que el campo cultural y los procesos sociales que se enmarcan en la lucha por la hegemonía son contruidos en forma permanente a partir de los cruces no sólo de una sino de varias tradiciones, de modos de expresión y experiencias diversas, de residuos y nuevas emergencias. Este sesgo gramsciano es producto del rechazo que le provoca al marxismo el concepto de tradición:

“Esto no se debe exclusivamente al hecho de que normalmente sea diagnosticado como superestructura, sino también a que la ‘tradición’ ha sido comúnmente considerada como un segmento histórico relativamente inerte de una estructura social: la tradición como supervivencia del pasado. Sin embargo, esta versión de la tradición es débil en el punto preciso en que es fuerte el sentido incorporado de la tradición: donde es visto, en realidad, como una fuerza activamente configurativa, ya que en la práctica, la tradición es la expresión más evidente de las presiones y límites dominantes y hegemónicos (...); es en realidad el medio de incorporación práctico más poderoso (...)”⁸⁵

Desde esta perspectiva, la propuesta de Raymond Williams nos permite ajustar la noción de tradición y, por lo tanto, la de un sujeto intelectual que podría representarla. Para el autor inglés la tradición forma parte de la organización social y cultural del presente. Es una ‘versión’ del pasado que se pretende anexar con ese presente. Es, sobre todo, una pieza fundamental en el proceso de selección deliberada de un conjunto de significados y prácticas, en el que algunos elementos son excluidos y otros ratificados. Proceso altamente poderoso, en la medida en que está ligado a experiencias que marcan una continuidad histórica – instituciones, idioma, etc, –, pero, al mismo tiempo, vulnerable, ya que expone esos elementos a la reinterpretación, la resignificación o a su conversión.

⁸⁵ Williams, Raymond: “Tradiciones, instituciones y formaciones” en: *Marxismo y Literatura*. Barcelona, Península, 1998.

Una versión del intelectual que, precisamente, pone en juego esta visión más móvil de tradición, es la que propone Ángel Rama en su texto fundamental *La ciudad letrada*⁸⁶. En esta obra publicada en 1984, comprenderá al intelectual, en primer lugar, como un sujeto instalado en un contexto particular; el de la historia y desarrollo de Latinoamérica, y, además, como un elemento clave y activo que participa – si es que no dirige y construye – en el proceso de formación sociohistórico, cultural, político y económico de la región. Un sujeto que, en un inicio, representa los significados y prácticas imaginadas por el europeo, por la conciencia racionalista y utópica que escapaba de una sociedad en la que pervivía el orden jerárquico medieval y que, más tarde, seleccionando de esa tradición europea los elementos y prácticas adecuadas – la escritura, y el lenguaje simbólico en general –, se convierte en el dirigente de los movimientos de emancipación.

En el libro de Rama podemos ver claramente cómo los conceptos de intelectual tradicional y orgánico se sintetizan en la actividad de un individuo que, por un lado, representa un producto de la selección de una tradición, que porta un lenguaje escrito y códigos transatlánticos y, a la vez, que ha surgido de los movimientos sociales que le permitieron diseñar una ‘nueva e integral visión de mundo’ coherente con la estructura superior en la que estaba inserto. En este sentido, el intelectual ‘funcionario’ estaría capacitado para dirigir el proceso de lucha para establecer el dominio del rey en la nueva tierra indómita.

Pero quiero detenerme ahora en la singularidad del texto de Rama, porque en primer lugar, en él se exhibe no sólo una visión de intelectual, sino también una perspectiva crítica acerca del proceso de ‘integración’⁸⁷ latinoamericana al mundo metropolitano y, por otro lado, porque manifiesta un profundo (auto) cuestionamiento respecto de la responsabilidad que le cabe al ‘sujeto letrado’ en las formas y estrategias que él, representando al poder, utilizó en el desarrollo de ese complejo proceso de instalación y perpetuación del imperio en nuestra región.

⁸⁶ Rama, Ángel: *La ciudad letrada*. Santiago, Tajamar Editores, 2004

⁸⁷ Para Grínor Rojo este proceso de ‘integración’ sería uno de los primeros hitos en que se manifiesta un fenómeno de globalización. Él, a través de un exhaustivo análisis de éste y otros eventos, defiende la idea de que el fenómeno no es nuevo ni se refiere exclusivamente a la posmodernidad, sino que es efecto de desplazamientos culturales tan antiguos como, por ejemplo, el descubrimiento y conquista de América. Vid. capítulo quinto de: *Globalización e identidades nacionales y postnacionales...., ¿de qué estamos hablando?* Santiago, LOM, 2006.

Un elemento importante para construir en el texto la figura del intelectual y, particularmente la del intelectual latinoamericano, es mostrarlo en su proceso de constitución y desarrollo histórico. A partir del mecanismo de adjetivación del concepto de ciudad – ciudad ordenada, ciudad letrada, ciudad escrituraria, etc.,– , Rama devela el desplazamiento a través del cual se explicaría el asentamiento del intelectual y la evolución de su actividad en el trayecto de una historia convulsionada por sus propias intervenciones. El primer proceso que analiza el autor se fija con anterioridad a la llegada de los españoles a tierra americana. Éste se identifica con un momento de ordenación y que se inicia con el ‘pensar’ la ciudad que se quiere edificar. En este sentido, la ciudad que se construye en Latinoamérica es aquella que se imaginó. Una ciudad pensada por intelectuales que, por un lado, trasladaría hasta allí una selección de la estructura social preexistente, pero que, por otro, sería receptáculo de las innovaciones y utopías del nuevo orden de la razón. Es la concepción de mundo del intelectual europeo la que organiza un paisaje en el que es necesario derrocar la barbarie e instalar la civilización, donde es preciso certificar el triunfo sobre lo inhóspito y conformar el territorio de lo idealmente imaginado.

Luego de este primer momento de ordenación más bien física y real, cuyo símbolo más significativo es el mapa que fija un proyecto antes de su edificación, se constituye el de una ordenación simbólica. Rama explicará que este es un período decisivo, más rotundo y profundo incluso que el anterior, puesto que en él se configura el grupo letrado y/o intelectual como tal, cuya anatomía original permanecerá más bien intacta a lo largo de la historia. En este periodo, caracterizado por la formación de los aparatos administrativos, eclesiásticos y educativos⁸⁸, se construirá el discurso que presidirá la intervención o ideologización cultural.

⁸⁸ En el lenguaje de Gramsci podríamos decir que la constitución de la ciudad letrada se debe a los ‘intelectuales tradicionales’, esto porque el sector está compuesto por sacerdotes y educadores; sin embargo, esta nomenclatura le queda incómoda a la propuesta de Rama. Creo que si resignamos su propuesta a una lectura gramsciana del fenómeno, se reduciría a la mera exposición de un fenómeno fosilizado. En cambio, si comprendemos que los miembros de la ciudad letrada son sujetos que sintetizan en su fisiología tanto una selección de tradición como la presencia de una estructura a la que representan, uniendo a esto las nuevas experiencias de la vivencia en la Colonia, etc., se abre la posibilidad de entender, por ejemplo, fenómenos tan complejos como la ambigua relación de interdependencia entre el poder y el intelectual o sujeto letrado.

“Es la que creo debemos llamar *ciudad letrada*, porque su acción se cumplió en el prioritario orden de los signos y porque su implícita calidad sacerdotal contribuyó a dotarlos de un aspecto sagrado, liberándolos de cualquier servidumbre con las circunstancias. Los signos aparecerían como obra del Espíritu y los espíritus se hablaban entre sí gracias a ellos. Obviamente se trataba de funciones culturales de las estructuras de poder, cuyas bases reales podríamos elucidar, pero así no fueron concebidas, ni así fueron vividas por sus integrantes.”⁸⁹

La ciudad letrada permitirá y asegurará, entonces, la consolidación y perpetuidad del poder metropolitano en las colonias, se transformará en su anillo protector y en la ejecutora de su orden real y simbólico. Pero además existen razones fundamentales que le atribuyen una importancia capital al proceso de la ciudad letrada. Éstas son básicamente cuatro, todas ellas vinculadas al fenómeno de fortalecimiento y legitimación originaria y permanente de la actividad del intelectual latinoamericano.

La primera razón tiene que ver con la transformación de los intelectuales en élite. La cantidad de letrados que hay en las Colonias no guardaba relación con la de virtuales consumidores, lo que provoca que sean ellos mismos y la corona, los únicos receptores de su producción y que conformen un circuito cerrado dedicado a las tareas específicas del quehacer artístico y reflexivo. Este fenómeno de cohesión le otorgó una capacidad de formar ‘institución’, esto es, de lograr conformar un grupo particular dentro de la sociedad colonial, atribuirse la tarea directiva de ella y, lo que es aún más relevante, permanecer en un estado de relativa autonomía frente a las instituciones a las que pertenecían. Este elemento es fundamental a la hora de comprender otra de las razones del fortalecimiento y permanencia del intelectual en la historia latinoamericana ya que le confiere una movilidad estratégica al momento de la generación de movimientos críticos, pero también en los de asegurarse un lugar privilegiado dentro de la sociedad.

En relación a la importancia capital del aporte del texto de Rama, pienso que es esta capacidad de mantener una autonomía respecto de las fuerzas

⁸⁹ Op. Cit. pág. 57.

institucionales, la que define el rol del intelectual hasta hoy, la que lo instala, a pesar de todo periferismo, en el centro del poder, y la que permite cuestionar el carácter redentorista que éste asume incluso antes de pisar tierra americana. Al contrario de los que señalaba Gramsci – y con él la tradición marxista – respecto del grado de ‘funcionario’ del intelectual, al develar esta relación de interdependencia entre institución e intelectual, Rama muestra el poder de intervención que detenta la ciudad letrada y que a la vez posiciona a estos individuos en un territorio de sospechosa movilidad, muchas veces cómoda y ambigua. El autor llega a esta polémica conclusión luego de explicar que, al estar en contacto directo con el principio institucionalizador que caracteriza a cualquier poder, el intelectual se encuentra en una situación bastante ventajosa. Ellos serán quienes mejor conocen y manejan los mecanismos de funcionamiento del poder, saben que pueden modificar los mensajes y el discurso simbólico que los sostiene sin que este acto altere su privilegiada posición dentro del sistema. La ciudad letrada, más que simple hacedora de planes de otros, es dueña de un poder que comparte tendenciosamente con la institución.

Todos estos fenómenos que explican la relevancia del proceso de construcción de la ciudad letrada como origen de su actividad dentro de la historia social de Latinoamérica nos llevan a concluir la última razón del por qué llega a legitimarse la condición del intelectual. Finalmente, porque éste llega a ser indispensable. Es aquel que juega un papel fundamental en el desarrollo de los movimientos históricos que atañen al pueblo y al poder. Fue (y es) el que sacó de la barbarie a un pueblo analfabeto (e intenta hoy alfabetizar a la masa embobada por los medios de comunicación), es quien maneja los instrumentos de comunicación que permiten la difusión del saber y la ideologización, forman a la clase dirigente, promueve políticas estatales, etc. Pero lo más importante, y lo que le permite llevar a cabo todo lo anterior, es que él es el dueño y único ejercitante de la letra.

Es precisamente en el apartado “La ciudad escrituraria”⁹⁰ en el que Rama detecta una nueva paradoja que constituye la fisonomía del intelectual. Ésta se hace presente en la medida en que es ‘la escritura’ el elemento fundamental de la fuerza del sujeto letrado. El intelectual tiene la misión de

⁹⁰ Op. Cit. pág. 71

ordenar a través de la escritura, establecer las jerarquías sociales y la legalidad y, como consecuencia de ello, fijar y transmitir el modelo metropolitano. Sin embargo, en este ejercicio de poder comienza a instalarse una brecha infranqueable entre una realidad modelo y la realidad fáctica, que pervivirá como una contradicción a lo largo de la historia de América Latina. Esta oposición entre la llamada ciudad real y el mapa escrito de ésta, se irá adaptando durante la serie de procesos de transformación social que vivirá Latinoamérica, ya que el poder que entrega la escritura es, al mismo tiempo, arma de emancipación y escudo defensor de una norma central. Desde esta perspectiva, y como se corrobora en la medida que se avanza por las distintas ciudades de Rama, se puede descubrir que cada vez que los intelectuales intentan la emancipación respecto del poder de turno, se ven cooptados por sus propias armas. Y es aquí donde se encuentra otra de las contradicciones del sujeto intelectual, pues todo acto de rebeldía ante el poder, significará la reafirmación de su dominio vía la escritura.

Pienso que estos tres capítulos brevemente examinados son el eje generativo⁹¹ del texto de Rama, ya que si evadimos términos que allí aparecen como ‘colonias’, ‘trono’ o ‘tiara’ y que refieren a un contexto determinado, podemos hacer una lectura histórica de cómo estos fenómenos y contradicciones acompañan la tarea del intelectual a lo largo de un recorrido extenso. En las batallas por la emancipación, en las revoluciones nacionalistas y sociales, está presente siempre la paradoja entre la independencia crítica y la institucionalización; entre la figura del dirigente y la del redentor.

Hoy el problema de la contradicción vital del intelectual no ha sido resuelto. De hecho muchas de las polémicas que surgen respecto de la legitimidad de ciertas posturas teóricas tienen su origen en esta paradoja. Al parecer, como ya muchos lo adelantaron, el intelectual seguirá estando inmerso dentro de este juego por el dominio, en el campo de batalla donde se enfrentan los lenguajes que pretenden la hegemonía. Estados, instituciones, intelectuales, receptores o masa o pueblo, centrales y periféricos, luchan y

⁹¹ Con ‘eje generativo’ me refiero a que los tres capítulos, “La ciudad ordenada”, “La ciudad letrada” y “La ciudad escrituraria”, se convierten en el andamiaje que da vida a las siguientes ciudades descritas por el autor. Ellas incorporan (generan) las categorías (teorías) fundamentales que se irán desarrollando a lo largo del proceso de transformación social latinoamericano. Categorías que, por cierto, irán permaneciendo, pero adoptando nuevas formas según sea el contexto en que funcionan.

reclaman su lugar o el de los otros. Pero hay que asumir que desde hace bastante ha germinado con fuerza un foco de acción, producto, precisamente, de las transformaciones sociales, políticas, económicas y culturales que ha traído consigo el fenómeno (siempre bien ponderado) de la globalización. Este núcleo de resistencia es el de la 'periferia'.

Uno de los autores más destacados de la escena periférica es Edward Said quien en su libro *Cultura e Imperialismo*⁹² desestabilizó la mirada occidental respecto del fenómeno imperial a través de un examen de aquellos textos que develan cómo la implantación del dominio que ejercieron potencias como Estados Unidos, Inglaterra y Francia, no sólo se desplegó a nivel territorial, sino simbólico y cultural, a tal grado, que comprometió la conciencia histórica del imaginario de dominadores y dominados. Este autor, que desarrolla su obra en la escena central, expone una visión de intelectual arraigada, precisamente, al conflicto de la hegemonía. En su texto *Representaciones del intelectual*⁹³, revisa algunos postulados teóricos significativos y, a través de ellos, establece una concepción propia basada en su propia experiencia periférica y en el rol perturbador que le confiere a su figura intrínsecamente subversiva. Said propone que en la vasta literatura que existe respecto de la figura del intelectual, se identifican básicamente dos líneas opuestas. La primera representada por Gramsci y la otra que habría sistematizado Julián Benda en su texto *La traición de los intelectuales*. Para Said, ambos proyectos expresarían la tradicional dicotomía entre una figura activa y el intelectual de corte 'mesiánico'. El primero representa la línea de quienes consideran al intelectual siempre inmerso en los avatares de la realidad. Para Said el intelectual gramsciano cumple así una serie de funciones dentro del sistema social provocando, precisamente, su movimiento, tarea que podría trasladarse a la actualidad y proyectarse en las actividades de quienes se relacionan con las redes de producción y distribución del conocimiento. Por otro lado, la mirada expuesta por Benda, incluye una figura de intelectual menos 'mundana', motivada por pautas de verdad y justicia eternas y externas al mundo factual, movidos ellos por el gozo de las prácticas artísticas, científicas y metafísicas. En este caso, el intelectual se presenta como un

⁹² Said, Edward: *Cultura e Imperialismo*. Barcelona, Anagrama, 2004.

⁹³ Said, Edward: *Representaciones del intelectual*. Buenos Aires, Paidós, 1996

sujeto integral cuyo carácter le permite una movilidad permanente que se enfrenta al *status quo*.

Said rescata ambas posiciones con el objeto de incorporarlas a las prácticas actuales, incluyendo, por cierto, otra característica clave para él: la del sujeto crítico. Para el autor la figura del intelectual debe ser revisada en tanto sufre el peligro de la desaparición debido al proceso de especialización – profesionalización que ha causado el fenómeno de evolución del capitalismo y la vinculación del ‘sujeto letrado’ a las grandes fuerzas de la empresa privada e instituciones oficiales. En los términos de Rama, el intelectual de hoy estaría cediendo ante las fuerzas de poder, con el que mantiene una relación de interdependencia, olvidando su capacidad de develar aquellos mecanismos y estrategias de control que posee el grupo hegemónico y promoviendo la ideología del dominador. Es por esto que Said recupera a Gramsci para reposicionar la figura activa del intelectual, pero agrega que el ejercicio de un papel específico dentro de la sociedad no debe limitarse a la de un profesional ‘anónimo’ que sólo se hace cargo de su propio ‘negocio’. Por el contrario:

“(…) [debe] representar, articular y encarnar un mensaje, una visión y una actitud, filosofía u opinión para y a favor de un público. Este papel tiene la prioridad para él. Debe ser alguien cuya misión es la de plantear públicamente cuestiones embarazosas, contrastar ortodoxia y dogma (más bien que producirlos), actuar como alguien que ni los gobiernos ni otras instituciones puedan domesticar fácilmente, y cuya razón de ser consiste en representar a todas esas personas y cuestiones que por rutina quedan en el olvido o se mantienen en secreto. El intelectual actúa de esta manera partiendo de los siguientes principios universales: todos los seres humanos tienen derecho a esperar pautas razonables de conducta en lo que respecta a la libertad y la justicia por parte de los poderes o naciones del mundo; y las violaciones deliberadas o inadvertidas de tales pautas deben ser denunciadas y combatidas con valentía. (…)”⁹⁴

⁹⁴ Said, Edward. Op. Cit. pág. 30.

Uno de los principios claves, entonces, para comprender la propuesta de intelectual de Said, es el del 'articulador'. Para el autor, el sujeto intelectual es aquel que es capaz de establecer un nexo entre el mundo privado y el público, tanto a nivel subjetivo como representacional. En el ámbito de la experiencia singular del intelectual, lo que hace que su actividad exista y se legitime en términos sociales, es que tiene la posibilidad de vincular su propio sistema de valores, sus creencias y opiniones, con el momento histórico que vive su comunidad. Esto significa que puede expresar desde su mundo particular hacia el mundo público su propia visión de mundo. En la medida en que exhibe y se exhibe, entra en el juego de hacer pública esa coherencia entre lo que es y lo que dice (escribe). En este sentido, no existe un intelectual netamente público, que privilegie sólo su rol como interventor externo dejando de lado 'sus creencias'. Éste más bien es un sujeto que ambiciona la figuración y fortalecer su propio yo, a las burocracias y / o a las empresas a las que representa desde una sospechosa neutralidad. En términos representacionales, la figura del intelectual es la del sujeto que desestabiliza los discursos hegemónicos. Interpreta las experiencias particulares que han sido absorbidas u olvidadas por las visiones parciales y homogeneizantes. Frente a esto el intelectual hace público lo particular y, a través del uso eficaz del lenguaje, interviene para desenmascarar los discursos oficiales y estereotípicos. De esta manera, frente a la encrucijada marginalidad – institucionalización, el intelectual afronta su experiencia viva instalándose como un elemento de desequilibrio y apuesta al sentido crítico para que no sean las verdades parciales las que primen. Para Said, esta visión podría ser considerada romántica e idealista; sin embargo, la defiende explicando que, en primer lugar, la actividad del intelectual implicaría un grado de realismo constante, en la medida en que exige un ejercicio permanente para equilibrar ese mundo privado y el público, esto es, para 'mediar entre el yo y la necesidad de manifestarse públicamente'. Finalmente, dirá que la actividad del intelectual es un proyecto inacabado y necesariamente perfectible, por lo tanto, una tarea cuyos rasgos no son estáticos y que su propuesta, probablemente, no alcanza a dimensionar.

Tomando en cuenta lo anterior, no es difícil pensar que esta es una salida a lo menos plausible ante el actual problema de la desaparición del intelectual. Sobre todo tomando en cuenta que la argumentación que construye

Said incorpora y resuelve de manera bastante satisfactoria cuestiones tan complejas como la del peligro de la especialización, la autonomía y la de la articulación entre mundo público y privado. Sin embargo, me parece que la propuesta no se detiene en dos problemas fundamentales que Rama dispuso como una contradicción irresoluta. La figura del intelectual de Said se instala esencialmente como la voz que habla por otros, que logra una independencia respecto de los discursos oficiales permitiéndose reivindicar su mundo privado y el de aquellos que no tienen la capacidad de manifestarse públicamente. Desde esta perspectiva, y luego de la lectura autocrítica de Rama ¿es posible para el intelectual de hoy, como lo fue para el de antaño, lograr un grado de autonomía que le permita asegurar su independencia respecto del poder y con ello hacer hablar al subalterno⁹⁵? Por otro lado, si el intelectual desiste de cierta actividad de producción de discurso simbólico y se limita a la crítica o a la articulación ¿sobre quién caería entonces la responsabilidad de la construcción de sentido? ¿en los medios de comunicación masiva, en los populismos emergentes? Además, ¿existe con certeza la posibilidad de renunciar al poder (de la escritura) y de resistir la demanda de contentar a quienes exigen representación o, incluso, a veces ni la reclaman? Es peligrosa, tanto para Said como para Sarlo y otros, la propuesta que plantea Rama. La crítica desde la escritura siempre batalla con las armas del enemigo y eso hace que se necesite aquello contra lo que se lucha. Se quiere reivindicar la diferencia, develar la fantasmagoría, concienciar a la masa, hacer hablar al subalterno, pero al parecer esas acciones remiten al redentorismo letrado que además usa las estrategias que le ha entregado aquel poder ante el que se subleva y desenmascara.

⁹⁵ Rama exhibe de manera muy lúcida esta contradicción que convierte al intelectual en el redentor de aquellos que no tienen voz. La expone cuando explica que aún cuando los intelectuales construyen los proyectos de emancipación o los de reivindicación social, se ven amarrados por la escritura, elemento que si bien les otorga la capacidad de resistencia, los instala en el lado del poder. En este sentido, Rama viene a desestabilizar muchas de las propuestas que hoy se constituyen como la posibilidad de enfrentar el discurso hegemónico. Por lo mismo he utilizado sin ingenuidad la expresión ‘hacer hablar al subalterno’, haciendo referencia, precisamente, a la paradoja que porta la propuesta de Spivak en relación a la reivindicación del sujeto subordinado por el discurso occidental. Cfr. Spivak, Gayatri Chakravorty: “Can the subaltern speak?” en: Williams, Patrick / Chrisman Laura (eds.) *Colonial Discourse and Postcolonial Theory*. New York, Columbia University Press, 1994, pp. 66-111.

Como revisamos en el capítulo anterior estas inquietudes también se descubren en el proyecto sarliano. Los textos que he examinado aquí exhiben el entrecruzamiento entre las figuras de la seducción teórica y la conformación de un punto de vista propio de la autora porteña. De diversas formas, más o menos explícitas, las concepciones de intelectual de Gramsci, Rama y Said, permean la búsqueda de Sarlo quien, en cada uno de sus textos, vuelve sobre la pregunta acerca de esta figura en crisis intentando definir su quehacer inserto en su experiencia viva.

En el siguiente apartado intentaré describir y analizar cómo es que a través de las nociones revisadas, Beatriz Sarlo construye su propia propuesta de intelectual y de qué manera *Escenas de la vida posmoderna*, llega a ser el texto en el que, luego del vagabundeo y el viaje hacia el pasado, se constituye un sujeto que pretende ser la proyección de la propia figura de la autora y, por último, intentaré descubrir cómo la autora resuelve, si es que lo hace, aquella contradicción irresuelta que aún impide posicionar al intelectual que no termina por fin de disolverse.

2. En la escena de la vida posmoderna

*Es como si ese libro
me sirviera para pensar la pregunta sobre
si la sociedad necesita un discurso que haga sentido.
Y hoy me doy cuenta de que la respuesta
puede ser contestada afirmativamente.
Las sociedades necesitan de un discurso que de sentido.*⁹⁶

Han pasado más de diez años desde la escritura de la *Modernidad periférica* y, a pesar de la importancia y actualidad que sigue teniendo, hoy, para Beatriz Sarlo, este texto no pudo cumplir con las expectativas que ella se había autoimpuesto. Básicamente el libro había surgido de un deseo sostenido por una idea equivocada. Como examinamos en el capítulo anterior, la *Modernidad periférica* se constituyó a partir de la búsqueda en el pasado que significaba un ejercicio de reconocimiento que permitiría sortear un presente lleno de contradicciones y dudas. Sin embargo, esa estrategia olvidaba, según la autora, una cuestión fundamental: que el presente no tendría por qué ser tal cual como había sido el pasado. En el texto se habían indagado las claves de “cómo se fue para ver cómo se va a ser, pero pensando en que se iba a ser algo parecido a lo que se fue... y no era así...”⁹⁷. Para Beatriz Sarlo el texto escondía la secreta esperanza de que el regreso a la democracia permitiría desatender todos los procesos que habían puesto diques al desarrollo de una Argentina que había sido un país moderno, periférico – con todas las deformaciones de la periferia – y democrático, y que ahora en 1988 ese país se podía recuperar. Pero lo que se demostró seis años después, era que no existía un lugar donde volver y que Argentina iba a comenzar un proceso de integración a un destino latinoamericano⁹⁸.

⁹⁶ Estas afirmaciones han sido extraídas de la entrevista que le hice a Beatriz Sarlo, y que ya he mencionado con anterioridad.

⁹⁷ Ibid.

⁹⁸ Esta tesis de la autora se puede ver definitivamente realizada en la crisis que sufrió Argentina durante el 2002. Ese instante le permitió al país trasandino no sólo cuestionarse acerca de las fallas con que se habían constituido sus instituciones primordiales o asumir las reales repercusiones que había tenido el proceso de mercantilización que habían llevado a cabo los gobiernos democráticos – aunque se puede incluir al régimen militar en este proceso – sobre todo el de Menem, si no que además y quizás lo más fuerte, este proceso de desarticulación política y económica, lo condujo a realizar una revisión cultural de

El escenario ya no era el mismo y, por lo tanto, las fórmulas para afrontarlo nunca serían iguales. A pesar de todo, la búsqueda ya se había perpetrado y rescatar la figura intelectual del ayer manifestó, por un lado, esa íntima intención de reconocer en los ancestros las huellas de un presente en construcción, aunque ellos hubiesen tenido que resolver, con las armas que les eran propias y estaban disponibles, las problemáticas de un contexto distinto. Por otro lado, permitió también llegar a una conclusión que hoy aparece sólo como un equívoco. Como diría Benjamin, o en el ámbito de la crítica latinoamericana lo expresaría Pedro Henríquez Ureña, el proceso de reconstrucción del pasado alejaría los fantasmas de antiguos errores e injusticias y abriría las puertas a la perfectibilidad de un presente vivo.

Al parecer entonces el problema del intelectual para Beatriz Sarlo no estaba de ningún modo resuelto. De hecho, esta reflexión nos lleva a comprender que el impulso que la llevó a escribir la *Modernidad periférica* tenía más fuerza que nunca y que, por lo tanto, debía reinstalarse en su práctica actual para poder hacerse cargo definitivamente de la búsqueda. Sin embargo, ese reposicionamiento no estuvo exento de complicaciones ya que, por lo menos en su pasado reciente, la figura del intelectual tradicional había sido borroneada por los avatares de una historia fatídica. Era muy difícil tratar de hallar al intelectual crítico de hoy, de rastrear una figura que se encontraba en crisis en todas partes del mundo. Pero Sarlo no se resignaba – ni re resigna – a perder el lugar de enunciación del cual, en sus mismas palabras, no podía prescindir. Nuevamente el conflicto era la imposibilidad de fijar los límites de la acción.

En el ámbito de la historia particular de Argentina, durante su época universitaria la generación de Sarlo había experimentado la censura dictatorial. Como podemos ver en este ejemplo, los decretos de la junta hablaban por sí mismos:

profundas implicancias. Los argentinos se dan cuenta de que lo que ellos sentían seguro, una forma de ser, una identidad nacional, era más bien un disfraz que escondía una intensa decadencia social y cultural y que su posición en Latinoamérica no era la del país que ellos pensaban.

Comunicado N° 19, 24/03/76

Se comunica a la población que la Junta de Comandantes Generales ha resuelto que sea reprimido con la pena de reclusión por tiempo indeterminado el que por cualquier medio difundiere, divulgare o propagare comunicados o imágenes provenientes o atribuidas a asociaciones ilícitas o personas o grupos notoriamente dedicados a actividades subversivas⁹⁹ o al terrorismo. Será reprimido con reclusión de hasta diez años, el que por cualquier medio difundiere, divulgare o propagare noticias, comunicados o imágenes, con el propósito de perturbar, perjudicar o desprestigiar las actividades de las Fuerzas Armadas, de Seguridad o Policiales. (Diario "La Prensa", 24 de marzo de 1976).¹⁰⁰

En el momento de formación de un campo intelectual, cuando los sujetos comenzaban a instalar ese lugar discursivo, se entroniza la dictadura y con ella sobreviene el fracaso de un proyecto todavía incipiente. La estrategia entonces fue la de utilizar los espacios clandestinos de acción, construirse como una voz de resistencia a través de, por ejemplo en el caso de Sarlo, *Punto de vista*. Esto hizo que, a pesar de las trabas, se intentaran nuevas fórmulas de 'decir' y 'hacer', de estructurar y difundir un discurso crítico en las circunstancias históricas que se le presentaban; a pesar de todo, esa generación pudo, desde el exilio o desde la sombra, emprender un proyecto coyunturalmente crítico. Pero a poco andar el plan tuvo que deshacerse de nuevo, pues se iniciaba la transición democrática, se reabrían los espacios y las posibilidades de repensar al intelectual.

En un escenario en el que definitivamente había triunfado el capitalismo, modificándose con él para siempre las relaciones de intercambio y diálogo

⁹⁹ El término "subversión" englobaba a las organizaciones guerrilleras -prácticamente ya extinguidas en marzo de 1976- pero también a los activistas o simpatizantes de cualquier movimiento de protesta o crítica social: obreros, universitarios, comerciantes, profesionales, **intelectuales**, sacerdotes, empresarios y más... No hubo "errores" ni "excesos", sino un plan deliberado. (Historia Visual de la Argentina contemporánea, Clarín, El "Proceso" Militar). Extraído de la página oficial del Ministerio de Educación del Gobierno Argentino. www.me.gov.ar/efeme/24demarzo/dictadura

¹⁰⁰ Ibid.

cultural, y en la que se supone que los sujetos ya no son ciudadanos sino consumidores, el campo cultural se rearma, pero intervenido por estos fenómenos y por las nuevas necesidades institucionales y académicas, en los que se advertía una crisis mundial de la figura del intelectual. En definitiva, cuando la voz periférica durante la dictadura tuvo la posibilidad de trasladarse hacia el centro, muchos pensaron que la experiencia había sido aleccionadora y que el intelectual debía volver a su torre. La desconfianza que había generado el ser figura pública y haber sometido el discurso crítico a los caprichos del partido, permitió que el sujeto intelectual encontrara en las representaciones del nuevo hombre posmoderno su propia figura descentrada. Pero, a diferencia de la década de los ochenta, en 1994 la lógica del sinsentido ya no era un fantasma de las voces fragmentadas. Ahora ya no sólo era una creación teórica sino que se había convertido en una práctica que se tomaba el campo cultural – sobre todo en la academia – y lo confinaba a la incertidumbre y a la inmovilidad. Si la tesis que había sostenido la *Modernidad periférica* no había resuelto ese paulatino vaciamiento del sentido, ni tampoco permitió encontrar ese lugar ‘perdido’, había que construir un nuevo proyecto que pensara, ahora sí en el presente, una nueva modalidad de acción intelectual.

Como vemos, en el primer quinquenio de los noventa, la situación de Beatriz Sarlo no es para nada distinta a la que encaraba seis años antes al enfrentarse a su propio quehacer. De hecho, la pregunta por el intelectual sigue vigente para ella y la experiencia que he recogido más arriba no diverge demasiado de la que tuvo lugar en el momento de escritura del libro del ochenta y ocho. Sin embargo, en los noventa, la autora ya se ha posesionado de las herramientas que le permitirán asumir el presente siendo contemporánea a él. *Escenas de la vida posmoderna*¹⁰¹, editado en 1994, es el territorio escritural en el que Beatriz Sarlo volverá sobre su proyecto fundamental¹⁰². En primer lugar, podemos ver en el texto un nuevo intento por

¹⁰¹ Beatriz Sarlo: *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*. Buenos Aires, Ariel, 1994.

¹⁰² Con esta afirmación no quieren omitirse textos que fueron publicados entre *Modernidad periférica* y *Escenas de la vida posmoderna*. Por su parte estos son dos textos de mucha relevancia: *La imaginación técnica*, escrita en 1992 y *Borges, un escritor en las orillas* de 1993. Sobre todo este último, es un texto fundamental dentro de la bibliografía sarliana, sin embargo, en este apartado será considerado sólo como un texto satélite, en la medida en que se configura como una realización monográfica y que, si bien consolida y contribuye en el rastreo del itinerario de la búsqueda del intelectual, se sumerge preferentemente en la problemática periferia – orilla, que aquí no es nuestro asunto.

delinear la figura del intelectual argentino al que ya se le ha fijado y reconocido su origen. También este intento continúa develando una búsqueda del propio lugar de enunciación. Por otro lado, refleja la intención de ensayar nuevamente la estrategia benjaminiana de la recolección. El libro se instala desde el plano general de la historia y de un nuevo escenario sociocultural, el de la denominada posmodernidad, y a partir de éste se van acopiando las marcas que permiten desentrañarlo. Los video juegos, el zapping, la juventud, reflejan, desde la particularidad de un nuevo 'ser' y 'hacer', las nuevas modalidades y formas de diálogo cultural que tienen lugar en nuestra época. Por último, pero no por ello menos importante, en las *Escenas de la vida posmoderna* Sarlo revisita uno de los temas que se ha convertido en una problemática que intercepta el campo intelectual regional y universal, me refiero a la problemática del sentido. Habíamos visto antes que ésta era una cuestión que la había motivado a escribir la *Modernidad periférica*, en tanto reconocía que en ese contexto la lógica de la desencionalización había inmovilizado el quehacer y el papel del intelectual en la esfera pública. Sin embargo, en el texto de 1994, la autora ya ha madurado su reflexión y es capaz de dar una respuesta directa y propia ante el problema. Incluso hoy reconoce que la masiva recepción que tuvo su libro se debió a que la propuesta que éste llevaba inscripta se articuló con las preguntas que la sociedad se planteaba en ese momento. En sus propias palabras:

“Yo creo que la recepción del libro probó la necesidad de construcción de sentido general. Ese libro no llegó simplemente por sus méritos, que los tiene, sino que en un punto articuló efectivamente con un cuestionamiento general. Dónde está el lugar de los intelectuales, desde dónde se puede enunciar en términos de lo social, cómo tienen que mirar los ciudadanos su presente. El libro se planteó esas preguntas y evidentemente encontró que esas preguntas estaban planteándose en alguna parte. La repercusión del libro lo que prueba es que hay

sociedades que viven en penurias de sentido y que existe la necesidad de construirlo.”¹⁰³

Claramente, el título del prólogo de las *Escenas*¹⁰⁴ nos anticipa la metodología que se encuentra a la base de la escritura. La autora descubre que existen ciertas preguntas que podrían colaborar en el proceso de desentrañamiento de un nuevo estatuto epocal y de las nuevas formas de intervención intelectual en este contexto, y las pone a disposición del lector para que, como dijo en la entrevista que le hicimos, el ciudadano pueda pensar su propio presente. Sin embargo, estas preguntas no surgen del vacío. Ellas aparecen como consecuencia de un estado de cosas que la autora percibe y que es necesario revisar. Es por ello que el prólogo se inicia con un diagnóstico de la situación actual¹⁰⁵ y desde allí emergen las preguntas que desarrollará a lo largo del texto. El prólogo titulado “Preguntas”, estipula que en nuestra época, la de la posmodernidad, estaríamos viviendo la ‘Fantasmagoría del capital’¹⁰⁶ en su fase triunfante. Ésta fue definida por W. Benjamin a principios del siglo XX, para nombrar aquel estado ilusorio de libertad y felicidad al cual se someterían las sociedades modernas constreñidas por la lógica del capital. El mercado, a través de la diversificación infinita de la oferta, permitiría la pluralidad de elección y, por tanto, aseguraría la libertad absoluta y, en la medida en que satisface la mayor cantidad de necesidades materiales inmediatas, crearía la apariencia de gozo, estabilidad, seguridad y trascendencia. Sin embargo, para Beatriz Sarlo, lo que se oculta precisamente, es la desigualdad y la instalación

¹⁰³ Entrevista realizada en abril del 2004.

¹⁰⁴ Sarlo, Beatriz. Op. Cit.

¹⁰⁵ La autora se referirá al contexto de la situación particular argentina, sin embargo desde allí construye una visión más global, declarando que la situación que describe, representa no sólo a su contexto singular sino que alcanza a todos los países de Latinoamérica. En este sentido, el análisis que sigue tiene como objeto la situación actual de la región caracterizada por la diferencia respecto de la central, su ‘periferismo’, y por las consecuentes desigualdades que experimenta.

¹⁰⁶ Benjamin utiliza el concepto de ‘Fantasmagoría del Capital’, tomando en cuenta la definición que antes había hecho Marx de éste. Marx había utilizado este término para referirse a la apariencia ilusoria de las mercancías como ‘fetiches’ en el mercado, es decir, objetos que bajo la forma del valor de cambio, esconderían la fuente del valor en el trabajo productivo. Sin embargo, las líneas del trabajo de Benjamin eran las de la filosofía de la experiencia histórica, por lo tanto, sus análisis acerca de la fantasmagoría más que basarse en las cuestiones del valor de cambio y del trabajo, lo hicieron en las del valor representacional de esas mercancías. En el *Passagen werk*, Benjamin describe la fantasmagoría como el espectáculo montado en la ciudad de la luz (París), en la que se había borrado la oscuridad de la noche. Aquel espectáculo reflejaba la imagen de la gente como consumidores más que como productores y mantenía invisibles las relaciones de producción, marginadas al otro lado de la luz. Vid. Buck-Morss, Susan: *Dialéctica de la mirada: Walter Benjamin y el proyecto de los pasajes*. Madrid, Visor, 1995.

definitiva de una homogeneización cultural, ya que la libertad de la que se jactan los consumidores no responde más que a necesidades creadas por el mismo mercado. Esto debido a que, las bases del actual sistema, sostenido sobre la idea de la democratización general, otorga el valor de 'naturaleza' a los deseos y necesidades que transforma en mercancías. El acto de satisfacer esos deseos y fantasías parecen o emulan uno de libertad y diferenciación que en realidad sólo expresa el individualismo, la desigualdad y la homogeneización programada. Para Beatriz Sarlo esta situación habría provocado la ausencia de sentido. La pluralidad de la oferta no permite la construcción de ideales colectivos ni la de un concepto de trascendencia, pues el consumidor se halla recluido en un segmento etario predeterminado para el cual se han creado estereotipos específicos; en un grupo de sujetos demandantes distinto de otro, que posee otros deseos y necesidades.

“La Argentina, como casi todo Occidente, vive en una creciente homogeneización cultural, donde la pluralidad de ofertas no compensa la pobreza de ideales colectivos, y cuyo rasgo básico es, al mismo tiempo, el extremo individualismo. Este rasgo se evidencia en la llamada ‘cultura juvenil’ tal como la define el mercado, y en un imaginario social habitado por dos fantasmas la libertad de elección sin límites como afirmación abstracta de la individualidad, y el individualismo programado. Las contradicciones de este imaginario son las de *la condición posmoderna realmente existente*: la reproducción clónica de las necesidades con la fantasía de satisfacerlas es un acto de libertad y diferenciación. Si todas las sociedades se han caracterizado por la reproducción de deseos, mitos y conductas (porque de ellas también depende la continuidad), esta sociedad lo lleva a cabo con la idea de que esa reproducción pautada es un ejercicio de autonomía de los sujetos. En esta paradoja imprescindible se basa la homogeneización cultural realizada con las consignas de la libertad absoluta de elección.”¹⁰⁷

¹⁰⁷ Beatriz Sarlo. Op. Cit. págs. 9 – 10. El subrayado corresponde al original.

Las respuestas que construye la nueva casta de intelectuales, tecnócratas y especialistas¹⁰⁸, frente a esta situación y que no parecen satisfacer las expectativas de la autora, se orientan al sostenimiento y perpetuación de la fantasmagoría. Entre ellos están los que llama neoliberales convencidos, quienes en nombre de la democracia creen en que la libertad se consigue a través del ejercicio de los derechos del consumidor, y los neopopulistas de mercado, que entienden que efectivamente la sociedad en su conjunto ha desarrollado espontáneamente los recursos culturales necesarios para escoger equitativa y democráticamente.

A partir de la inexistencia de propuestas alternativas es que surgen entonces las preguntas de Sarlo. Estas dicen relación con el funcionamiento y los nuevos comportamientos de los actores sociales en este contexto, con el lugar que ocupa el arte – culturas populares viejas y nuevas, ‘alta cultura’ y cultura de masas – en este nuevo escenario y, por último, con el papel que juega o debería jugar el intelectual bajo las nuevas condiciones culturales. Para construir ‘una perspectiva para ver’ Sarlo estructura un esquema de análisis tripartito, distribuido en cinco capítulos a través de los cuales ordena las preguntas del comienzo en tres focos susceptibles de examen. Un primer foco es la sociedad – o actores sociales, tales como los jóvenes, el mercado, la ciudad – y sus nuevas formas de interacción. El siguiente núcleo de análisis será el campo cultural, entendido como el espacio en el que operan un conjunto de expresiones sociales representadas en el arte y, finalmente, el campo intelectual. Antes de referirse a éste en su apartado adelanta en el principio del libro indicios claves y bastante claros respecto de la tarea que

¹⁰⁸ En el artículo de la revista *Punto de vista* “¿La voz universal que toma partido? Crítica y autonomía”, publicado en noviembre de 1994, la autora comenta los avatares de la crisis de la figura intelectual universal – clásica o también lo que llama ‘el cambio en los estilos de intervención’. Dirá que en el contexto de la reconfiguración massmediática de la sociedad serán otras las figuras encargadas de ocupar el lugar que alguna vez tuvieron los intelectuales. Entre estas figuras se encuentran los periodistas y comunicadores, quienes poseen la capacidad de conformar redes de comunicación más familiares, tener una voz más persuasiva y próxima y, sobre todo, son más verosímiles porque producen una ilusión de de comunidad ideológica estrecha, que implica representación e identificación cercana. Estas serían para Beatriz Sarlo, las voces mediatizadas. Por otro lado, existe también la voz del especialista (tecnócrata que no se vincula sino con su praxis), aquella que posee un carácter de verdad, en la medida en que maneja un corpus de información que le permite afrontar ingenerilmente los desafíos y problemáticas a las que se enfrenta. Estos personajes, catalogados en las *Escenas* como los intelectuales neoliberales convencidos o los neopopulistas de mercado, son fáciles de reconocer en nuestra sociedad actual. Baste leer el informe de la Educación Superior chilena - cuyo título es *Guiar al mercado* – y reconocer en la Ley de financiamiento las bases de éste, para darse cuenta de que sujetos como J. J Brunner son los que dictan las pautas culturales de hoy. Sarlo, Beatriz: “¿La voz universal que toma partido? Crítica y autonomía” en *Punto de vista* n° 50. noviembre de 1994. págs. 5 – 9.

asume o debiera asumir el intelectual, esta figura al parecer en extinción, en el contexto de la posmodernidad. Sarlo da cuenta en el prólogo de su intención y con ello el libro se transforma simultáneamente en una teoría que se hace praxis. La autora dice que la misión del intelectual es, precisamente, construir las preguntas indicadas en un momento determinado, pero no responderlas utilizando criterios de verdad o imponiendo orientaciones estáticas, si no más bien, construyendo, dice, “perspectivas para ver”, esto significa, abriendo pequeños espacios que motiven la discusión para que seamos nosotros quienes vayamos descubriendo diversas salidas. En este sentido, Sarlo exhibe una propuesta y, paralelamente, comienza a practicar su teoría. Dice lo que se podría hacer y lo va *haciendo*; se va construyendo como intelectual en el proceso de su propia reflexión escritural y con ello va demostrando que si bien es necesario reconstruir un discurso acerca de la figura en crisis, el mismo debe transformarse en una praxis viva¹⁰⁹. A través de este ejercicio confirma que la acción no debe reservarse al gesto libresco ni subordinarse a la neutralidad de la opinión de un especialista en la torre. La tarea que debe liderar el intelectual, que es ella misma, es primera y principalmente, la de la creación de las preguntas sin respuesta que permitan el develamiento de las contradicciones de su propia historia y con ello consumir la construcción de las perspectivas para ver. Demostrar en este ejercicio que las cosas no son inevitables, perturbar a los sujetos que se hallan insomnes en este neodeterminismo cuasi religioso de la resignación y la adaptación, pero sobre todo:

“Examinar lo dado con la idea de que eso dado resultó de acciones sociales cuyo poder no es absoluto: *lo dado es la condición de una acción futura, no su límite.*”¹¹⁰

¹⁰⁹ Algunas lecturas de la obra de Pedro Henríquez Ureña me hacen pensar en una coincidencia programática entre el proyecto del dominicano y el de Beatriz Sarlo, ya que en sus *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* Henríquez Ureña realiza un ejercicio similar al que la autora lleva a cabo, por lo menos desde la escritura de la *Modernidad Periférica*. A partir de los artículos que componen el apartado “Orientaciones”, el autor construye dos principios fundamentales de su crítica, un principio estético y uno historiográfico, los cuales sientan las bases de los exámenes y comentarios que realiza en los textos acerca de la literatura regional, de las figuras fundamentales de la tradición literaria de la América Hispana, del caso argentino y de la literatura estadounidense. En este sentido, en las reflexiones iniciales de su libro podemos advertir la presencia de la tesis que estructura su trabajo, que es que la crítica debe instituirse como una práctica y, simultáneamente, a través de las páginas vamos reconociendo que esa tesis toma forma en la misma reflexión escritural. Henríquez Ureña, Pedro: *Obra Crítica*. F.C.E., México, 1960.

¹¹⁰ Sarlo, Beatriz. Op. Cit. pág. 10. El subrayado corresponde al original.

Mientras releo el quinto capítulo de *Escenas de la vida posmoderna*¹¹¹, no puedo dejar de reconocer las huellas de lo que fueron las *Reith Lectures*¹¹² de Edward Said de 1993, un año de antes de la edición del texto de Sarlo. En ambos textos pude descubrir no sólo una sincronía en el abordaje del problema del intelectual¹¹³, si no también, y lo que es fundamental, una defensa acérrima de esta figura y de su tarea inserta en la sociedad contemporánea. Creo que estas similitudes no son insignificantes e intentaré descifrar sus nexos para luego ceñirme concretamente al análisis más exhaustivo del capítulo en cuestión.

Para ambos autores la pregunta acerca del intelectual surge en el contexto de la crisis de esta figura y de lo que ésta ha representado en el marco de la historia de la modernidad occidental, así como de un cuestionamiento interno respecto del propio quehacer¹¹⁴. Un conflicto que, si bien muestra sus consecuencias definitivas y evidencias indiscutibles en el escenario de fines del siglo XX, se gesta paradójicamente en el momento mismo de la formación de la figura y del discurso acerca de ella. Esto se ve reflejado en ambos textos, en la medida en que los dos reconocen en el origen moderno del intelectual las bases de una contradicción que hará que la propia figura se desarticule como tal y pierda presencia hoy en el concierto del diálogo cultural. Esta contradicción, que ya habría anunciado Rama diez años antes, se habría generado en la condición redentorista y, las más de las veces, elitista

¹¹¹ Sarlo, Beatriz. Op. Cit.

¹¹² Aquí nuevamente me referiré a la serie de conferencias que dio Said a la cadena inglesa BBC y que fueron recogidas en el texto de 1996 *Las representaciones del intelectual*. Said, Edward. Op. Cit.

¹¹³ Es interesante darse cuenta que el esquema de análisis del intelectual en ambos textos posee una similitud bastante clara. De hecho, los dos textos se inician con una revisión del pasado y del origen del intelectual tradicional, para desembocar en el problema de sus crisis y finalizar con la exposición de una propuesta particular referida a la definición del concepto y la función del intelectual en la actualidad. Además de otros aspectos que se desarrollan arriba, este fenómeno de simultaneidad no sólo debería ser considerado como una casualidad, sino, creo yo, como uno que manifiesta una preocupación evidente por el tema ya desde finales del siglo anterior.

¹¹⁴ Ya hemos examinado latamente en estas páginas el proceso a través del cual Beatriz Sarlo ha llegado al cuestionamiento de su función intelectual en la sociedad actual. En el caso de Said, éste se puede ver representado en la misma introducción a las *Conferencias Reith*, ya que en ella el autor hace una reflexión acerca de los adversos eventos anteriores a sus lecturas, y que lo motivaron con mayor razón a discutir el problema del papel del intelectual en el escenario público. Estos sucesos decían relación con la negativa que habría surgido frente a la iniciativa de Anne Winder de invitar a Said a realizar esa serie de conferencias, ya que muchos pensaban que las vinculaciones del autor con la defensa del pueblo palestino deslegitimaban cualquier intervención que éste pudiera realizar. Así dice Said: “*Este fue el primero de una serie de argumentos claramente antiintelectuales e irracionales, todos los cuales vienen a confirmar, irónicamente, la tesis de mis conferencias acerca del papel público del intelectual como francotirador, ‘amateur’, y perturbador del status quo.*”. Said, Edward. Op. Cit. pág. 12

inherente a los intelectuales. Por otro lado, ya fijados en el análisis de su propio contexto, Said y Sarlo descubren que los fundamentos de la extinción del intelectual se conciben como un producto del nuevo momento de la historia¹¹⁵, que ha permitido o motivado el surgimiento de un sujeto distinto que viene a relevar al viejo y tradicional intelectual: el especialista¹¹⁶. Esta situación, tanto para la argentina como para Said, ha traído como consecuencia un vaciamiento de los sentidos colectivos y, a la vez, una ausencia en la dirección de las acciones comunitarias, fenómeno que no sólo ha determinado un aletargamiento social, sino que el peligro de sus propias existencias como sujetos intelectuales. Claramente, esto los conduce a repensar(se) el papel del intelectual y, por lo mismo, a construir una propuesta concreta. Siguiendo a Gramsci¹¹⁷, ambos vuelven sobre la idea del intelectual orgánico, cuya función esencial es interactuar desde, para y dentro de las sociedades en las que se encuentra inserto, pero sobre todo producir y distribuir, a través de los mecanismos que le son propios, el conocimiento y la cultura. Esta propuesta ‘común’ insiste, eso sí y enfáticamente, en que esa intervención social ya no puede ni debe limitarse a la de una enunciación discursiva desenrostrada que sólo se ocupa de ‘asesorar’ al poder hegemónico, a ciertas instituciones y sobre todo al mercado. Por el contrario, el intelectual sarliano y el de Said, instituyen esencialmente la crítica, son los sujetos capaces de articular discurso y acción y de configurarse como interventores sociales que exhiben las contradicciones e injusticias de su contexto vivo.

Para llegar a estas conclusiones, Sarlo realiza un ejercicio interesante. En las primeras seis páginas del capítulo “Intelectuales” expone anafóricamente – a través de la constante repetición de los verbos pensar y creer – la contradicción intrínseca a la figura clásica del intelectual. Para ello

¹¹⁵ Como vimos anteriormente, sabemos que este momento de la historia para Beatriz Sarlo se identifica con la instalación de la ‘posmodernidad’ y la massmediatización de la cultura. Para Edward Said este escenario es el de la instalación del intelectual en la lógica del mercado.

¹¹⁶ Para Said, el especialista es el nuevo representante de la figura del intelectual. Aquel sujeto que es capaz de establecer una relación simbólica y lingüística con su objeto tal que margina a quienes no manejan ese código y confirma el carácter elitista de su condición. Por otro lado, el especialista es también aquel sujeto que se dedica a su quehacer como un negocio y se despreocupa de las implicancias sociales e históricas que éste despliega.

¹¹⁷ Es conocida la filiación que ambos autores tienen con el pensamiento neomarxista que Gramsci representa. Según los análisis que he realizado más atrás, se pueden evidenciar estas líneas de pensamiento en la propuesta que ahora se exhibe.

remite al pasado terminado – conjugando los verbos ‘creer’ y ‘pensar’ en pretérito perfecto –, lo que indica que esta condición antitética interna correspondía a las formas del ayer de un grupo de sujetos que reconocían sus aportes y gestiones, pero no lograban darse cuenta de sus errores. A través de esta maniobra, Sarlo realiza un esfuerzo de separación en el que habla sobre este grupo de individuos en tercera persona, apartándose así de quienes pudieron haber sido sus predecesores. Toma pues distancia crítica para poder, en primer lugar, describir la paradójica situación del pasado, pero también para autodefinirse en su diferencia, como un producto no necesariamente determinado por la contradicción. Esto se explica en la medida en que reconocemos en las marcas de la escritura, los objetivos de la autora. En el capítulo que comentamos Beatriz Sarlo quiere reconfigurar el modelo en un sentido constructivo. Por lo tanto, reconoce fallas y aportes para poder así dar un paso adelante y reinstalar al intelectual actual y, de paso, a sí misma. Sarlo rememora la figura del intelectual de viejo cuño señalando la paradoja inherente a su función dentro de la sociedad a través de la siguiente fórmula: “ellos pensaron que fueron y lo fueron, pero olvidaron...”. Reconoce, por ejemplo, que los intelectuales se constituyeron como los protagonistas de los grandes movimientos y revoluciones, a la vez que ignoraron que muchas de esas causas eran incoherentes con las necesidades de aquellos a quienes representaban. Básicamente arremete contra el redentorismo, muchas veces extremizado en el mesianismo intelectual, la intransigencia elitista y el universalismo y pedagogismo intolerantes:

“Fundaron su poder en el saber. Pensaron que la difusión del saber era una fuente de libertad. Durante mucho tiempo pasaron por alto que el saber puede ser un instrumento de control social. Pero nadie como ellos denunció que el saber puede ser un instrumento de control social.”¹¹⁸

Sin embargo, en la séptima página el texto da un vuelco y da lugar a la sentencia que representará, por un lado, el reencuentro de la autora con lo que

¹¹⁸ Sarlo, Beatriz. Op. Cit. pág. 170.

fue la epifánica idea que la motivó a escribir las *Escenas* y, por otro, una posibilidad latente ante la impotencia del sujeto intelectual contemporáneo:

“Es imposible regresar al pasado. Lo que fue, fue. Esa lección de la modernidad quizás sea una de las pocas que quedan intactas. Una visita nostálgica a la galería donde se alinean los grandes tipos intelectuales de los últimos dos siglos sólo podría aceptarse como recorrido por una tradición que ha sido cerrada por los hechos. Sin embargo, la función crítica, que, entre otras funciones, tuvieron los intelectuales y las vanguardias, todavía ejerce un llamado poderoso porque no se han desvanecido las injusticias que dieron impulso al fuego donde se impugnaron poderes absolutos y legitimidades basadas en la autoridad despótica y la concentración de riquezas.”¹¹⁹

En esta cita podemos ver cómo, efectivamente, Sarlo se hace cargo de nuevo de la cuestión del pasado, subrayando eso sí que su rescate bajo la forma de la nostalgia es imposible a la vez que pernicioso, pero sobre todo inoperante, porque si bien las huellas de ese pasado adelantan lo que para Benjamin habría sido el triunfo de la fantasmagoría del capital, éstas no son un reflejo especular del presente ni permiten la acción sobre él, en la medida en que no se puede utilizar las estrategias conocidas en un presente que ha cambiado por completo. Para Beatriz Sarlo, la escena de la vida posmoderna exige una forma alternativa de enfrentamiento y un intelectual que solucione para hacerlo, en primer lugar, su miedo al fresco recuerdo de los errores cometidos por la vanguardia política, las inclinaciones universalistas que desatendieron las singularidades y la comodidad que le ofrecen las instituciones académicas. Pero lo más importante, es que sepa diferenciarse del experto¹²⁰. Esto para la

¹¹⁹ Sarlo, Beatriz. Op. Cit. pág. 173.

¹²⁰ Ya que establecí anteriormente un paralelo entre la propuesta de Sarlo y Edward Said, creo que es necesario incluir los aportes específicos que incorpora la autora respecto de este concepto. En primer lugar hay que subrayar la idea de que Sarlo no identifica la figura del intelectual tradicional a la del experto. Más bien las diferencia y reconoce, en este último, la forma de un sujeto que ha desplazado al primero en su función social. Además, para la autora el experto no es sólo aquel que construye su poder sobre su experticia en un ámbito de saberes y técnicas, sino que posee esta capacidad de demarcar los límites entre lo posible y su opinión (neutralidad y objetividad). Se trata de sujetos que nunca se presentan como portadores de valores generales que trasciendan a su expertise y aun consideran su práctica como

autora es una necesidad de primer orden, no sólo porque el fenómeno de la entrada en escena del experto exhibe la peligrosa neutralidad de un discurso desvinculado y funcional al sistema, que perpetúa desigualdades e injusticias, si no por las consecuencias profundas que tiene el ingreso de éste en el campo cultural. Estas son un indicio de que:

“La pérdida de sentidos no sólo tiene que ver con el estallido del presente sino con la sombra que lo acompaña: el olvido de la historia y la experiencia de un tiempo que ‘ha dejado de ser tiempo histórico’ y, en consecuencia, no mantiene lazos con el pasado ni hace promesas de continuidad futura (...) El pasado, como quería el filósofo, ya no pesa sobre nosotros; por el contrario se ha vuelto tan leve que nos impide imaginar ‘la continuidad de nuestra propia historia’.”¹²¹

En este contexto el intelectual crítico que patrocina Sarlo es, precisamente, aquel sujeto que, frente a la neutralidad valorativa y el olvido de la historia, toma partido, se instala en el territorio del conflicto de valores comprendiendo que su práctica es esencialmente política¹²², y es capaz de recuperar el pasado¹²³ para reconocer aquellas desigualdades que persisten hasta hoy. De esta manera, Sarlo propone una serie de tareas que debería

una actividad apolítica. En este sentido, el experto – o especialista – “*encarna la figura de la historia: garantizan el pragmatismo y fundan una forma nueva de realismo político. Integran las burocracias estatales que, en muchos países se colocan por encima de las lealtades políticas y los gobiernos. Son la continuidad técnico – administrativa del Estado y se consideran, como el Estado, por encima de las fracciones sociales y de sus intereses. Hablan en nombre de un conocimiento técnica que, como el dinero, no tiene olor.*”. Sarlo, Beatriz. Op. Cit. pág. 176.

¹²¹ Sarlo, Beatriz. Op. Cit. pág. 188.

¹²² En la conversación que sostuve con Beatriz Sarlo ella se refirió a la práctica intelectual como una praxis intrínsecamente política. Esto en el entendido de que toda acción es política en la medida en que el hombre es un ser político. Mientras discutíamos al respecto de *Escenas de la vida posmoderna*, ella sugirió que debería haber llamado al intelectual ‘Intelectual ciudadano’ porque su tarea se gestaba en medio de la sociedad civil y porque ella seguía confiando muy fuertemente en la política como la forma de modificación de la sociedad. Aunque estos elementos no habían sido profundamente desarrollados por la autora, puesto que señaló que debía repensarse cuál era la relación actual entre la política y la sociedad.

¹²³ Aquí hay que referirse a una aclaración bastante importante que hace la autora en el texto. Ella explica que la necesidad de rescatar el pasado no encuentra una salida en el reciclaje del historicismo romántico que hallaba en el pasado las claves para explicar su actualidad. Ella prefiere un ejercicio a través del cual se verifiquen las ‘cicatrices abiertas’ que el pasado deja sobre las cuestiones del presente, para poder resolverlas. Lejos de tratar de ubicar un origen para legitimar una tradición, Sarlo hace una opción por el recordar para curar.

llevar a cabo un intelectual, tales como revisar y rescatar el pasado para descubrir aquellos ur-fenómenos y marcas del estado actual de la sociedad y para retomar las operaciones inconclusas; exhibir aquellas cicatrices que manifiestan en el presente esas huellas de injusticias no resueltas, develando las contradicciones de la actualidad; y, por último, integrar al arte¹²⁴ en esta labor para que sea un mediador protagónico en la reflexión actual sobre la cultura. Los intelectuales sarlianos deben, entonces, seguir la senda de una crítica cultural que pueda librarse de la celebración neopopulista y de los prejuicios elitistas que no permiten una democratización real de la sociedad; sin embargo, en esta tarea el intelectual no se encuentra solo, puesto que para Sarlo el Estado es quien debe participar al unísono equilibrando los movimientos de un mercado que hasta ahora sólo ha demostrado privilegiar los fines de lucro. En este sentido, con todos estos esfuerzos mancomunados, la sociedad podría ser capaz de nombrar las diferencias que la integran y disfrutar del ejercicio de una verdadera libertad de elección.

Creo haber podido mostrar en estas páginas el proceso de construcción de un proyecto crítico que pone en el centro de la discusión el problema del intelectual. En el apartado que acabo de concluir, tuve la oportunidad de explicar cómo a través de la reflexión teórica y escritural Beatriz Sarlo zanja ese problema construyendo una especie de 'tratado' en el que fija sus conclusiones reinstalando la figura del intelectual en un esquema de relaciones socioculturales modificado por las nuevas relaciones que ha impuesto la hegemonía del sistema imperante. Sin embargo, he podido comprobar también que este proceso de construcción del sistema sarliano, no sólo se sostiene como un programa teórico configurado y dirigido a otro, si no que conjuntamente con señalar orientaciones, acaba siendo un boceto para la acción. Como señalé más adelante *Escenas de la vida posmoderna*¹²⁵ representa la cúspide de un largo trayecto de autocuestionamiento y

¹²⁴ Para Sarlo el papel del arte en este nuevo programa intelectual es fundamental. Ella cree que hoy la moral del relativismo no debería imponernos el absoluto de la resignación y la renuncia. A través de una 'toma de partido', el arte tendría la capacidad de instalarnos en la discusión de valores ya que: "*no existe otra actividad humana que pueda colocarnos frente a nuestra condición subjetiva y social con la intensidad y la abundancia de sentidos del arte, sin que esa experiencia exija, como la religión, una afirmación de la trascendencia.*". Sarlo, Beatriz. Op. Cit. pág. 9.

¹²⁵ Sarlo, Beatriz. Op. Cit.

búsqueda; encarna el comienzo de un proceso de autonomía que se fundamenta, ahora sí, en un andamiaje fortificado por una larga reflexión y el acople de lo que fueron sus seducciones teóricas. Programa, que irá descubriendo que sus propias insuficiencias y que se convierte en la excusa para volver a pensar el quehacer. En este sentido, uno de los elementos que contribuyó con más fuerza a la estructuración del mismo fue la definición de una praxis teórica. Los que conocemos la obra sarliana sabemos la clara y determinante relación que ella ha sostenido con las vanguardias¹²⁶. Vínculo que ha sobrepasado la esfera anecdótica y que se cuela en su propio proyecto ideológico – escritural. En el proceso de escritura de las *Escenas de la vida posmoderna* la autora va haciendo palpable la filiación entre una ética y una estética, en la medida en que su discurso comienza a materializarse en la misma escritura; el decir, se transforma en el hacer y ambos se alimentan en el trayecto de la conformación del intelectual. Paralelamente, mientras la autora explicita que la tarea del intelectual es construir ‘perspectivas para ver’, exhibe esos puntos de vista¹²⁷ utilizando las herramientas del método benjaminiano y, muchas veces también, las estrategias de Barthes¹²⁸. Se posiciona desde los hechos mismos que extrae de la realidad, se concentra en esos eventos, las formas y las pequeñas manifestaciones en las que percibe las huellas de la contradicción y desde allí construye un discurso acerca de lo general. Es así como el zapping, el fatuo y cotidiano hecho de cambiar inconcientemente y ansiosamente el canal, se transforma, por ejemplo, en una evidencia de nuestra propia esclavitud y de la fantasmagoría del capital. De esta manera, Sarlo fija el recorrido que seguirá en esta tarea de exponer ‘sus perspectivas

¹²⁶ Beatriz Sarlo ha desarrollado un extenso y profundo trabajo con las vanguardias rioplatenses. A ella se le agradecen ciertos aportes que han colaborado en el análisis de estas escuelas que fueron por largos años excluidas de la reflexión académica y crítica. Aún más, se puede señalar que este tópico sigue teniendo injerencia en sus trabajos, al parecer, porque para Sarlo la irrupción de las vanguardias en Latinoamérica coincide con la construcción de un campo cultural porteño en el que se solidifican las posibilidades de intervención intelectual y las considera como una expresión fundamental del contexto histórico, social y cultural que le ha permitido descifrar los caminos del presente. A pesar de su identificación con la propuesta vanguardista, Beatriz Sarlo es enfática también en su crítica. En la entrevista del 2004, ella reconoce que si bien tiene ‘posiciones vanguardistas’ en muchos campos, frente a la masificación de distribución cultural no asume una posición aristocrática como la de las vanguardias. Esta es una de las cuestiones que deja en claro, que en su proyecto se cuestiona de manera frontal el carácter elitista del intelectual.

¹²⁷ No es menor el hecho de que justamente la revista que dirige Sarlo desde 1978 se llame *Punto de vista*. Dejaré abierta la reflexión acerca de esta semejanza.

¹²⁸ Aquí me estoy refiriendo al Barthes postestructuralista y, más específicamente, a trabajos como *La aventura semiológica*, *La cámara lúcida*, *Fragmentos del discurso amoroso*, etc.

para ver', porque lo mismo va a ocurrir con los 'Árboles del shopping – mall' de los *Siete ensayos*; lo mismo con la historia de las cabezas rapadas en *La Máquina cultural*; y lo mismo con Eva Perón en *La pasión y la excepción*.

Probablemente, uno de los textos menos revisados por la crítica, pero que exhibe este desplazamiento del programa de manera muy nítida, sea *Instantáneas*¹²⁹, libro que, escrito en 1996, será el destinatario directo del nuevo plan que tuvo su génesis en *Escenas de la vida posmoderna*. En el texto, la autora agrupa un conjunto de cuadros que se construyen como:

“Por una parte, son brevísimas escenas captadas en tiempo presente, casi persiguiendo su transcurrir para encerrarlo en unas pocas páginas. Por la otra, son registros ‘fotográficos’ de experiencias en la cultura contemporánea, experiencias directas, volátiles y, en algunos casos, esbozadas ante mi propia mirada. Las instantáneas fueron tomadas durante algo más de dos años, siguiendo un plan que se comprometía a respetar el azar de encuentros y sucesos.”¹³⁰

A partir de pequeñas escenas vivas y actuales Sarlo analiza su realidad y la somete a un profundo examen hallando en estos invisibles fragmentos las marcas de las injusticias y desigualdades que esconde la máscara de la satisfacción inmediata y de la libertad. En textos como “Cultura fast y lentitud”¹³¹ o “La parte percedera de las cosas”¹³², la autora nos muestra, por ejemplo, cómo el tiempo que vivimos acoge una nueva naturaleza que se desintegra en la rapidez del instante. Devela cómo, finalmente, la renuncia y el olvido de la historia, nos convierte en seres insomnes que sólo adornan lo que se escapa irremediabilmente.

Sin embargo, así como *Escenas de la vida posmoderna*¹³³ fue el texto que obtuvo una recepción masiva, abundante e inesperada¹³⁴, también se

¹²⁹ Sarlo, Beatriz. *Instantáneas*. Buenos Aires, Ariel, 1996.

¹³⁰ Sarlo, Beatriz. Op. Cit. pág. 7.

¹³¹ Sarlo, Beatriz. Op. Cit. pág. 51 – 55.

¹³² Sarlo, Beatriz. Op. Cit. pág. 117 – 121.

¹³³ Sarlo, Beatriz. *Escenas de la vida posmoderna*. Buenos Aires, Ariel, 1994.

¹³⁴ Nuevamente, en la entrevista realizada para este trabajo Beatriz Sarlo da cuenta de este fenómeno. Para ella, además de significar esa necesidad social de sentido, este hecho implicó la apertura de su

convirtió en el blanco de las mayores críticas que ha recibido Sarlo¹³⁵. La veleidosa búsqueda del sentido y la afirmación de que éste es imprescindible, le permitió construir su proyecto, pero al mismo tiempo ocasionó la apertura de nuevas polémicas que traen a colación el continuo problema de las contradicciones del intelectual. Este es el peligro de la escencialización; de una sombra moderna que despierta la sospecha del redentorismo y del miedo a caer de nuevo en los mismos errores del pasado.

escritura hacia otro estrato de la población que ella no había imaginado. Se refiere así al hecho de que su texto fue incluso parte de currículos escolares y de textos de estudio que se revisaban en el ámbito de la educación secundaria. Esto de alguna manera, creo yo, después de un tiempo pudo haber afectado en la decisión de la autora de abandonar la academia – ese espacio que significa para ella la comodidad institucional – y comenzar a difundir su discurso a partir de estrategias más públicas como su revista y las conferencias nacionales e internacionales, su incursión en la radio argentina y, cuando se aceptan sus condiciones, en la televisión.

¹³⁵ De hecho, hay que destacar que de todos los textos que ha escrito la autora, el que mayores reacciones escriturales ha despertado es, precisamente, las *Escenas de la vida posmoderna*. Le sigue la *Modernidad periférica* que, si bien tuvo una recepción masiva, sólo recibió comentarios que no alcanzaron a ser considerados como artículos críticos.

Capítulo III

Direcciones

1. En el territorio del debate

Un pensamiento crítico se genera forzosamente dentro de las circunstancias a las que se opone, las que son su componentes subrepticios y poderosos, y al que impregnan por el mismo régimen opositivo que emplea. Las propuestas más antitéticas, lo son de los principios que sustentan el estado de cosas contra el cual se formula. Aun las utopías que es capaz de concebir, funcionan como polos positivos marcados por aquellos negativos preexistentes, de tal modo que en la doctrina nueva que se construye todo el sistema bipolar se prolonga. Más aún si se razona que el pensamiento crítico surge del estado anterior de cosas¹³⁶

Paradójicamente, el proceso de investigación, las relecturas y la escritura nos han conducido a un punto clave respecto de la construcción de la figura del sujeto intelectual. La cita que elegimos para encabezar este apartado es la demostración indiscutible de un obstáculo y devela casi en forma cruel la contradicción que se nos acerca inevitablemente. Ángel Rama, como ningún otro crítico latinoamericano, nos acorralla y enfrenta a una situación difícil de asumir. Situación que desnuda un fenómeno que se ha intentado encubrir para salvar el aura de un sujeto que ha parecido o parece ser el único capacitado para dar respuestas al hombre, ciudadano o consumidor, enfrentado hoy a la incertidumbre de la experiencia posmoderna. Claramente, este escollo en el que nos atrapa Rama no parece ser sólo un juego discursivo. Esta es una contradicción que no sólo se hizo y hace visible en el complejo escenario de la formación de la sociedad colonial, de la construcción nacional o de los intrincados procesos de la modernización latinoamericana, sino que hoy vuelve sobre quienes creen ser intelectuales o sobre aquellos que pretenden examinar

¹³⁶ Rama, Ángel: *La ciudad letrada*. Santiago, Tajamar Editores, 2004.

su actualidad. De hecho, la crítica acerca de la contradicción inherente al trabajo intelectual se yergue como el fundamento de base para sospechar, por ejemplo, de aquellos que, provenientes de la periferia en el contexto de la globalización, se absorben o son absorbidos por las culturas centrales y, utilizando el lenguaje del colonizador se autoconstruyen bajo la sombra de una supuesta autonomía ideológica como sujetos intelectuales capaces de representar simbólicamente la resistencia frente a las ancestrales prácticas de subordinación política, económica y cultural. Esta es, eso sí, una de las caras de la problemática que sorteja hoy el intelectual ‘universal’, porque sí bien esta es una discusión que surge y tiene lugar en los laboratorios de la academia, también traspasa el campo intelectual dejando ver sus consecuencias en la falta de liderazgos sociales y políticos en nuestros países y en la ausencia de figuras portadoras de discursos públicos movilizadores. Problemática que al fin no sólo se desarrolla a nivel teórico, sino que determina la validez pública y social de un sujeto que, por lo menos antaño, fue una pieza fundamental en la vida nacional de los países latinoamericanos. Como vimos en el capítulo anterior, Ángel Rama ubica en el origen primordial de esta figura el germen de su propia contradicción. Según el autor, una vez instalado el poder de España en la región, los intelectuales asumen la marca de ‘la corona y la tiara’; se constituyen como sujetos centrales (auto)marginados¹³⁷ de la realidad de ‘extramuros’¹³⁸ a pesar de que intentan y buscan ser los agentes y representantes simbólicos de aquellos sujetos que conforman el campo social. Determinados por su lugar de origen, cada vez que quisieron enfrentar ese poder, tuvieron que vincularse con él y sus mecanismos, puesto que en el centro se encontraban las armas del lenguaje, la escritura, el saber, e incluso

¹³⁷ Utilizo los paréntesis para destacar la implicancia que le otorgo a esta palabra. Cuando separo ‘auto’ de marginación, me refiero a la doble posibilidad de instalación intelectual, tanto aquella que dice relación con la estrategia de separación voluntaria respecto del poder, como aquella que se produce inevitablemente debido a la acción de las fuerzas externas, del *habitus* y de los campos culturales y sociales que intervienen en el terreno intelectual.

¹³⁸ A partir de la metáfora de la ciudad letrada, Rama construye la oposición entre el territorio que se haya incluido dentro de los muros del saber y la escritura, y el terreno separado de este por los tabiques de esa ciudad. En este sentido, la ‘realidad extramuros’, se identifica con el espacio de la ilegalidad, la periferia y lo extraoficial. Según Bourdieu, la necesidad de representar esa realidad excluida, surge con mayor fuerza en la época en que artistas e intelectuales toman conciencia de su quehacer como sujetos culturales. En ese momento asumen la llamada ‘autonomía ideológica’, se separan del poder hegemónico, se exilian en las periferias de las ciudades y se constituyen como los bohemios representantes del poder extraoficial. Este momento coincide con el fin del siglo XIX y se materializa en el proyecto ético – estético de los simbolistas franceses.

los constructos ideológicos que exacerbaban la necesidad de liberación por la que luchaban. En otros casos, fueron funcionales también a la hegemonía mientras reafirmaban su poder por negación. Cada vez que los movimientos emancipatorios se enfrentaron a ella (a la hegemonía), develaron la prolongación de su fuerza y así, en palabras de M. Foucault¹³⁹, se transformaron en agentes perpetuadores de los mecanismos de control del poder. De esta manera, tanto los posicionamientos críticos como los conservadores, se encuentran inexorablemente atados y marcados por su vínculo con la autoridad. La fantasía de la autonomía ideológica, la predisposición a separarse o hacerse parte, los coloca indistintamente en un espacio intermedio entre ese poder que representan o acusan, y la ‘gente’, aquellas voces silenciadas que pretenden representar. Como señala Rama, este fenómeno puede ser visualizado en la historia de Latinoamérica en muchos momentos en los que, a través del diálogo (disputa) simbólico – discursivo, se enfrentaron distintos polos ideológicos para establecer su hegemonía. Vale recordar, en el contexto de la situación argentina¹⁴⁰, el período de construcción nacional o el de su proceso de modernización, entrada ya la segunda década del siglo XX. Ambas circunstancias, marcadas por la evidente intervención ideológica, discursiva y simbólica del campo intelectual porteño, fueron encabezadas por figuras que, a través de la literatura o la crítica¹⁴¹ – por reconocer sólo algunos casos – apoyaron los grandes

¹³⁹ Para Michel Foucault, los mecanismos de control que ejerce el poder en toda sociedad son aquellos que se visualizan en la producción de discurso “[que se encuentra] a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por un cierto número de procedimientos que tiene por función conjurar los poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y terrible materialidad (...) En nuestra sociedad son bien conocidos los procedimientos de exclusión..(...)” El paréntesis es mío. Vid. Foucault, Michel: *El orden del discurso*. Barcelona, Tusquets, 1980. pág. 11.

¹⁴⁰ Incorporo la singularidad del caso argentino para acotar el escenario de discusión a la del contexto de la experiencia sarliana. De todas formas, Ángel Rama pasa revista a muchos hechos más o menos semejantes dentro del proceso de constitución de los estados – nación en Latinoamérica, que se encuentran marcados por la acción de un campo intelectual que apoyaba tales procesos aliándose con la élite dirigente, o en su defecto, resistía el poder de esta proponiendo proyectos alternativos. Sin embargo para Rama, cualquiera fuese el caso, ambas posiciones estuvieron marcadas por la contradicción inherente al trabajo intelectual.

¹⁴¹ De hecho, para explicar el proceso de la integración argentina a la fase de modernización nacional, en la primera parte de la *Modernidad periférica*, Beatriz Sarlo recurre a uno de los textos paradigmáticos de la literatura porteña *Don Segundo Sombra*. En este caso, se puede verificar cómo la intervención intelectual y artística es condición *sine qua non* para la estructuración de un discurso modernizador que sienta las bases de la ideología del progreso nacional. Otro caso, en el que la figura del intelectual fija el discurso de la construcción de lo ‘nacional’, es el de Ricardo Rojas, quien a través de la escritura de la *Historia de la literatura argentina*, se propone limitar el canon en el contexto de la celebración del centenario. Momento en el cual una de las preocupaciones fundamentales del estado era la de la integración nacional.

movimientos de construcción nacional. Esa instalación en el 'borde', esa capacidad negociadora y móvil del intelectual, es la que precisamente lo pone en muchas ocasiones en el banquillo de los acusados. Independientemente de los rasgos diversos y las singularidades de los eventos que experimentaron los estados latinoamericanos, en todos esos procesos, el intelectual es 'la voz' y se yergue como una figura sacerdotal, redentora e incluso, en muchas ocasiones, mesiánica. Esta característica que se haya inserta desde el surgimiento de su figura en la modernidad, es aquella que sintetiza la contradicción a la que nos hemos referido en esta tesis; un cerco infranqueable que puede llegar a ser prácticamente inmovilizador y en el que fijan sus ataques aquellos, que con el argumento del redentorismo, la nostalgia o la masmediatización, han intentado desequilibrar el discurso del intelectual sarliano.

Sin embargo, antes de seguir hay que hacer una aclaración porque el objeto de análisis de esta tesis comienza a incorporar una nueva variable. Si bien a lo largo de este texto me he ocupado de la operación de construcción del intelectual en el trabajo de Beatriz Sarlo, queda claro a estas alturas que, junto con eso, hemos examinado los indicios que permiten identificar, también en ese ejercicio, uno de autodefinición. Nos detuvimos para eso en aquel modelo que sentó las bases para la construcción de la figura del intelectual. Modelo que definió tanto metodológica como filosófica y éticamente el quehacer de la autora. Luego revisamos cómo la búsqueda de los orígenes del intelectual porteño pudo favorecer el proceso de reconstrucción del campo cultural argentino en sentido amplio, pero además, motivar la propia práctica, sentar las bases de un ejercicio crítico cultural localizado y levantar la sospecha acerca de la contingencia de la pregunta por el sentido. Por último, analizamos las propuestas de algunas de las seducciones teóricas y voces autorizadas en el tema del intelectual para llegar, definitivamente, a la exposición de esa figura construida por Sarlo. Una vez diseñado el sujeto, la autora dedica sus esfuerzos a la praxis escritural que materializa esa plataforma teórica. En ese momento, a través del ejercicio real de su reflexión, Beatriz Sarlo se transforma en la figura que ella misma bosquejó a lo largo del proceso descrito y comienza a hablar desde un 'nosotros' de una comunidad que todavía reconoce y desde un 'yo' al cual le ha encomendado nuevas y complejas tareas. Es por ello que, desde aquí en adelante, nos abocaremos, no ya al sujeto otro, al *alter ego* que

edifica Beatriz Sarlo a lo largo de su trabajo, sino que enfocaremos su propia figura intelectual, teniendo en cuenta que el sujeto intelectual abstracto que hasta ahora hemos descrito proyecta esas características que detenta la ensayista como una intelectual latinoamericana porteña. Es con respecto a ese sujeto intelectual llamado Beatriz Sarlo, ése que se solidifica y sale a la luz pública en *Escenas de la vida posmoderna*, que se han manifestado aquellos que desconfían del intelectual de hoy, que prevén en forma más o menos definitiva su muerte o desaparición y que reconocen en su figura una reactualización del redentorismo y de la contradicción.

En la cita de Hugo Achugar¹⁴² que introduce al libro *La ciudad letrada en el planeta electrónico*¹⁴³, Vicente Lecuna revela sus más profundas convicciones y de paso nos adelanta un juicio que pesará sobre la intelectual Beatriz Sarlo. En un intento de similar envergadura a la que están realizando otros críticos latinoamericanos, su libro recoge las inquietudes de una nueva generación que se pregunta, discute y polemiza acerca del nuevo objeto de análisis intelectual, y que tiene como característica común el haber observado el resultado de grandes movimientos populares y promesas que no consiguieron los saldos esperados, que son los hijos de idealistas que creyeron en quienes auguraban un futuro mejor y que hoy son testigos del fracaso político de las revoluciones reivindicatorias. Para Lecuna este escenario es el producto de la ineficacia del discurso y la acción del intelectual del siglo XX, cuyas construcciones simbólicas – la nación o la identidad – hoy no muestran síntomas de crisis si no más bien de una disolución cabal. Los efectos de la modernidad que ellos contribuyeron a construir, hoy se escapan de sus manos. El avance del neoliberalismo, la desarticulación de los estados nacionales, la inestabilidad económica y política de la región, son sólo algunos de los procesos que se instituyeron gracias a su gestión y evidencian el hecho de que la sociedad en su plenitud estuvo marginada de la utopía. Este rechazo frente a las prácticas de los intelectuales de clase media y a las políticas culturales

¹⁴² Integro el epígrafe para contextualizar mi afirmación: “Hay que pensar o inventar el futuro y no sabemos cómo. Vamos a tientas, como decía Rubén Darío, a tientas y a locas. El día a día nos devora y entonces es más fácil recurrir a la mecánica de lo ya conocido, ya vivido. Incluso de lo ya vivido y lo ya equivocado... Nadie hace nada, menos aún los que tenemos por oficio el símbolo y la palabra”. Vid. Lecuna, Vicente: *La ciudad letrada en el planeta electrónico. La situación actual del intelectual latinoamericano*. Madrid, Pliegos, 1999. pág. 11.

¹⁴³ Ibid.

letradas, hacen a este crítico preguntarse por cuáles podrían ser las virtuales salidas o las direcciones que ofrecen los que hoy se conciben como intelectuales y esto porque está seguro de que aún tales respuestas son cuestionables. Para el venezolano se trata de respuestas frágiles porque, precisamente, el intelectual se ha desplazado de la centralidad y de su relación con el estado, movimiento que ha contribuido a la dispersión de los proyectos capaces no sólo de establecer un orden o una unidad tradicional, sino de construir un nuevo poder de gestión que supere el practicado antaño por los representantes y defensores de la alta cultura. Sin embargo, la matriz de esta ausencia intelectual tiene sus raíces en su propia contradicción, la que tiene como su nuevo escenario al neoliberalismo. Hoy el intelectual sería el tecnócrata y los que se niegan a serlo y ven afectada con ello la legitimidad y fuerza de su discurso, luchan contra la hegemonía pero sin dejar de coquetearle a las instituciones que hoy los sustituyen. Es aquí donde aparece para Lecuna con más fuerza y pertinencia que nunca el conflicto de la contradicción intelectual que Rama había desenmascarado años antes. Desde una perspectiva en la que se cuelan supuestos que entienden que la situación actual es la de la verdadera posibilidad de la democratización, Lecuna reconoce que el problema se instala en el ámbito de las negociaciones entre aquellos que se denominan la voz y guía, de un lado, y la masa a la que pretenden representar del otro, la disyuntiva se encuentra en el cómo dejar de ser un perpetuador de los privilegios de una clase dirigente o sólo ser un actualizador de conocimientos y constataador de las circunstancias actuales. La fractura, nuevamente, tiene su germen en la imposibilidad de reaccionar ante un escenario en el que las masas se han emancipado, se han deslegitimado las formas tradicionales de representación pública y se ha desarticulado la diferencia entre baja y alta cultura. En este sentido, el problema se evidencia en la permanencia de la figura redentora, aquella que habla de la realidad extramuros, pero que sin embargo se instala insistentemente dentro de la ciudadela de las letras.

Frente a este conflictivo escenario, a Lecuna le interesa analizar los casos de algunos intelectuales que proponen perspectivas y construyen proyectos sociales y estéticos que pretenden un cambio en la relación entre campo social y campo intelectual. Es por ello que estructura una revisión

parcial de algunas salidas que exhiben ese desplazamiento del intelectual de hoy y reconoce dentro de ellas:

“Un discurso rebelde, progresista, una versión de lo que antes se podía llamar con confianza una crítica de izquierda, un discurso que ataca la formación de formas de poder y privilegio en la literatura, y que aboga por las maneras de subvertir esos poderes, una crítica que también lee a la sociedad como un texto, que busca metáforas por las calles y las interpreta con entusiasmo, pero que a fin de cuentas, con esto, protege el lugar de su propio privilegio, adecuando sus metodologías ante la presencia de nuevos objetos de estudio.”¹⁴⁴

Esta es para Lecuna la respuesta contradictoria que construye Beatriz Sarlo en *Escenas de la vida posmoderna*, además de ver en ella la representación más sólida de un posicionamiento aristocrático. Y dice respecto de él:

“El problema que vemos con este tipo de crítica es que no llega a ser más que un ejercicio (necesario) de la inteligencia, un lugar de combate y diálogo que tiene el privilegio de ser, probablemente, uno de los pocos lugares donde ocurre eso en la actualidad. ¿Pero no será acaso que la universidad está sorda a otro diálogo que está ocurriendo extramuros? ¿Acaso la sordera intelectual es irremediable, por lo menos irremediable a través de la medicina convencional? Esta es la gran interrogante que se abre (y queda abierta) con *La ciudad letrada*.”¹⁴⁵

A su juicio, el texto fundamental de Beatriz Sarlo carece de una autocrítica que hoy se vuelve una exigencia para la construcción de un proyecto que readece las relaciones entre intelectuales y sociedad. Una autocrítica que reconcilie a las partes y que sobre todo reconozca la responsabilidad que les cabe a los intelectuales en la crisis cultural latinoamericana y en el fracaso del proyecto

¹⁴⁴ Lecuna, Vicente. Op. Cit. pág. 68.

¹⁴⁵ Ibid.

democratizador que fue formulado por sus antecesores. Esta actitud irresponsable y quizás soberbia es lo que más incomoda al venezolano, quien reconoce el germen de esta conducta en los vínculos entre la autora y la escuela de Frankfurt – más bien habría que aclarar en la figura de Adorno – y su aristocratsismo antipopular¹⁴⁶. Para Lecuna este posicionamiento ‘separatista’ es el rasgo común de aquellos que, como Sarlo – expone también el caso de Edward Said –, se instalan en la torre de marfil como francotiradores enfrentándose y demonizando la industria cultural que, obedeciendo a la lógica del mercado, contaminaría y engañaría a la masa. Reconoce en el proyecto de Sarlo la construcción de categorías que le permiten describir los mecanismos de funcionamiento de esta situación, la de los intelectuales neopopulistas y la de los neoliberales, ambos síntomas y representaciones de un sistema que no pone filtros a la producción cultural. Lecuna cree que es esta categorización dicotómica la que expresa fielmente la incapacidad de la propuesta sarliana. Afirmándose en la ideas de Alberto Moreiras, el autor sentencia que esta arquetipización que encarna la génesis del carácter redentor, para el caso del sujeto neopopulista, y la del mediador, para el neoliberal, ignora precisamente la esencia y la tradición del intelectual latinoamericano. Su propuesta alternativa del intelectual crítico no redentor y no mediador tiende a evitar y rehuir la historia del intelectual regional clásico y, al mismo tiempo, inmoviliza hasta petrificar el quehacer de este sujeto que vive en un contexto en el que esas son las únicas fórmulas posibles y condiciones de acción, esto porque, quiérase o no, los únicos capaces de intervenir hoy en el campo social son aquellos que se convierten en agentes a favor o en contra de la maquinaria de la industria cultural¹⁴⁷. Paradójicamente, Lecuna vincula

¹⁴⁶ De todas formas esta afirmación me parece de lo más conflictiva. En primer término porque catalogar a ‘la escuela de Frankfurt’ como un espacio de intolerancia cultural es a lo menos una reducción peligrosa. Por otro lado, entiendo que el autor quiera referirse a la archiconocida polémica entre los proyectos de Theodor Adorno y los de Walter Benjamin, representante, el primero, de una teoría que resguarda las expresiones de la alta cultura y, el segundo, de una que se instituye como tarea el rescate de la expresión callejera y popular situada. A pesar de mi intento comprensivo, creo que esta idea se desestabiliza en buena parte si se toma en cuenta la seducción teórica que implica el trabajo benjaminiano en el proceso de construcción del sujeto intelectual sarliano. Proceso que ha sido ampliamente examinado en páginas anteriores y que demuestra precisamente la importancia que tiene para la autora la expresión de lo popular en el análisis, descripción de su contexto vivo.

¹⁴⁷ Con esto se refiere, creo yo, a que las únicas estrategias de intervención intelectual posibles hoy en Latinoamérica son la de los neopopulistas que exacerbaban y reesencializan la cultura de masas, y la de los neoliberales que encuentran en el mercado la única forma de articular la esfera cultural. Esto implicaría nuevas prácticas de redentorismo y mediación, adaptaciones que exige la nueva lógica del capital.

esta actitud que denomina de 'ensimismamiento' aristócrata y crítico a la de un sujeto nostálgico que se lamenta de la pérdida de su lugar privilegiado y de su aura mesiánica. Explica que tras la denuncia del video clip, de la sintaxis desleal del zapping, de los malls y sus escenificaciones, se esconde un regresionismo que añora las totalidades perdidas, los monólogos y monumentos erguidos precisamente por aquellos que no lograron sostenerlos y los condenaron a la deriva. Esos defensores de la hasta ahora 'maltratada' alta cultura, son los que encuentran en Beatriz Sarlo una voz que intenta devolverle su lugar, pero ignoran que sólo representa al sobreviviente del paternalismo moderno y de la vanguardia elitista. Desde esta perspectiva, para Lecuna el proyecto intelectual de la autora sería estéril, ya que no proporciona alternativas reales y situadas, y su crítica al mercado, la industria cultural y al estado, sólo exhibiría subrepticia y silenciosamente su temor y desconfianza ante la extensión de la democracia. Para Lecuna ésta, la incomodidad de los intelectuales frente a la cultura de masas, es la razón que delata la incoherencia y las carencias de un grupo que, liderado en los años setenta por Antonio Cândido, encuentra un excepcional representante en la figura intelectual sarliana. Para consolidar su sentencia, el venezolano escoge la voz de José Joaquín Brunner, uno de los que representaría para Beatriz Sarlo al intelectual neoliberal por antonomasia:

“Lo que ocurre, en realidad, es que esta profunda e inconfesada incomodidad de los intelectuales con la cultura de masas se transforma en una desconfianza hacia la democracia. Pues si las preferencias culturales de la multitud, del pueblo, son 'manipuladas' o 'manipulables', si ellas sólo reflejan los dictados de los poderes que las crean artificialmente, entonces no cabe esperar otra cosa de las preferencias políticas formadas bajo condiciones semejantes. La política de masa carece así, ante el intelectual, de autenticidad.”¹⁴⁸

En esta misma línea, las críticas Andrea Pagni y Erna Von der Walde identifican en la propuesta de la intelectual Beatriz Sarlo los resabios de un regresionismo moderno y del temple nostálgico que cruza las páginas de

¹⁴⁸ Lecuna, Vicente. Op. Cit. pág. 154.

Escenas de la vida posmoderna. En el artículo “Qué intelectuales en tiempos de posmodernos o de ‘cómo ser radical sin ser fundamentalista’. Aportes para una discusión con Beatriz Sarlo”¹⁴⁹, que es el que exhibe un mayor grado de reflexión acerca del proyecto completo de la autora y que intenta acomodar su libro en un plano más general de construcción teórica, estas autoras explican la propuesta intelectual sarliana a partir de condiciones semejantes a las que exponía Vicente Lecuna y con las que, en fin, estamos casi todos de acuerdo. Para ellas también el que el intelectual se haya transformado en un nuevo foco de atención y de polémica, es el resultado de la crisis de esta figura, conflicto que se haría visible en la medida en que son los mismos afectados, los que construyeron el discurso que alguna vez los definió y legitimó, los que se preguntan por su lugar en el concierto cultural contemporáneo. Esta crisis, que ha despertado mayores o menores grados de autocrítica, tendría su raíz en el desplazamiento semántico de conceptos tales como los de ‘pueblo’, ‘masa’ y ‘cultura’, conceptos que sostenían teórica e ideológicamente su trabajo y que hoy, a partir de la emancipación del pueblo¹⁵⁰, los deslegitima en su función social.

A pesar de estos puntos de congruencia entre los postulados de Pagni – Von der Walde y los de Lecuna, ellas sitúan a Sarlo en un contexto sociocultural y político específico, el del Buenos Aires intervenido por sucesos puntuales que permitieron o exigieron una toma de posición. Es decir, no construyen una crítica ahistórica, sino que explican su instalación vinculándola a una transformación particular que tuvo lugar en el mismo territorio de su accionar – contexto vivo – y bajo ciertas condiciones que marcaron y modificaron el modelo intelectual que la autora expone en las *Escenas*.

Por otro lado, aunque también enfocan su análisis en el libro más popular de Beatriz Sarlo, este examen toma en cuenta que la construcción de ese modelo intelectual con el que ella se identifica es el producto de un proceso tanto más largo de autocuestionamiento y de revisión del fracaso del proyecto

¹⁴⁹ Pagni, Andrea y Von der Walde, Erna: “Qué intelectuales en tiempos posmodernos o de <cómo ser radical sin ser fundamentalista>” en: Spiller, Roland (ed): *Culturas del Río de la Plata (1973 - 1995). Transgresión e intercambio*. Frankfurt am Main, Vervuert Verlag, 1995. pp. 287 – 312.

¹⁵⁰ Con esta afirmación las autoras se refieren a la explosión de la cultura de masas, y subrayan que esta emancipación si bien los hace desligarse de la influencia que sobre ellos ejercía el intelectual clásico, no lo hace de una condición social ni económica. Vid. Pagni, Andrea – Von der Walde, Erna. Op. Cit. pág. 288.

político argentino en los setentas. En su artículo explican que las *Escenas* – y por extensión el intelectual que allí se constituye – es un libro que habla tomando distancia del campo de la academia, como un intento de construir un lugar ‘otro’ de intervención social, uno más amplio, que se dirige a un público local, específico y que se refiere a las cuestiones y fenómenos provenientes de ese territorio particular. Ellas reconocen, sin embargo, que esta misma cualidad restringe el grado de análisis que se puede realizar sobre el texto, pero al mismo tiempo confiere la libertad de comentarlo desde una perspectiva más amplia.

Sin embargo, lo que resulta fundamental para Pagni y Von der Walde es el hecho de que en las *Escenas de la vida posmoderna*, Sarlo se hace cargo de un elemento primordial que incide tanto en la forma constitutiva tradicional del sujeto intelectual como en su crisis y que, de alguna manera, define el modelo que es Beatriz Sarlo. Éste es el de la articulación entre teoría y praxis. En palabras que surgen desde nuestra propia cotidianidad académica, el problema de la distancia, del cómo se hacen realmente cosas con palabras. Nuevamente colocan esta pregunta por el fenómeno de articulación en contexto para explicar que ésta tiene lugar en el escenario de la explosión mediática y las transformaciones políticas y económicas argentinas, así como en el territorio en el que el estado pierde su poder frente al sistema neoliberal. En este sentido, para las autoras Beatriz Sarlo se instala en el fin de la modernidad, lo que traería como consecuencia este distanciamiento entre teoría y práctica y, por tanto, el proceso de crisis del intelectual clásico, el desequilibrio del arte culto y del antiguo concepto de arte popular. De esta manera, el intelectual construido y legitimado por el discurso moderno, aquel que es el redentor y vocero del pueblo, pierde sus fuerzas y poder en el campo del diálogo cultural.

Luego de esta aproximación inicial, Pagni y Von der Walde se proponen definir cuál es el tipo intelectual que propone Sarlo en *Escenas de la vida posmoderna*. Para ellas el modelo que funciona tras sus ideas explícitas, pero también de las que se desprenden de sus estrategias de análisis y aprehensión de la realidad, es el del legislador y educador que refiere básicamente al arquetipo del intelectual iluminista que se definió y legitimó a sí mismo, pero a ello agregan:

“En la descripción de Sarlo se mezclan por lo menos dos figuras del intelectual: por un lado el intelectual orgánico iluminista que articula un discurso hegemónico de poder desde el saber (en una tradición que compartieron los letrados argentinos del siglo XIX); por otro el intelectual crítico de oposición (cuyo modelo, tan importante para los intelectuales de izquierda en la Argentina de los años sesenta, es Sartre; ver *PV* 50, noviembre 1994). A éste se le suma el que toma una posición crítica desde la actividad artística “en ruptura con lo establecido, con la moral aceptada, con la misma idea de arte” (*EVP*, 178).”¹⁵¹

Fieles a esta tesis, las autoras determinan que, así como lo hicieron los intelectuales clásicos europeos iluministas, Sarlo habría incurrido en la estrategia de demarcar su territorio en función de sus detractores – la televisión, el mercado, etc, – , pero además nombrando claramente a su oponente: el nuevo intelectual neopopulista massmediático, representación de aquellos que, luego del fracaso político argentino y la reestructuración del campo cultural, abrazaron el neoliberalismo que reemplaza al pueblo por el público como instancia de legitimación. Para las autoras la salida que propone Sarlo ante la presencia de este nuevo sujeto, producto del nuevo escenario de la posmodernidad, es la del intelectual clásico, quien, oponiéndose al juego del *rating*, le devolvería, por ejemplo, su lugar primordial al arte.

En esta elección por el pasado, Pagni y Von der Walde descubren uno de los escollos más difíciles del proyecto sarliano. En la medida en que la argentina opta por una figura que nace y se desarrolla en el seno de la ideología moderna, estaría comulgando con sus postulados y es por ello que ellas evidencian en su análisis y diagnóstico de la cultura el funcionamiento de esquemas binarios que le permiten construir su espacio de resistencia por oposición. Este es, precisamente, el obstáculo que hace del discurso sarliano uno que no se incorpora efectivamente en el concierto del diálogo cultural actual. De esta manera es desde esta matriz crítica que las autoras leerán, en los siguientes cinco acápite del artículo, las distintas áreas en las que Sarlo

¹⁵¹ Pagni – Von der Walde. Op. Cit. pág. 291.

acomoda este modelo: en el ámbito de las culturas populares, en el del arte y en el de la producción cultural en general. Sin embargo, advierten que el problema no sólo se encuentra vinculado al hecho de que Sarlo opte por el pasado, específicamente por una figura que sintetiza el proyecto moderno, sino que se halla en el uso que la autora le da al concepto de posmodernidad, lo que provoca que se encuentre en un proceso de permanente reinstalación del pasado. Para Pagni y Von der Walde, Sarlo entiende que con el arribo de la posmodernidad se habría clausurado la etapa anterior. Al contrario, ellas creen que, además de que es un término en sí mismo ambiguo e inestable, la ‘posmodernidad’ no es ni el fin de la modernidad ni su negación, si no *“un modo, un desplazamiento en la forma de pensar de la modernidad que involucra distintas temporalidades”* y agregan que ése *“no es el uso de Beatriz Sarlo”*¹⁵². Al contrario, exponen:

“En las escenas de la vida posmoderna ella ensambla una utopía retrospectiva de la modernidad, en la que incluye el proyecto incompleto de la modernidad argentina: habla de los proyectos que se perdieron como si fueran realidades que se alcanzaron. Desplaza hacia el término ‘posmoderno’ todos los factores a los que les atribuye la cancelación del proyecto moderno.”¹⁵³

De esta manera, al no comprender la posmodernidad como una nueva modalidad de la modernidad, Sarlo se sostiene en lo conocido e intenta recuperar añorando las viejas formas. Es por ello que las autoras la consideran un sujeto nostálgico, que se lamenta por todo aquello que se desvanece en el aire y desaparece, las culturas populares, la escuela, el cine, el arte culto, pero sobre todo que se aflige por la pérdida de su propio lugar, por la figura que ella representa.

Es entonces esta mirada dicotómica la que, según Pagni y Von der Walde, hace tropezar y desautoriza el proyecto sarliano¹⁵⁴. No le permite darse

¹⁵² Pagni – Von der Walde. Op. Cit. pág. 309.

¹⁵³ Ibid. pág. 309.

¹⁵⁴ De todas formas Andrea Pagni y Erna Von der Walde no desestiman el trabajo de Sarlo en forma radical, sino más bien, como dice (nuevamente) el título del artículo, llevan a cabo una discusión ‘con’ Beatriz Sarlo. Ellas se encargan de dejarlo claro en algunos pasajes del artículo, como por ejemplo en la

cuenta, por ejemplo, de que el fenómeno de la massmediatización es sólo una nueva modalidad de lo que antes pudo ser la validación de las culturas populares o la democratización del saber. Por otro lado, el lamento sarliano no sólo depende de esta perspectiva binaria que construye su plataforma teórica y que le permite diagnosticar, analizar y hacer juicios acerca de los fenómenos culturales contemporáneos, sino también del hecho de perder irremediablemente ese lugar privilegiado¹⁵⁵ en el campo cultural:

“La pérdida que Sarlo lamenta no es la de la tradición popular autóctona, en un sentido sustancialista o nacionalista, sino más bien la de la influencia del intelectual sobre los sectores populares a través de las instancias que se han visto desplazadas por la televisión.”¹⁵⁶

A pesar de lo anterior, Pagni y Von der Walde reconocen en las *Escenas de la vida posmoderna* un aporte serio e imprescindible para las discusiones actuales, y explican ciertos niveles de vehemencia a partir del contexto en el que tuvo lugar la escritura. Un escenario de exitismo social sin precedentes, del estallido de la farándula televisiva mezclada con la política, etc, a partir del cual Sarlo construyó una denuncia frente a la celebración y el cinismo que escondía y perpetuaba las persistentes injusticias y desigualdades en Argentina. Pero, creo yo, que como dice el título de este artículo, lo que le piden es menos purismo o fundamentalismo. Para lograr un contrapunto que equilibre su posición y que desestabilice un poco esta propuesta que les parece a ratos ortodoxa, exponen las proposiciones de Zygmunt Bauman,

página 293 cuando, a raíz del develamiento del problema de la utilización del esquema binario, ellas aclaran que las preguntas que plantea Sarlo son muy válidas e importantes y que por esa misma razón el ejercicio que ellas llevan a cabo intenta recuperarlas: “*fuera de las constricciones del esquema en que están situadas*”. Pagni – Von der Walde. Op. Cit. pág. 293.

¹⁵⁵ Nuevamente, aquí aparece la crítica al redentorismo. Más adelante en el artículo, y a propósito de algunos comentarios de la propuesta de Zygmunt Bauman, las autoras dicen que Sarlo habla de su presente ‘viendo lo que pasa fuera del banquete’, otra fórmula para metaforizar la actitud, que a estas alturas ya parece descrita como una obsesión, de representación que caracteriza a los intelectuales tradicionales y que Lecuna, citando a Rama, llama la contradicción intra – extra muros.

¹⁵⁶ Ibid. pág. 302.

quien, al contrario de Sarlo, incluso llega a desestimar, en el contexto de la posmodernidad, la necesidad de la presencia de una figura intelectual¹⁵⁷.

A pesar de estas visiones encontradas, que de paso encarnan básicamente las posiciones más representativas de la polémica sobre el intelectual actualmente, Pagni y Von der Walde intentan establecer, rescatando los planteamientos de Sarlo y Bauman, ciertas directrices que permitan, finalmente, una salida airoso al problema. Cuestionando las posiciones de ambos autores, dirán que es cierto que existen otras configuraciones posibles:

“En esa pinza entre cultura del consumo y desigualdad económica y social que define la condición posmoderna de la periferia, ¿no es justamente ese entrelugar, donde tiene sentido ubicar el trabajo intelectual como lectura crítica de las distintas prácticas que genera y demanda tal situación?¹⁵⁸

Finalmente, ellas advierten que aquella posición de la intelectual Beatriz Sarlo de adoptar un tono apocalíptico frente a la producción massmediática y uno utópico al hablar de la alta cultura, es peligroso, puesto que ello sería conceder que el mercado está ganando la batalla.

Para cerrar este apartado, creo necesario recurrir a una somera recapitulación de lo que he señalado ya para subrayar algunas ideas claves que por ningún motivo han sido clausuradas. Por el contrario, estructurarán parte fundamental del andamiaje del acápite que sigue debido a su absoluta contingencia en lo que respecta a un posicionamiento propio acerca del intelectual sarliano y la cuestión general del intelectual latinoamericano.

La titubeante exposición de estas miradas, a veces ácidamente críticas otras muy constructivas, ha tenido como intención básica la de problematizar en términos dialógicos una cuestión que, a estas alturas, se vuelve una

¹⁵⁷ Desde el punto de vista de Bauman, la condición posmoderna, caracterizada por el desplazamiento desde el trabajo y la producción al consumo, prescindiría de las formas tradicionales de legitimación, tales como el consenso, la dominación ideológica y la uniformidad. Y por esto mismo: “La cultura concebida como búsqueda de verdades y absolutos ha perdido su función de perpetuadora del sistema. No es que la función en sí haya desaparecido, sólo que ahora la desempeña la cultura en su variante posmoderna. *Los que se han vuelto superfluos son los guías del juicio*” (el subrayado es mío). Pagni – Von der Walde. Op. Cit. pág. 307.

¹⁵⁸ Ibid. 309.

exigencia que ha puesto esta escritura. Como ya he repetido incesantemente, el asunto del intelectual de hoy es materia de beligerante polémica quizás y sobre todo, creo, porque rebela de manera tangible un conflicto más general determinado por los intensos cambios experimentados a lo largo de a lo menos veinte años en toda Latinoamérica. La exhibición de posiciones como la de Beatriz Sarlo ha permitido un mapeo de esta situación y claramente ha dado como resultado exponer una salida interesante frente al problema, aun cuando ésta represente sólo una perspectiva para ver. Esto ha sido aclarado a través de la presentación de otras miradas que permiten no cegarnos ante una latente dirección de las cosas. Vicente Lecuna, desde Venezuela, nos previene de los peligros de reeditar los errores del pasado, de convertirnos en redentores o representantes de un poder al que a veces creemos estar corroyendo. Por su parte, Andrea Pagni y Erna Von der Walde nos avisan de la posibilidad de construir sendas que se sitúen más eficazmente en el contexto de una posmodernidad que sólo expresa un desplazamiento de aquellos productos elaborados en la etapa de nuestra historia anterior. Estas miradas, unidas a la que representa Beatriz Sarlo, sintetizan a modo de sinécdoque el escenario más global de las polémicas y discusiones acerca de temas que hoy sólo demuestran que el anhelo de hacer del campo cultural un espacio de encuentro, diálogo y lucha por la hegemonía del discurso, es posible. En lo que sigue, y luego de asirme de un potente arsenal de perspectivas, intentaré develar la alternativa de ciertos caminos potenciales, pero también exhibiendo algunos aspectos ausentes o contradictorios de las lecturas acerca de la propuesta intelectual de Beatriz Sarlo.

2. Esto no es nostalgia

*Articular históricamente lo pasado
no significa conocerlo “tal y como verdaderamente ha sido”.
Significa adueñarse de un recuerdo tal y como relumbra
en el instante de un peligro (..)
El peligro amenaza tanto al patrimonio
de la tradición como a los que lo reciben.
En ambos casos es uno y el mismo:
prestarse a ser instrumento de la clase dominante.¹⁵⁹*

Si pudiéramos reducir el escenario global de la discusión acerca de la posición que debe o debería tomar el intelectual de hoy, podríamos hacerlo proyectando la ya, a estas alturas, arquetípica polémica entre Walter Benjamin y Theodor Adorno. Arquetípica porque en ella podemos develar la condensación de dos visiones supuestamente antagónicas, que se han venido perpetuando a lo largo del siglo XX hasta el presente, simplificados en la figura de Benjamin como el defensor acérrimo de las culturas populares olvidadas, y en la de Adorno, como el vigía celoso de los grandes monumentos modernos. Este último el aristócrata que distingue, en la masificación de la cultura, el fin de la posibilidad de lo sublime. Sin embargo, al llevar a cabo este ejercicio, es posible darse cuenta que esta estrategia de reducción condena nuevamente el análisis al esencialismo¹⁶⁰. Aunque digamos que éste es el origen y raíz de todos los conflictos que heredamos de una modernidad de la que hoy intentamos desvincularnos, majaderamente repetimos la maniobra. Una y otra vez, nos estrellamos con categorizaciones bipolares y filiamos nuestros análisis en

¹⁵⁹ Benjamin, Walter: “Tesis de la filosofía de la historia” en: *Discursos Interrumpidos I*. Madrid, Taurus, 1973. pág. 180.

¹⁶⁰ Con todo lo anterior estoy insistiendo en a que la oposición Benjamin – Adorno, hoy consolidada por los comentaristas y estudiosos, sufre de un peligroso reduccionismo que confina cada una de sus propuestas a la inacción, además de solidificar las muchas posibilidades teóricas y filosóficas que ellos nos entregan. Por otro lado, y el motivo fundamental por el cual me refiero a ella, es que este antagonismo casi artificial puede ser analogado al permanente ejercicio que realiza la crítica, por ejemplo respecto del estudio del intelectual actual, y que se traduce en la dicotomía entre aquellos que se supone quieren resguardar su lugar de privilegio y aquellos que, también se supone, dicen ser los verdaderos interlocutores del pueblo; en definitiva, aquellos que se aferran a la tradición del intelectual moderno (aristócrata y mesiánico) y los que lo deslegitiman argumentando su anacronismo e inoperancia en la sociedad posmoderna.

términos conceptuales y representacionales propios del pensamiento moderno iluminista, clasificando las proposiciones actuales en modernas – nostálgicas - y posmodernas – realistas -. Reducir los trabajos de Benjamin y Adorno a esta oposición irreconciliable obstaculiza no sólo una eventual discusión acerca del intelectual contemporáneo, sino también la de la acción general de las disciplinas que se dedican a la producción del pensamiento.

En este sentido, quizás no sea tan absurdo detenernos en el epígrafe que encabeza este último apartado, que sugiere directamente que recordar el pasado no significa su repetición mimética. Me pregunto si no es acaso la obsesiva búsqueda de novedad, heredada también de la modernidad, la que provoca ese inexplicable terror a pensar en el pasado. Esa misma reticencia me condujo a sospechar de un texto que sin saberlo incluía una posible respuesta. Incluso su título, “Las formas del honor”¹⁶¹, parecía inducir al rescate de una edad dorada del sujeto intelectual que poseía un código conductual y valórico que se había perdido. Sin embargo, una lectura detenida y más atenta me permitió comprender que ese era un ejercicio con el que Sarlo revisaba el ayer, pero para que los peligros de la actualidad no nos condenaran nuevamente a la instrumentalización del pensamiento.

Este escueto y singular artículo¹⁶² es un texto bastante decidor, ya que, por una parte, puede percibirse en él en forma explícita y casi intencionada el fenómeno de la identificación entre este sujeto intelectual abstracto y teórico y la propia condición intelectual de Beatriz Sarlo. Pero por otra, también podemos verificar el surgimiento y la construcción de una máxima moral que para algunos podría constituir otro antecedente probatorio de la contradicción del

¹⁶¹ Sarlo, Beatriz: “Las formas del honor” en: *Tiempo presente. Notas sobre el cambio de una cultura*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2001.

¹⁶² Es interesante añadir que este artículo, que no alcanza a cubrir las dos páginas de extensión, se encuentra reunido en un capítulo del libro *Tiempo presente* dedicado al intelectual. Allí se agrupan cuatro textos escritos entre 1994 y el 2000, en los que se comentan y discuten muchos de los asuntos que han preocupado a Sarlo a partir de su interés por la figura del intelectual, en su país y en términos universales. Es importante recalcar que todos estos textos fueron producidos durante o después de la escritura de *Escenas de la vida posmoderna* y, por lo tanto, serían portadores de la posición que ya Sarlo había tomado en aquel libro. Además, pueden ser considerados como el correlato de su escritura libresca o formal, sobre todo “¿La voz universal que toma partido?” que fue escrito el mismo año que el libro, y dos de los artículos que serán comentados aquí, “Las formas del honor” y “Retomar el debate”, de 1997 y 1996 respectivamente. De alguna forma, en estos textos se puede advertir la utilización voluntaria de una estrategia de intervención cultural masiva que le permitió (y permite) a la autora socializar y difundir a gran escala, aquellos postulados y proyectos teóricos que había ido configurando en sus libros. Sobre todo teniendo en cuenta que estos artículos fueron publicados no sólo en revistas especializadas como *Punto de vista* o la *Revista de crítica cultural*, sino también en el diario *Clarín* de Buenos Aires.

proyecto sarliano. Este artículo, que encabezó en el año 2001 la serie “Intelectuales” del libro *Tiempo presente*¹⁶³, es un documento bastante particular porque en él la autora se hace cargo abiertamente de la construcción del sentido y, de una manera casi combativa, se define como una detractora del fragmentarismo posmoderno. En “Las formas del honor”¹⁶⁴ Beatriz Sarlo explica que el conflicto del intelectual no sólo tiene su origen y ejerce sus consecuencias en el ámbito de la praxis cultural (simbólica e ideológica) y en la cada vez menor influencia que los intelectuales ejercen en el campo social, sino que puede concebirse como un cambio en las consideraciones de una ética social. Para ella el ‘honor’ era un concepto que en las sociedades aristocráticas sólo convenía a categorías de sujetos y siempre implicaba “*el sometimiento a una esfera exterior a la voluntad, [de] los deseos e intereses subjetivos*”¹⁶⁵. Por el contrario, dirá que hoy no es este ‘ethos’ foráneo el que define esa noción de ‘honor’, sino que éste se construye más bien independientemente de las máximas sociales y de sus determinaciones, aún cuando afirma que estos conceptos no han desaparecido del todo, sino que, al contrario, se han modificado en función de nuevas exigencias culturales y sociales. De esta manera, en términos empíricos, el honor habría mutado en ‘decencia’ y, en términos subjetivos, en ‘honestidad’. Luego de recurrir a la genealogía para dar cuenta de la transformación del concepto de honor, y por extensión para afirmar que los sistemas de valores como propiedades simbólicas sufren esas transformaciones evidentemente, Sarlo da un salto hacia el presente y nos enfrenta a la pregunta acerca de una moral particular para intelectuales. Pregunta que, bajo la lógica del terror al pasado, podría sumergirnos en el descreimiento: ¿una moral para intelectuales? Para aquellos que probablemente creen que la caída de los grandes relatos implica la disolución cabal de aquellos sistemas de valores dispuestos por la modernidad, quizás esto suene a aberración. Sin embargo, Sarlo se hace cargo de su planteamiento y vuelve sobre los trabajos del intelectual en tiempos de crisis y desequilibrio. Para Sarlo hoy ya no es el momento de construir una moral para intelectuales, pero el carácter público de su accionar práctico quizás exige el

¹⁶³ Ibid.

¹⁶⁴ Ibid.

¹⁶⁵ Ibid. pág. 195

tomar una cierta posición. Deja en claro que la posibilidad de una moral ‘universal’, homogeneizante y moderna, hoy ya no es posible, pero en el contexto del relativismo valorativo es necesario aclarar ciertos puntos. Es aquí cuando Sarlo expone su sentencia, un juicio que se desprende del estallido de las formas de legitimación externas. Para ella los intelectuales son ciudadanos que poseen un privilegio que es:

“el uso vocacional del tiempo para trabajar con materias que, producidas por otros intelectuales o por el pueblo, tienen en su base las marcas históricas de grandes esfuerzos colectivos y suponen formas de dominación. Este privilegio, en mi opinión, impone deberes”¹⁶⁶

Luego de esto, expone cuáles serían aquellos deberes imprescindibles. Éstos son básicamente dos, vinculados ambos no sólo al carácter crítico de la labor del intelectual, sino también a su capacidad y responsabilidad autocrítica:

“el trabajo bien hecho es ir en contra de lo que se cree seguro o conveniente y *examinar las certidumbres propias con la misma pasión con que se juzgan las de los otros*” (...) Existe también otra forma del deber moral: la que proviene del hecho que los intelectuales sean, en sociedades despiadadas en lo económico y cultural, quienes estén probablemente bien colocados para *mostrar la complicidad de ellos mismos* y la responsabilidad del poder respecto de las diferencias materiales y simbólicas.”¹⁶⁷

De esta manera, a través de la lectura de este pequeño texto, podemos llegar a dos conclusiones bastante importantes. La primera está relacionada con el ejercicio de la rememoración. Aparentemente, en su artículo Beatriz Sarlo sólo se estaría haciendo cargo de una problemática que la lleva a hurgar en el ayer con el fin de restituirlo. Sin embargo, ese rastreo supera, creo yo, las tentaciones de la reproducción de la ‘edad dorada intelectual’. Antes

¹⁶⁶ Sarlo, Beatriz. Op. Cit. pág. 196.

¹⁶⁷ Ibid. pág. 197. El subrayado es mío.

bien, se trata de un ejercicio que puede ser interpretado como de aprendizaje en la escritura misma y que tiene como objetivo el ‘no olvido’ y el planteamiento de ciertos desafíos constructivos. El análisis genealógico del término ‘honor’, le permite a Sarlo precisamente, develar el movimiento histórico del discurso ético – moral y con ello revisar su contexto vivo para superar tanto los errores autoritarios del pasado como los peligros del relativismo del presente.

La segunda conclusión, tiene que ver con la presentación de un discurso autocrítico. Existen algunos escritos sarlianos que no se están incluidos en su producción ‘canónica’¹⁶⁸ que creo, sin embargo, que pueden ser considerados altamente importantes, ya que constituyen, en mi opinión, correlatos claves para comprender el proyecto total de la autora. Esto porque se comportan como plataformas teórico – ideológicas que permiten profundizar, de una parte, pero también especificar y explicar ciertas nociones o conceptos desarrollados en aquellos textos reconocidos, de otra. Es decir, funcionan como notas que terminan y comentan, en espacios de divulgación incluso tan masiva como los textos del canon, aquellos dichos que a veces han despertado polémicas inconducentes. Un buen ejemplo de ello es el texto que acabamos de revisar, en el que se puede comprender que la vocación de su proyecto sí considera, y de manera fundamental, el gesto de autocritica. Cuando la autora expone que para ser un intelectual es necesario hacerse cargo de la responsabilidad de mostrar las propias complicidades con el poder y de *“examinar las propias certidumbres con la misma pasión con las que se juzgan las de los otros”*¹⁶⁹, precisamente pone de manifiesto que ése es un deber moral del intelectual de hoy y de ella misma. Por lo tanto, creo que una lectura acuciosa de su trabajo, podría evitar reduccionismos y generalizaciones que provocan una tendencia a juzgarla como una defensora del pasado y de sus propios privilegios.

Otro elemento que reafirma el carácter autocrítico y también dialógico de la propuesta sarliana es, precisamente, su capacidad para establecer redes de comunicación entre su discurso y el de los otros. Prueba de esto no es sólo el

¹⁶⁸ Aquí me refiero a los libros que ella ha publicado a lo largo de su carrera. Muchos de ellos con varias ediciones y reimpressiones. Con los textos ‘menos reconocidos’, me estoy refiriendo a aquellos textos que se han publicado en revistas especializadas, en diarios o que integran compilaciones menos distribuidas. Hago esta diferencia, pues percibo que de los críticos de Beatriz Sarlo, no son muchos lo que manejan a cabalidad su bibliografía, lo que imposibilita en muchas ocasiones lecturas que se ajusten a su propio proceso de configuración de un proyecto teórico – ideológico.

¹⁶⁹ Sarlo, Beatriz. Op. Cit. pág. 197.

hecho de la explicitación de esta estrategia en sus textos convencionales, sino también la utilización de las maniobras que su propia perspectiva situada le permite llevar a cabo. Tácticas prácticas, por ejemplo, como la de hacerse un espacio de reconocimiento y legitimación en revistas del tipo de la que ella misma dirige. O en otras académicas y / o institucionales, o en los diarios *Página /12* y *Clarín*, medios en los cuales no sólo le es posible revisar y analizar la actualidad, sino también establecer redes de intercambio crítico con otros textos de intelectuales y académicos¹⁷⁰. Es precisamente a una de estas estrategias a la que ahora quiero referirme para retomar el debate en torno a las críticas que la autora ha recibido.

Dos años después de la edición de *Escenas de la vida posmoderna*, libro que, como ya sabemos, ha sido el más difundido y vilipendiado de Sarlo y que ha intervenido de manera fundamental en el campo intelectual y cultural en Argentina y en Latinoamérica, la autora comenzó a obtener respuestas. Algunas se instalaron en la esfera del mero comentario libresco en revistas especializadas, otras en forma de reseña en magazines y sitios virtuales. Sin embargo hubo otras que rebasaron el espectro periodístico para instalarse, en definitiva, en el marco de la discusión que la autora había abierto con este texto. De ahí que tengamos noticia de la crítica de Andrea Pagni y Erna Von der Walde, así como también la de Patricia D'Allemand¹⁷¹, Horacio González y,

¹⁷⁰ Aunque el argumento pueda ser considerado poco ortodoxo, me gustaría aquí hacer mención a una experiencia de índole personal que puede confirmar el carácter o voluntad dialógica, no sólo del trabajo escritural - teórico de la autora, sino también de su propio posicionamiento vital. Cuando la visité para hacer la entrevista y ésta ya hubo terminado, le pedí algunos datos que pudieran orientarme para encontrar análisis críticos de su trabajo. Ella, sin miramientos, me dio los nombres y correos electrónicos de un par de autoras que se habían hecho cargo de sus escritos, en Alemania e Inglaterra. Entre estas autoras se encontraba Andrea Pagni. De esta manera, ella me condujo hacia uno de los territorios en que la crítica no necesariamente podría ser calificada como complaciente u hospitalaria. No me queda más que pensar que este acto no puede ser atribuido a un sujeto que no desea establecer diálogos frontales con discursos diversos.

¹⁷¹ Al principio de este trabajo pude darme cuenta de que no contaba con un registro exacto de la bibliografía crítica de Beatriz Sarlo. Incluso investigando en la biblioteca del congreso estadounidense, no era posible encontrar más que reseñas de poco interés teórico. Sin embargo, luego de la entrevista con Sarlo pude acceder a dos nombres fundamentales. Uno de ellos era el de Patricia D'Allemand que, desde Inglaterra, ha dedicado varios trabajos a la autora porteña. De hecho en el año 2001 editó un texto muy interesante en el que realiza una revisión de ciertos autores que reconoce como los gestores y constructores de un campo intelectual latinoamericano. Además de analizar las figuras y propuestas de José Carlos Mariátegui, Ángel Rama, Cornejo Polar, entre otros, considera a Beatriz Sarlo como una de éstas que, en la actualidad, continúa la herencia crítica del conglomerado. Su premisa básica es que todos estos sujetos, desde sus propias particularidades locales y nacionales, han contribuido en la construcción de conocimiento crítico independiente del pensamiento central y en la resignificación de la producción literaria y cultural a partir de la pluralidad y heterogeneidad, veladas por el voluntarismo unificador de ese pensamiento metropolitano. Así, para D'Allemand Sarlo se configura como una voz innovadora y

en el ámbito de la crítica feminista, de Jorgelina Corbatta¹⁷². Dos de estas manifestaciones críticas fueron asumidas por Sarlo en su artículo “Retomar el debate”, publicado por primera vez en el número 55 de la revista *Punto de vista* (1996), donde comenta, analiza y cuestiona las críticas de Pagni y Erna Von der Walde y Horacio González¹⁷³ respondiendo con ello a la máxima del diálogo cultural.

A pesar de la contradicción que suponían ambas críticas, ya que la de González acusaba a Beatriz Sarlo de traición frente a los ideales de la resistencia y de una resignación acomodaticia – una postura netamente posmoderna – y la de Pagni / Von der Walde, como vimos más arriba, postulaban lo contrario, afirmándose en el carácter nostálgico de su trabajo - el posicionamiento moderno - , la autora enfrenta dialógicamente ambos cuestionamientos explicando que existen ‘salidas’ ante los juicios que acusan a sus propuestas de inmovilidad. Respecto de la denuncia de González, Sarlo introduce un concepto muy interesante, que creo importante de destacar. Incorporando el concepto de ‘uso adaptativo’ que desarrolla Michel de Certeau en su texto *The practice of everyday life*¹⁷⁴, Sarlo construye un aparato que le permite desestabilizar el juicio de González en términos de su rigidez. Explica que su posicionamiento frente al nuevo estatuto del campo cultural y social, podría definirse en términos de un ‘uso desviado’; un modelo insurreccional frente a las indicaciones institucionales que impone la cultura. En la forma literaria en que lo expone de Certeau, esto significa la existencia de un tipo de lector que siempre está dispuesto a transgredir el camino que intenta asignársele. Sarlo interpreta y usa esta fórmula de lectura como una nueva

constructiva que enfoca específicamente su trabajo en la realidad porteña y cuyo mayor aporte es superar las posiciones latinoamericanistas de los años setenta y proponer la alternativa de un análisis que permita la conexión entre cultura y política, entre producción cultural periférica y metropolitana, entre discurso literario y discurso nacional, entre otros. Vid. D’Allemand, Patricia. “Beatriz Sarlo: por una lectura de la pluralidad” en: *Hacia una crítica cultural Latinoamericana*. Berkeley, Latinoamericana editores, 2001.

¹⁷² Jorgelina Corbatta es una crítica feminista argentina que también se ocupa de la producción teórica de Beatriz Sarlo. En el segundo capítulo de su libro *Feminismo y escritura femenina en Latinoamérica*, Corbatta realiza un análisis diacrónico del trabajo de la autora con el fin de desentrañar su aporte como presencia central de la resistencia frente a la dictadura militar en Argentina y, en sus propias palabras “Quizás la figura más influyente dentro de la escena intelectual entre los años sesenta y la actualidad”. Vid. Corbatta, Jorgelina. “Lo que va de ayer a hoy” en: *Feminismo y escritura femenina en Latinoamérica*. Buenos Aires, Corregidor, 2002. pp. 41 - 42.

¹⁷³ González, Horacio: “Perspectivas de la crítica cultural. Sobre Escenas de la vida posmoderna de Beatriz Sarlo” en: *Espacios*, n° 16, Julio – Agosto 1995, Buenos Aires, Publicación de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

¹⁷⁴de Certeau, Michel. *The practice of Everyday Life* (trad. de *Arts de faire*), Berkeley, University of California Press, 1984.

estrategia de insurrección intelectual, y sentencia que, en este sentido, el ‘uso’ no necesariamente significa cumplir el mandato sino, con frecuencia, subvertirlo. De esta forma la argentina defiende su proyecto aludiendo al carácter subversivo que implica el instalarse desde el uso pervirtiendo el orden, corroyéndolo desde sus propios ejes generativos. Según esto, entonces, para Sarlo el intelectual deja su aura profética y se convierte en un sujeto que halla en los territorios de la imposición, tácticas de rebelión y en los de uniformidad, mezcla. Además, expone que para ella es imposible dejar de incorporar a las instituciones porque reconoce en ellas, y en el análisis de las mismas, uno de los puntos articuladores del movimiento de configuración cultural y porque es precisamente el conflicto entre instituciones lo que permite el dinamismo social y la generación cultural.

Por otro lado, respondiendo a las imputaciones que recibe de Andrea Pagni y Erna Von der Walde, Sarlo retoma el debate que he estado tratando de elucidar a lo largo de varias páginas: el problema de la contradicción vital del intelectual, de su apego al mesianismo y aristocracismo modernos. La salida que construye para deshacerse nuevamente del determinismo de sus críticas, posee un eje fundamental referido a la inoperancia, para el caso de su trabajo, de la noción de ‘nostalgia’. Beatriz Sarlo dice no sentirse representada por el calificativo ‘nostálgica’, ya que si así se comportara, destruiría toda su propuesta teórica. Esto porque ella piensa que la cultura occidental – a la que pertenece – es un producto de la interacción entre instituciones y experiencias. Por lo tanto, si sólo tuviese como objetivo restituir el pasado en el presente, estaría anulando esa premisa en la medida en que instituciones y experiencias no son conceptos históricamente inmóviles. No sólo eso, sino que, afirma, la definición del término nostalgia se ajusta poco a las bases de su programa. Si entendiésemos nostalgia como ‘un querer involucionar el presente’ o ‘buscar reconducir las condiciones del presente a las del pasado’, estaría invalidando toda posibilidad de creer en el proceso de construcción de cultura. Sin embargo, el argumento más contundente para enfrentarse a la nostalgia es el que dice relación con la imposibilidad de añorar ser algo que nunca se fue:

“Pagni y Von der Walde opinan que esta es una posición nostálgica propia de intelectuales que estaríamos extrañando un lugar que

hemos perdido para siempre: el lugar de mentores y profetas. Ésta, es sin duda, una de las figuras clásicas del intelectual, pero hace ya por lo menos treinta años que entró en crisis, fueron los años de la nueva izquierda los que sepultaron, casi al mismo tiempo, a Martínez Estrada y a Sartre. Mi generación, que fue la de la violencia de los años sesenta y setenta, ya no tuvo a esa figura como modelo (...). Difícilmente se extraña aquello que no se tuvo nunca la posibilidad de ser. No hay nostalgia para ese lado (...) Pero entonces, ¿hay nostalgia? O mejor dicho, ¿hay elementos en el pasado que no parezcan invariablemente peores que lo que se encuentra en el presente? ¿Todo juicio que no afirme que el pasado fue peor es nostálgico?¹⁷⁵

Por último, ella añade que no desea ser quienes fueron sus antepasados, pues está segura de que hoy los intelectuales saben más y tienen más herramientas para enfrentarse al mundo en el que se encuentran insertos.

“Retomar el debate”¹⁷⁶ culmina sorpresivamente con una readecuación de la definición de intelectual que Sarlo había dado en las *Escenas*. Una redefinición que me parece necesario considerar, puesto que, por un lado, en sus mismas palabras, fue algo que le faltó incorporar en su libro¹⁷⁷ y, por otro, porque se vuelve totalmente contingente a la discusión que aquí estamos presentando. Para Sarlo el intelectual de hoy ya no es el profeta, pero tampoco es el intérprete que:

“simplemente traslada los valores de un lado para otro con el objeto de que la gente que cree en valores diferentes, en lugar de pelearse, se comprenda. El intelectual, como el ciudadano, es parte de ese conflicto de valores y defiende valores, aunque, al mismo tiempo,

¹⁷⁵ Sarlo, Beatriz: “Retomar el debate” en: *Tiempo presente. Notas sobre el cambio de una cultura*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2002. pág. 225

¹⁷⁶Ibid.

¹⁷⁷ En La entrevista realizada en el 2004, y a propósito de la discusión acerca del intelectual, Beatriz Sarlo afirmó que le hubiese gustado incorporar en la caracterización del intelectual de hoy su esencia ciudadana. Dijo que era imposible readecuar el texto, puesto que ella no cree que eso le haría bien al libro. Sin embargo, si pudiese cambiar algo de las *Escenas de la vida posmoderna*, sería el hecho de ‘nombrar’ al intelectual de hoy como el ‘intelectual ciudadano’.

tenga respecto de esos valores una perspectiva relativista (que implica una primera valoración de base si no entiendo mal el relativismo)”¹⁷⁸

¿Esto es nostalgia?. El nombrar, por ejemplo, en este caso la palabra ‘ciudadano’ nos hace necesariamente establecer un pacto con las perspectivas del pasado moderno o incluso con las de la democracia de Pericles? ¿O es que no existe hoy otra posibilidad de experimentar nuestra vida social si no es como consumidores?

En las páginas que preceden he dejado hablar a mi sujeto - objeto de estudio para que sea ella misma la portavoz de su propia defensa. Sin embargo, ahora, sin poder evitarlo, se me hace imperativo tomar partido.

Si bien aludir al pasado hoy podría significar negociar con los fracasos del ayer, este gesto no implica necesariamente ni el querer restituirlo ni el convertirse en agente de una traición. Si continuamos leyendo el programa de Beatriz Sarlo desde la cómoda lógica de la sospecha inconducente, es probable que no logremos más que un perfecto ejercicio de desconstrucción. Creo que lo importante es desembarazarse de ciertas premisas, convertidas hoy día en un nuevo monólogo, el de la contradicción, y rescatar aquellas propuestas que suspenden las polémicas intramuros. Considerar aquellas que entienden el quehacer del intelectual como un ejercicio teórico, pero también político – constructivo, que permite el avance de nuestras sociedades atrapadas en el entumecimiento sostenido por grupos hegemónicos que perpetúan un sistema artificioso, sostienen la desigualdad y se benefician del silencio generalizado. Propuestas que más que dar respuestas nuevamente monológicas, propongan perspectivas para ver.

No es menos cierto que muchos de los que alguna vez se alzaron como las figuras centrales en la construcción de nuestras identidades nacionales y en el sostenimiento y desarrollo de nuestras culturas, y que para ello desafiaron o pactaron con el poder, cometieron errores, pero hoy es nuestra responsabilidad releerlos, enmendarlos y superarlos, ya que como dice Sarlo, los intelectuales poseen en la actualidad una mayor cantidad de herramientas y estrategias para enfrentar el presente. Uno de los instrumentos que hoy se encuentra a nuestra

¹⁷⁸ Sarlo, Beatriz. Op. Cit. pág. 228.

disposición es, precisamente, la capacidad de ver hacia atrás y no olvidar que aún queda mucho por hacer y que uno de los ejes fundamentales para la acción es la creación de espacios de 'diálogo cultural', en los que el intelectual se posicione, se sitúe para articular las voces del pueblo, las instituciones, de los otros intelectuales y la suya propia.

Es por todo esto que la figura del intelectual sarliano - que es ella misma - representa una posibilidad perfectible, pero oportuna, que se ajusta a las necesidades y exigencias de nuestro contexto. No sólo porque a través de su discurso nos permite comprender teóricamente un estado de cosas, nos ofrece diagnósticos lúcidos e interesantes, sino también porque realiza un ejercicio bastante infrecuente hoy, el de hacer de la teoría una praxis viva.

Al contrario de muchos intelectuales instalados en la academia¹⁷⁹, que hablan desde los supuestos epistemológicos dominantes¹⁸⁰, la figura que ella representa es la de un sujeto intelectual situado, que reconoce su momento histórico, que es capaz de tomar cierta distancia y que se asume a sí mismo como un individuo que 'usa' adaptativamente las posibilidades que éste le entrega a la vez que vive las experiencias que le ofrece. Asimismo, es capaz de actuar y hacerse cargo de los desafíos que su contexto vivo le impone, usando sus habilidades para construir lenguajes idóneos y no instrumentales y que se adueña críticamente de las estrategias y canales que descubre a su alrededor para develar aquellas marcas que contienen las injusticias que se

¹⁷⁹Según las informaciones que intercambiamos en la entrevista ya mencionada, tuve noticia de que la autora había dejado la cátedra que hasta el momento daba en la Universidad de Buenos Aires. Este hecho no es menor si tomamos en cuenta las afirmaciones que aquí se presentan. Esta intelectual dijo haber dejado la academia por cansancio y por renunciar a fosilizarse en ese espacio y convertirse en un monumento al que levantarán un busto. En este sentido, ella apuesta por salir, por utilizar los medios, sobre todo los escritos: *"Yo sólo elijo intervenir fuertemente en los medios de comunicación escrita, creo que ese es el lugar más hospitalario para el intelectual, el mejor lugar."* *"Si quiero intervenir, intervengo en la prensa y después eso rebota..."*. Entrevista realizada en Abril del 2004. De esta manera se puede apreciar que Sarlo abandona el territorio intramuros para ocupar el lugar que le corresponde de acuerdo a la responsabilidad social que ella misma como intelectual ha asumido.

¹⁸⁰ A este respecto, es interesante incorporar una reflexión que surgió en la entrevista acerca de la escritura de *La pasión y la excepción*: "en un artículo publicado por un brasileño en este número de *Punto de vista*, el autor cita una frase de Hannah Arendt de sus conferencias sobre Kant. Allí – en la cita – ella dice que, "para poder entender, la imaginación tiene que salir de viaje, es decir, tiene que ir hacia los materiales, ser hospitalaria con ellos y permitir que entren. Esto significa, en primer lugar, *no confiar en el lugar de la enunciación que se afirma y ajusta a un sistema de valores y principios, o a ciertos métodos*, sino dejar que la imaginación salga de viaje, porque de éste se recogen las fotografías". Este frase tan linda de Arendt, me dio una clave para comprender el por qué ese libro había sido escrito de ese modo (refiriéndose a *La pasión y la excepción*). El subrayado es mío. Ella cita aquí el artículo de Odilio Alves Aguiar. Vid. Alves Aguiar, Odilio: "Pensamiento y narración en Hannah Arendt" en *Punto de vista* n° 78, Buenos Aires, Abril, 2004.

debieran redimir. En contraste con estos mismos intelectuales, que se acomodan en el borde – en el *in beetwen* – y que así permanecen en el territorio intramuros, el intelectual sarliano renuncia a la especificidad de su propio campo y su labor, no sólo en lo que a temas o contenidos se refiere, sino que también en relación a los materiales que usa para sostener su perspectiva asumiendo la responsabilidad de hablar no sólo por la ciencia o por el pueblo, sino también por sí mismo y armándose de ese nuevo lenguaje que le permite adquirir la condición de ‘bisagra’ y articulador en el espacio de su intervención. Redefine con ello el concepto de autonomía relativa del campo intelectual¹⁸¹, ya que este sujeto apela al Estado y le recuerda ciertas funciones y tareas que hoy está dejando de lado, apela a las instituciones, a la gente y construye espacios de comunicación con otros intelectuales, en los que se contacta tanto con sus socios como con sus detractores. Hoy, cuando la crítica se ha vuelto a separar de la creación, cuando el artista – intelectual ha vuelto a su taller y ha adoptado un lenguaje críptico para no volver a ser censurado, surge una voz que nos alerta del peligro de la automarginación. El intelectual sarliano, entonces, presenta una figura que, si bien se distancia y establece límites claros respecto de las instituciones y el poder, tampoco renuncia a su tiempo instalándose en la torre de marfil, sino que se perfila como el ‘articulador’ capaz de movilizar el diálogo cultural de que hablamos.

Desde esta perspectiva, surgen dos elementos que son claves para la definición del intelectual que estamos exponiendo. Dos, podríamos decir, características o actitudes que, si por un lado reivindican las críticas hacia el

¹⁸¹Aquí me refiero al concepto de autonomía relativa que desarrolla Pierre Bourdieu; concepto que se refiere al grado de relación que establece el intelectual respecto de la esfera pública, al campo intelectual y a su concepción de creador de una obra de arte. Como ya sabemos el momento de máxima autonomía (ideológica) tiene lugar en el siglo XIX, en el caso de Latinoamérica proyectada en la figura de un Darío que se margina de la posición intervencionista en el campo cultural (sabemos, sin embargo, que esa posición se hizo insostenible. Prueba de ello, son sus últimas producciones, que representan su regreso a la vida social. Un texto fundamental que demuestra esta imposibilidad de autonomía ‘ideológica’ es el Prefacio a los *Cantos de vida y esperanza*. Cfr. Rojo, Grínor: “Teoría crítica en la vuelta de aquel otro siglo: Gutiérrez Nájera, Martí, Darío y Rodó” en: *Revista Chilena de Literatura*, en prensa. Hoy, guardando las proporciones que nos obliga a tomar el contexto histórico en que nos encontramos, podríamos reconocer que la especialización y el trabajo académico ha tendido a maximizar su grado de autonomía respecto del campo. Lo que aquí se plantea respecto a la condición y función del intelectual representadas por Beatriz Sarlo es, precisamente, una reformulación del concepto, en tanto no involucra la instrumentalización del campo intelectual, pero tampoco el grado de la autonomía ideológica, si no más bien su readecuación en la forma del articulador, el intelectual, como se dijo más arriba, ‘bisagra’. Vid. Bourdieu, Pierre: “Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de una concepto”, trs. Alberto de Ecurrida, Ramiro Gual, Violeta Guyot, Jorge Dotti y Néstor García Canclini, Buenos Aires, Montessor, 2002.

sujeto sarliano, por el otro, permitirían la superación de ciertas categorías que parecen determinar y subsumir la tarea del intelectual de nuestro tiempo.

En primer lugar, está la cuestión de la autocrítica. Capacidad opacada por la herencia de una tradición más bien monológica e idealizadora del sujeto intelectual, es una facultad que posibilita, precisamente, la desmitificación de la figura del redentor o profeta a la que se refieren algunos académicos y críticos. Un individuo que acoge la posibilidad de la autocrítica, se convierte en un ciudadano creíble en términos sociales y que asume sus responsabilidades históricas, no solamente respecto del pasado, sino también respecto del presente, integrando a la construcción de un nuevo proyecto los aprendizajes de los descuidos de los otros, pero también los que surgen de las propias digresiones, pactos y contradicciones. Un efecto del compromiso con esta actitud autocrítica puede verse materializado, por ejemplo, en el proyecto sarliano al que podemos considerar, como se dijo en los primeros capítulos de este trabajo, como un proceso escritural que construye en el descubrimiento de aciertos y desaciertos, los caminos para la construcción de un sujeto intelectual¹⁸².

La otra actitud que me gustaría destacar para los efectos antes mencionados, es la del elitismo que puede o no asumir el intelectual hoy y que reedita, como se planteó al inicio de este apartado, la lógica binaria que representan las lecturas acerca de los posicionamientos teóricos de Adorno y Benjamin. Hoy esta se traduce en la crítica al sujeto que pretende reanimar su posición moderna y, por otro lado, que defiende aquello que hoy se nombra como 'alta cultura'. Sin embargo, creo que esa categorización alta – baja

¹⁸² Para sostener estas declaraciones hay que recordar y exponer dos eventos fundamentales. En primer lugar, el que se refirió en el capítulo que abordaba el texto *Escenas de la vida posmoderna*. Cuando introduje ese apartado mencioné que la escritura de ese libro habría surgido de una readecuación de las premisas que habían sostenido la *Modernidad periférica*, pues la autora había afirmado en la entrevista que ésta última se habría originado sobre el supuesto de un deseo que apoyaba una idea equivocada. Este acontecimiento reivindicatorio le habría permitido reconstruir su proyecto sobre la base del reconocimiento del pasado, pero entendiendo que éste no podía mimetizarse en el presente. Descubrimiento que la facultó para reestructurar su programa y elaborar uno que se ajustara a las exigencias de su contexto y su quehacer. El otro evento que me gustaría anotar aquí es uno bastante reciente, del que tuve noticia en diciembre del 2004, cuando leyendo *Punto de vista* supe de la separación del grupo editor originario de esta revista que Sarlo dirige. En la editorial del número 79, correspondiente al mes de agosto, se reseñaban las razones que explicaban esta disgregación, pero además, se incluían las cartas de renuncia de Carlos Altamirano, Hilda Sabato y María Teresa Gramuglio. Este acto, que podría parecer uno de exhibicionismo, por el carácter respetuoso pero evidentemente polémico de las misivas, expone a la directora de la revista públicamente y permite interpretar el hecho como uno de autocrítica travestida en las voces de otros.

cultura hoy está puesta en tela de juicio y más si pensamos que cuando Sarlo la utiliza lo hace más bien como una excusa para que no olvidemos la carga residual de una tradición que no ha muerto. Probablemente la posibilidad de superación de esta actitud está frente a nuestros ojos y es velada por las tentaciones de otro tipo de elitismo de corte académico. Como una alternativa a esto, hoy nos encontramos frente a figuras que, además de recordar el pasado para no repetir sus fallas, se hacen cargo de los cambios y modificaciones simbólico – discursivas del presente. A este respecto, incluso Sarlo se defiende y, a raíz del problema de la massmediatización del discurso crítico, dice en la entrevista que le hicimos:

“Yo no tengo una posición aristocrática frente a eso. Tengo posiciones vanguardistas en muchos campos, pero respecto a la utilización y difusión de mi discurso, no tengo una posición aristocrática, en el sentido de decir que lo encuentro un horror. No voy a difundir mi proyecto a la televisión, excepto cuando saco un libro porque si no la editorial te mata, y si es que voy a la televisión es bajo la condición de que me van a dar mucho tiempo y no me van a cortar. Participo más en la radio, porque en la Argentina hay muchos programas y además, los periodistas son buenos, un poco más. Yo elijo intervenir fuertemente en los medios de comunicación escrita, creo que ese es un lugar hospitalario para el intelectual (...)”
 “(...) Yo no tengo una posición aristócrata frente a eso, a mí no me desespera que se hable de campo intelectual o zapping televisivo. Si las ideas pasan a la sociedad, la sociedad las activó. Yo tengo una perspectiva discursionista y democrática.”¹⁸³

Es probable que no nos hallemos tan lejos de una salida. El intelectual de hoy no debe ni puede permitirse el no ver con los ojos de un contemporáneo el presente de su propia actualidad y a eso le hemos llamado el intelectual situado y articulador, aquel que es capaz de usar subvirtiendo las herramientas que le concede su propio contexto vivo para construir los espacios del diálogo cultural.

¹⁸³ Entrevista del 2004.

Conclusión

Al finalizar este arduo trayecto, en el que creemos haber puesto de manifiesto las características centrales y algunas particularidades del programa teórico de Beatriz Sarlo, así como también su proyecto respecto a la figura del intelectual, se torna estrictamente necesario intentar algunas conclusiones. De todas formas, debemos subrayar que nuestras conclusiones eludirán la síntesis iterativa y propondrán, en cambio, un recorrido por el trayecto del texto fijándose especialmente en aquellos puntos que merecen ser destacados o que constituyen el origen para una discusión futura más amplia.

Para hacer más elocuente esta revisión, la ordenaré en función de dos líneas de análisis. En primer término, consideraré las contribuciones que este trabajo hace en relación a la investigación misma acerca del proyecto sarliano y, en segundo lugar, me detendré en los efectos colaterales que un trabajo como este podría llegar a tener en el marco disciplinar de los estudios culturales latinoamericanos y en el análisis actual acerca de la figura y función del intelectual de nuestro continente.

Respecto al primer punto, y en lo que se refiere específicamente al aporte concreto que hemos hecho al conocimiento del trabajo de Beatriz Sarlo, creo que esta investigación constituye una contribución porque puede considerársela como un primer análisis completo y exhaustivo de su pensamiento. Si bien existen muchas reseñas y artículos que aluden en forma más o menos seria a su participación en el escenario de la crítica latinoamericana actual y a sus intervenciones mediáticas y librescas en ese campo, éstos siempre se encuentran subordinados o al abordaje de temas más generales o al análisis específico de alguna de las temáticas coyunturales que la autora afronta en sus textos. Esta tesis, por el contrario, intenta mostrar una visión más global y profunda sobre su proyecto, bajo la premisa de que el trabajo de un intelectual se configura como tal en la medida en que describe un proceso de construcción de programa que sintetiza una experiencia vital situada, sus seducciones teórico – ideológicas y el desarrollo permanente de una reflexión. En este mismo sentido, nuestro trabajo intenta revalidar la idea de que los textos, como producción simbólica e ideológica, pueden ser

concebidos como cuerpos que representan la subjetividad de un individuo que vive de manera singular la experiencia de su tiempo. Es por ello que considera, precisamente, el trabajo de Beatriz Sarlo, como un proyecto en construcción, que puede ser interpretado como una manifestación particular que expresa la vivencia de los movimientos históricos, sociales, culturales e intelectuales de su contexto de enunciación. Este, podría decir, es un punto central en lo que a una eventual contribución se refiere, puesto que al concebir el objeto de estudio como un posicionamiento y/o una manifestación singular de la experiencia de la historia, se está no solamente asumiendo una opción teórica que redime la opción por la heterogeneidad, sino también una metodología respetuosa de la propuesta intelectual que se analiza. Esto se puede ver marcado en la forma o estrategia utilizada para examinar el proyecto teórico de Beatriz Sarlo. Si bien esa fórmula no constituye una innovación en sí misma, ni un descubrimiento relevante, lo que permite es, esencialmente, recordar que el análisis textual debe originarse en las propias exigencias y disposiciones que el objeto de estudio demanda y, a la vez, que la misma investigación requiere en la medida en que tiene lugar el proceso de escritura. Esto significa prescindir, en cierto grado por supuesto, de elaboraciones metodológicas *a priori*, y evitar, en consecuencia, el ejercicio de cazar al objeto en un marco teórico que lo inmoviliza y no le permite hablar por sí mismo.

En relación a nuestro propio quehacer como estudiantes o críticos en formación, éste podría llegar a ser un aporte porque nos invita a dos labores fundamentales. La primera es la de constituir un movimiento crítico que se resista a la repetición de propuestas ensayadas ya por autores avezados y consolidados y que, a partir del desarrollo de una creatividad particular, construya nuevas perspectivas de análisis cultural. Por otro lado, según pienso, es preciso abocarse a una tarea que ha sido proclamada por el discurso teórico pero que pocas veces expresa sus resultados en la praxis escritural. Esto es la labor de dejar hablar a nuestros objetos de estudio, de considerar las propias estrategias que ellos nos muestran para sumergirnos en los textos y desde ellos construir una plataforma teórica que de cuenta de su propia voz y de sus implicancias en el mundo. Un recatado ejemplo de esto en la investigación, fue la creación del concepto 'seducciones teóricas', puesto que la concepción de esta noción se encuentra arraigada a la necesidad de distanciarse de ideas

tales como 'influencias' o 'antecedentes teóricos' que, de alguna manera, remiten a un principio de subordinación y determinismo intertextual. Por el contrario, lo que se quería era conceder al fenómeno de la herencia teórica un grado de relativa autonomía que respetara la propia impronta del trabajo de Beatriz Sarlo. Así mismo, la estructura diacrónica que posee la investigación también es producto de esta certeza. En el momento de la proyección del trabajo, me di cuenta de que para comprender, analizar y aprehender el proyecto teórico de la autora era necesario hacerlo rescatando su propia trayectoria como intelectual. Esto porque reconocía que la construcción de la figura de intelectual se hallaba en estrecha relación con una búsqueda, por lo que no podía ser abarcada como un fenómeno estático, sino más bien como uno que se había concebido inicialmente en un pasado conflictivo y seguía permanentemente configurándose hasta la actualidad. Sin embargo, en cierto instante de la escritura ese imperativo de hacer hablar al texto también se vio interrumpido por la exigencia de soportar teóricamente el trabajo. El ejemplo más claro de ello se encuentra en el segundo apartado del capítulo dos, donde incluso explicito la necesidad que tuve de incorporar un sustento que diera fuerza a las afirmaciones que había estado contemplando. Fue entonces que adosé al texto ciertas perspectivas teóricas que me permitieron situar, en el marco de la crítica, el proyecto sarliano. De todas formas, había sido el objeto mismo y el propio proceso de escritura, los que recondujeron el devenir de la investigación.

También en relación al análisis del proyecto sarliano, mediante este trabajo pude llegar a la conclusión de que el proceso que vive la autora para construir una figura intelectual describe un recorrido en el que se enfrentan teoría y praxis o, en otras palabras, pensamiento y acción. A lo largo de la investigación pude darme cuenta de que su experiencia singular manifestaba los rasgos de una faena que se había iniciado quizás un siglo antes, cuando los padres de la crítica latinoamericana, Bello, Rodó, Martí, sólo por nombrar algunos, habían comenzado a preguntarse por la voz crítica de América Latina. En este sentido, podría afirmarse con cierta certeza que el trabajo de la autora argentina puede situarse en el marco de una tradición de, como dijera Pedro Henríquez Ureña, la búsqueda de nuestra propia expresión. Exploración, la de Sarlo, que si bien en ocasiones implica la tarea de un colectivo regional, pone

como centro de sus preocupaciones los avatares de un país específico y, por qué no decirlo, de una ciudad en particular: Buenos Aires. Porque no hay que olvidar que, como vimos en el primer y segundo capítulo de esta tesis, el conflicto que detona las preguntas de la autora, no sólo se refiere a la contradicción continental que le reprocha Rama al intelectual latinoamericano, sino que surge también de la experiencia de situaciones políticas, sociales y culturales que tienen lugar en la Argentina de su tiempo.

Ahora bien, en relación a los efectos adyacentes, o como hemos llamado más arriba 'colaterales' de este trabajo, quiero referirme a las contribuciones que pudiéramos haber hecho respecto a la figura del intelectual.

Como latamente explicamos en varias oportunidades en el desarrollo de la investigación, la figura del intelectual está en crisis y no faltan aquellos que proyectan su desaparición a mediano o corto plazo. Sin embargo, creo que en este mismo proceso de escritura se ha logrado por lo menos plantear la posibilidad de que ese no sea un hecho consumado, que existe una alternativa para reconstruirlo. Esto porque intelectuales como Beatriz Sarlo ponen a disposición de la ciudadanía una propuesta que intenta, a partir del reconocimiento de las propias fallas y errores del pasado, restituir la credibilidad de aquellos que no quieren ser los portadores de la verdad ni del monólogo del conocimiento, sino construir perspectivas para ver. De todas maneras, aunque a través de la exposición de la propuesta sarliana se haya abierto una posibilidad de acción, ello no significa que la polémica esté zanjada. En este sentido, como se insistió al inicio de este escrito, este trabajo pretende distender un diálogo más amplio que implique una verdadera preocupación nacional. Preocupación que, por lo menos en Chile, no encuentra espacio en las agendas de los nuevos gobiernos, del estado, de los nuevos y viejos ministerios, ni de las instituciones académicas. Quizás hago estas declaraciones desde la más crasa ingenuidad, sin embargo, uno de los objetivos más profundos de este trabajo es, precisamente, instalar esta problemática más allá de la realidad intramuros, incluso más allá de la ficción teórica. Probablemente, uno de los momentos en que se desarrolló con más fuerza esta idea en el trabajo, fue en el último capítulo. Allí, subrepticamente, se intentó abarcar el fenómeno de la crisis del intelectual desde una perspectiva más amplia, desde el diálogo entre el objeto de estudio y su

recepción crítica. El resultado de ese enfrentamiento fue la propuesta de un intelectual articulador, que funcionase como una bisagra mediando el encuentro entre instituciones, sociedad y viceversa. Pero, ¿de qué sirven esas conclusiones si ni las instituciones ni la sociedad tienen en carpeta la discusión? Vuelvo a pensar en mi ingenuidad, pero creo que trabajos como el que aquí presento pueden contribuir, aunque sólo sea en los territorios de la academia, a iniciar por lo menos un cuestionamiento interno. Claro, siempre y cuando, dentro de la academia se crea que es posible hacer algo al respecto y cuando, por ejemplo, el Estado chileno comprenda que facultades como la de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile debiesen constituir un centro de creación, desarrollo y difusión de pensamiento y acción.

En última instancia, quiero hacer mención a un punto que creo necesario subrayar y que también surge como una reflexión motivada por el último capítulo de la tesis.

Mientras llevaba a cabo el proceso de selección de los textos críticos acerca de la obra de Beatriz Sarlo, comencé a darme cuenta que muchos de los cuestionamientos hacia el trabajo de la autora estaban dirigidos al develamiento de la contradicción que en este se asomaba. Me refiero al carácter nostálgico y moderno del que varios autores acusaban al intelectual sarliano. Escogí, precisamente, los artículos de Vicente Lecuna y Pagni - Von der Walde, porque pensé que representaban de buena forma esa querrela y sintetizaban, cada uno a su manera, las visiones de otros que quedaban lamentablemente fuera. Cuando emprendí el análisis de sus textos, en primera instancia experimenté la duda, ya que sus constructos argumentativos y la subyacente metodología desconstruccionista que los caracteriza derrumbaban, aunque sólo en apariencia comprendí después, el proyecto de Sarlo. Sin embargo, luego de releerlos y también de re - visar algunos capítulos y artículos claves de la argentina, me di cuenta de que en ocasiones uno quiere ver lo que quiere o puede ver (y estoy dispuesta a hacerme cargo de la misma imputación). Pero además pude comprender una situación actual y proyectarla en dos direcciones. En primer lugar, este hecho que manifiesta el reiterativo enfrentamiento entre los considerados modernos y 'los otros', los posmodernos, no es más que la demostración de que, por lo menos, en el ámbito de la crítica cultural no hemos podido superar la tendencia hacia las

discusiones bipolarizantes. Esto corresponde a lo que podríamos llamar la nueva esencialización o la trascendentalización de la posmodernidad y todas sus categorías (sujeto fragmentado, periférico, excluido, imposibilidad del sentido, etc.). Y, por otro lado, este fenómeno se alza, creo yo, como uno de los obstáculos fundamentales, por ejemplo, a la hora de hablar del intelectual, puesto que, empantanados en la autocrítica de Rama, no hacemos más que revolcarnos en el diagnóstico de una pérdida irreparable. En este sentido, la última de las contribuciones que pienso hace esta investigación tiene que ver con el planteamiento de una tregua que, por supuesto no declara ganadores ni jefes, sino que propone la instalación de un diálogo de la construcción, diálogo que implica lucha y polémica, pero no fosilización; un diálogo que, a fin de cuentas, se estructure sobre la base de la premisa de que no es prudente ni posible, bajo ningún punto de vista, restituir el pasado, pero que tampoco es aceptable resignarse ante lo que parece irremediable.

Finalmente, me gustaría agregar que creo el aporte fundamental que puede atribuírsele a este trabajo tiene que ver, precisamente, con lo que aquí no está dicho y lo que está por decirse. Pienso que la investigación ha dejado varias puertas abiertas para continuar la discusión. Los aportes se hallan en los vacíos que deja la escritura, en las conclusiones imprecisas, en las afirmaciones vagas. Sin embargo, tengo la convicción de que una tesis, más que dedicarse a la resolución de un problema, debe constituir un espacio para promover la reflexión.

Bibliografía

Bibliografía Básica:

Sarlo, Beatriz: *Borges, un escritor en las orillas*. Buenos Aires, Ariel, 1995.

-----: *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*. Buenos Aires, Ariel, 1994.

-----: *Instantáneas*. Buenos Aires, Ariel, 1996.

-----: "Intelectuales ¿Escisión o Mímesis?", *Punto de vista* n° 25, Diciembre, 1985.

-----: "La izquierda ante la cultura", *Punto de vista* n° 20, Mayo, 1984.

-----: *La máquina cultural: Maestras, traductores y vanguardistas*. Buenos Aires, Ariel, 1998.

-----: "¿La voz universal que toma partido? Crítica y autonomía", *Punto de vista* n° 50, Noviembre, 1994.

-----: "Retomar el debate", *Punto de vista* n° 55, Agosto, 1996.

-----: *Siete ensayos sobre Walter Benjamin*. Buenos Aires, F.C.E., 2001.

-----: *Tiempo presente. Notas sobre el cambio de una cultura*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

-----: *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 – 1930*. Buenos Aires, Nueva Visión, 2003.

Bibliografía crítica y de consulta:

Alves Aguiar, Odilio: "Pensamiento y narración en Hannah Arendt", *Punto de vista* n° 78, Abril, 2004.

Benda, Julien: *The treason of the Intellectuals*. Londres, Norton, 1980.

Benjamin, Walter: *Dirección única*. Madrid, Alfaguara, 2002.

-----: *Discursos Interrumpidos I*. Madrid, Taurus, 1973.

-----: *El origen del drama barroco alemán*. Madrid, Taurus, 1990.

-----: *Infancia en Berlín*. Buenos Aires, Alfaguara, 1990.

Berríos, María: *Espacios de transculturación en América Latina*. Santiago, LOM. Texto en proceso de edición.

Bourdieu, Pierre: *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*. Buenos Aires, Montessor, 2002.

Buck-Morss, Susan: *Dialéctica de la mirada: Walter Benjamin y el proyecto de los pasajes*. Madrid, Visor, 1995.

Corbatta, Jorgelina: *Feminismo y escritura femenina en Latinoamérica*. Buenos Aires, Corregidor, 2002.

D'Allemand, Patricia: *Hacia una crítica cultural latinoamericana*. Berkeley, Latinoamericana Editores, 2001.

De Certeau, Michel. *The practice of Everyday Life*. Berkeley, University of California Press, 1984.

Diz, Tania: *Tecnologías de género en La Nota*. Ponencia presentada en la VI Jornada de estudiantes de Postgrado. Universidad de Chile. Enero, 2005.

Foucault, Michel: *El orden del discurso*. Barcelona, Tusquets, 1980.

Franco, Jean: "Review of *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 – 1930*, by Beatriz Sarlo Sabajanes", *Hispanic American Historical Review* vol. 71. nº 1, Febrero, 1991.

González, Horacio: "Perspectivas de la crítica cultural. Sobre *Escenas de la vida posmoderna* de Beatriz Sarlo", *Espacios*, nº 16, Julio – Agosto 1995, Buenos Aires, Publicación de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

Gramsci, Antonio: *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Bs. Aires, Nueva Visión, 2004.

Guidano, Vittorio: *El sí mismo en proceso*. Buenos Aires, Paidós, 1994.

Hegel, G.W.F: *Fenomenología del espíritu*. México, F.C.E, 1973.

Henríquez Ureña, Pedro: *Obra Crítica*. F.C.E., México, 1960.

Historia Visual de la Argentina contemporánea, Clarín, El "Proceso" Militar. Página oficial del Ministerio de Educación del Gobierno Argentino. www.me.gov.ar/efeme/24demarzo/dictadura.

Lecuna, Vicente: *La situación actual del intelectual latinoamericano*. Madrid, Pliegos, 1999.

Marx, Karl: *El Capital: crítica de la economía política*. Madrid, EDAF, 1972.

Moraña, Mabel (ed.): *Nuevas perspectivas desde/sobre América Latina. El desafío de los estudios culturales*. Santiago, Cuarto Propio, 2000.

Nietzsche, Federico: *La genealogía de la moral*. Madrid, Alianza, 1998.

Pagni, Andea – Von der Walde, Erna: “Qué intelectuales en tiempos posmodernos o de cómo ser radical sin ser fundamentalista” en: Spiller, Roland (ed): *Culturas del Río de la Plata (1973 - 1995). Transgresión e intercambio*. Frankfurt am Main, Vervuert Verlag, 1995.

Rama, Ángel: *La ciudad letrada*. Santiago, Tajamar Editores, 2004.

Real Academia Española: *Diccionario de la lengua española*. Vigésima segunda edición. <http://buscon.rae.es/diccionario/drae.htm>

Revista *Punto de vista* 1978 - 2004, edición electrónica, 2004.

Rojo, Grínor: *Clásicos latinoamericanos: Para una relectura del canon*. Inédito.

Said, Edward: *Cultura e Imperialismo*. Barcelona, Anagrama, 2004.

Said, Edward: *Representaciones del intelectual*. Buenos Aires, Paidós, 1996.

Sanz, Isabel: *Derechos de propiedad y crecimiento económico en Argentina 1875 – 1990*. Tesis doctoral. Universidad Carlos III de Madrid, España, 2003.

Spivak, Gayatri Chakravorty: “Can the subaltern speak?”, Williams, Patrick / Chrisman Laura (eds.) *Colonial Discourse and Postcolonial Theory*. New York, Columbia University Press, 1994.

Williams, Raymond: “Tradiciones, instituciones y formaciones”, *Marxismo y Literatura*. Barcelona, Península, 1998.

Apéndice

ENTREVISTA A BEATRIZ SARLO

Viernes 09 de abril de 2004

Talcahuano 77, 5to. Piso, dpto. 21, Buenos Aires, Capital Federal, Argentina.

12:00 P.M.

Beatriz Sarlo:

Bueno, decíme.

Romina Pistacchio:

Bueno. En primer lugar quiero agradecer su disponibilidad para realizar este encuentro. Ahora me gustaría explicarle de qué se trata todo esto. Yo estoy comenzando a escribir mi tesis de magíster para la Universidad de Chile y he escogido como objeto de estudio, precisamente, su producción escritural y su concepción de intelectual. Decidí hacerle una entrevista para poder profundizar y aclarar ciertos puntos que me gustaría discutir en la investigación. Y bueno, me gustaría comenzar por una pregunta que está relacionada con sus seducciones teóricas. Es decir, con las influencias que usted ha recibido como intelectual. Yo debo admitir que comparto el gusto por leer a Benjamin y hacerlo partícipe de mis lecturas críticas, y es más que evidente que la marca de Benjamin aparece con fuerza en sus libros, en ocasiones de manera explícita y en otras no. Por lo tanto, me gustaría que me contara cómo lo conoció, cómo fue su experiencia de lectura y sobre todo que me hablara respecto de la complejidad que implica el proceso de lectura benjaminiana.

B.S:

Mirá, lo interesante es que, en el mundo de habla hispana, Benjamin tiene una entrada por las traducciones españolas, que, la verdad, está muy bien que las hayan publicado pero las traducciones son absolutamente espantosas. Acá llegaron a comienzo de la década de los setenta, setenta y dos y setenta y tres, aunque habría que chequear las fechas de las traducciones. Curiosamente en la Argentina había habido una traducción de Benjamin anterior, pero había sido

hecha por la revista *Sur*, quiero decir, la revista que para mi generación era la revista de derecha. Entonces, esa traducción argentina que había salido en una colección dirigida por Murena, era excelente. Era una colección de estudios alemanes de la revista, que además, por ejemplo, incorporaba la *Dialéctica del iluminismo*. Sin embargo, esa traducción se nos pasó desapercibida, no había condiciones ideológicas para leerla. No es que ignoráramos que ahí estaban los libros, pero así son las barreras ideológicas, se te pasan las cosas (...). Luego, Benjamin entra por vía española. Estábamos en la revista *Los Libros*, a comienzos de los setenta, y Piglia dice que tiene una versión de 'La obra de arte en la época de reproductibilidad técnica' y que sería bueno publicarla en la revista. Después nos dimos cuenta de que era imposible publicar ese artículo tan largo en la revista (...) Bueno, pero a partir de ahí empezamos a tener noticia de Benjamin. Primero fueron las "Tentativas sobre Brecht", y así, en el orden en que fueran saliendo en España. Digo esta historia de ediciones porque es interesante, porque además en todo es desordenado, uno no lee a Benjamin en ningún orden.

R.P: Es lo que hay. Es el precio que hay que pagar (...)

B.S:

Es lo que hay, como en todo. Quizás vos ya podrías, si quisieras leerlo en un orden, porque ya vos lo encontrás traducido, pero en el caso de mi generación, era como iba apareciendo. Entonces después lo que encuentro. Es una edición de Monte Ávila, donde está 'Experiencia y pobreza', donde están artículos muy importantes, sobre todo 'Experiencia y pobreza', que para mí es el escrito más importante. Esa edición la encuentro ya en la época de la dictadura y, en el setenta y nueve, Sahar me regala la primera edición francesa que yo conozco de Benjamin cuya traducción tampoco es muy buena. Estaba en la casa de él, de visita en París y me da una edición francesa donde también está una traducción de 'La obra de arte' y algunos de sus escritos. Yo diría que las primeras traducciones más fiables de Benjamin que llegan a mis manos son muy tardías, es cuando los italianos sacan *El libro de los pasajes*, es decir, la edición de Tiedemann, la traducción italiana, porque los italianos son eximios traductores del alemán. Es una cultura que ha traducido mucho y muy bien del

alemán. Entonces es muy tarde cuando me llegan buenas ediciones. O sea que la implantación de Benjamin en la cultura argentina, y calculo que debe ser así en el resto de los países latinoamericanos, es una implantación uno diría muy deformada, muy típicamente latinoamericana muy deformada. Yo no estoy muy segura de qué estamos leyendo cuando lo leemos. Por supuesto que ya hemos construido nuestro Benjamin. Ahora, en los últimos diez años, ya hay gente entrenada en el alemán y que entiende de filosofía como Ricardo da Luzia por ejemplo, y habrá otros en otros países, que ya están trabajando con las versiones originales, pero yo no estoy segura de qué lee mi generación cuando lee. Lo mismo pasa con la estética de Adorno, es un libro prácticamente incomprensible en castellano y, sin embargo, fue tremendamente influyente, para mí e incluso para gente más joven (...). Son esos procesos en los cuales en realidad se construye un objeto textual en América Latina, en este caso, a partir de traducciones españolas.

Ahora, en lo que respecta a las herencias teóricas, creo que como un bajo profundo, digamos, de mi formación, como uno dice el 'bajo continuo' que acompaña un tema en la música, en mi formación está el origen en Barthes. Eso es lo que me acompaña en el origen, y Benjamin se acopla a ese bajo continuo. Pero la influencia más temprana, seis o siete años antes de Benjamin, es decir, cuando yo era muy joven, es Barthes. A Barthes le sigo todos los avatares, el Barthes hiperestructuralista, metalúrgico, etc. De hecho escribí un texto horrible con otra gente sobre *Adán Buenosaires*, largísimo. Un típico trabajo hiper metalúrgico del estructuralismo inspirado en Greimas, que fue motivado por Barthes. Es un texto que no quiero ver y del cual yo reniego por completo, pero aparte de eso que es sólo un ejemplo, Barthes es lo que me acompaña, aún en los momentos de marxismo leninismo más duro.

R.P: Contradictorio...

B.S:

Sí... aún en esos momentos Barthes es algo que me acompaña, y Benjamin se acopla a ese acompañamiento, es como si entrara otra voz a acoplarse a ese acompañamiento. Ahora, eso sí, yo creo que la fortuna de uno y otro fue diferente. El destino de uno y otro, en América Latina, por lo menos en la

Argentina, fue diferente. Benjamin tuvo un destino de trivialización. Todos los estudios urbanos y culturales, empezando por mí misma, lo trivializaron. Es decir, hubo un momento en que yo iba a reuniones académicas y encontraba que venía una profesora de la provincia de Catamarca, que es chiquitísima, buscando *flâneurs* en su ciudad. Entonces, la dimensión metropolitana que tiene el tratamiento de Benjamin se perdía porque se empezaron a trivializar sus categorías. Digamos, no se puede encontrar un *flâneur* en Catamarca. La definición misma de *flâneur* era imposible de encontrar en la provincia de Catamarca. En ese sentido, Benjamin tuvo un destino al menos complicado. Después está el otro avatar, que es que Benjamin puede tener diversas lecturas. Una lectura materialista, por ejemplo, o puede tener una lectura desde la crítica literaria, es decir, textos como 'Experiencia y pobreza' o 'Las afinidades electivas', te inclinan hacia una lectura literaria. Después, está la lectura mesiánica, ese avatar, la lectura mesiánica que es más tardía, o la del Benjamin latinoamericano y la del Benjamin argentino, que representa otra mirada del avatar de la lectura mesiánica es aún más tardío. Finalmente, yo creo que hubo una recuperación muy interesante de Benjamin que es la recuperación vía Manfredo Tafuri y la Escuela de Venecia, que son verdaderos historiadores urbanos, no gente que mira la ciudad desde otra parte, sino verdaderos historiadores urbanos, luego de su lectura, hay como una vuelta, un volver a pensar a Benjamin. Si vos mirás *Punto de vista*, allí hay algunos artículos (no míos) que precisamente hablan sobre eso, sobre ese avatar último del Benjamin mesiánico y el releído por los historiadores urbanos. Bueno y hay una polémica por ahí (...).

R.P:

Pero, y, personalmente, cómo influye Benjamin. Yo tuve una experiencia de lectura, por eso lo pregunto, y de alguna manera, luego de leer a Benjamin y su propia producción escrita, se puede advertir que, en la figura de Benjamin usted podría estar encontrando una respuesta a un proyecto de intelectual crítico argentino y latinoamericano.

B. S:

De Benjamin....Yo no estaría tan segura....porque... porque la figura de Benjamin es muy difícil de constituir en un punto de identificación. Me es más fácil constituir otras figuras como punto de identificación, precisamente por el carácter artístico de la figura de Benjamin, me es más fácil constituir a Roland Barthes, en un punto de identificación; un crítico literario, estricto, estricto.

R. P:

No, pero metodológicamente, no cree que existe una vinculación más cercana con Benjamin, la Postbenjaminiana, es un muy buen ejemplo...

B. S:

Ah bueno, no, metodológicamente sí. Pero lo primero que vos me preguntaste, es como figura intelectual, y es complicado, su historia es muy trágica y muy complicada. Él siempre vive una especie de desplazamiento del lugar de los acontecimientos. Desplazamiento fatal para él; se desplazó del lugar donde tenía que ir y huir de la Alemania nazi. Es muy difícil, él no produce ese tipo de identificación que los intelectuales más típicos, más característicos, pueden producir. Como metodología por supuesto, porque la cuestión es que Benjamín no dice en vano al principio de su carrera en una carta a Scholem, 'yo quiero ser el más grande crítico literario de Alemania'. Y él sabe que para hacerlo tiene que hacer esas incursiones casi guerrilleras que va haciendo en el campo de la filosofía, en el campo de los estudios urbanos. Pero lo que no hay que olvidar nunca es que *El Libro de los pasajes* comienza con el Exposé 'París capital del siglo XIX', del Exposé de mediados de la década del treinta, y que Adorno critica fuertemente sus incursiones. Él inicia su trayecto queriendo responder preguntas acerca de Baudelaire, pero nunca puede terminar. Por otro lado, uno puede ver en él una especie de ejemplo. Cuando uno ve las primeras cartas a Scholem uno dice, pero cómo estos chicos de veinte años, que han leído a Kant y que están criticando lo que pasa con Kant y están asistiendo a conferencias y qué se yo, participaban de la mejor filosofía académica que podía haber en ese comienzo de siglo. Él estaba, por ponerlo de alguna forma, muy fuertemente marcado por la filosofía, y por esa especie de cosa extremadamente moderna de Benjamin, porque también hay otros

filósofos como Deleuze que piensan la literatura, pero Benjamin le da esa cosa extremadamente moderna. Pero, por el otro lado, es alguien que, a pesar de su extrema modernidad, no puede evitar la deriva. Es decir, comienza haciendo esas preguntas sobre Baudelaire, y no puede evitar la deriva. Ese es el problema, el problema de Benjamin es que lo que lo hace grande al mismo tiempo lo lleva a una especie de tortura. Durante toda su vida es el problema del formato. O escribe cosas que son demasiado cortas o cosas demasiado largas, no puede evitar la deriva digamos. Es decir todos sus artículos son demasiado largos para las revistas que los están pidiendo. Ahora, lo esencial es que centralmente es un crítico, el eje de su proyecto es ser un crítico y de ahí que sea tan extraordinario. Yo creo que el artículo sobre 'Las afinidades electivas' es un artículo absolutamente extraordinario. Pero su proyecto crítico tiene, por un lado yo diría, desde el punto de vista de su temperamento, la deriva incorporada, y, por otro, pertenece a un campo crítico donde la fortaleza de la posición filosófica es muy potente, porque en ese campo crítico había estado Lukács, y estaba Adorno, es decir, donde la fortaleza de la producción filosófica es muy grande.

De todas maneras, es muy difícil transmitir la novedad que fue para mi generación Benjamin. Digo, cuando vos empezás, Benjamin ya es parte del paisaje, te puede deslumbrar, pero es parte del paisaje; ya tus profesores te hablaron de Benjamin, es decir, es algo que vos sabés que vas a encontrar en la caja de herramientas. Para nosotros llega. Cuando nosotros entramos a formarnos, aquel paisaje era Brecht, Barthes, Lukács, eso era parte del paisaje. Pero Benjamin viene llegando, y vos decís, bueno llega cinco o seis años después, pero cinco o seis años, en el momento en que las personas tienen veinte o veinticinco años, es mucho tiempo. Es muy difícil porque nosotros no estábamos preparados para incorporarlo en la tradición filosófica, no teníamos una formación capaz de hacer esa incorporación en ese momento. Tuvimos que ir haciendo esa formación. Entonces es distinto cuando vos recibís un autor ya explicado.

R. P:

Claro, ahora lo mismo pasa con las malas lecturas, como dice usted, o las aberraciones que existen dentro de las universidades. Tampoco ayuda mucho

a comprenderlo bien cuando a uno le dan las lecturas hechas. Finalmente uno se queda con una representación de Benjamin.

B. S: Es cierto.

R. P:

Bueno, porque algunos de los que hablaban de Benjamin tampoco lo entendían, digamos, o no entendían lo que no entendían.

B. S:

Eso es cierto, pero lo que no te podría pasar a vos es que llegara un amigo tuyo en este momento y te dijera “descubrí un tipo bárbaro, parece que escribió un artículo acerca de la reproducción técnica”... Eso no te podría pasar. Tenés que sacarte lecturas que no te convencen, pero la historia de ese personaje es tal como la de un ser imaginario.

R. P:

Ahora, insisto en el asunto de la metodología. Yo cuando leo *Tiempo presente* o cuando leo los *Siete ensayos* o cuando leo *La Máquina cultural*, veo un proceso de escritura benjaminiana inserto

B. S:

Ah... Eso yo ya no te lo puedo contestar (...) porque como vos me lo decís yo lo recibo. Es decir, yo ya no te lo puedo contestar porque, yo ya lo recibo. No es que yo sea inconciente de mi metodología. Qué te puedo decir yo de eso. Yo opero siempre como una crítica literaria en primer lugar, luego el objeto no es el de la crítica, eso pasa en *Tiempo presente* o, por lo menos, en dos de los ensayos de la *Máquina cultural*. Esto es a lo mejor lo que tu ves de benjaminiano, pero lo que vos ya ves no te lo puedo decir, porque hay un punto en el que uno ya no sabe exactamente. Lo que yo sé te lo estoy diciendo. Pero lo que yo sé es que yo, en primer lugar me planteo frente al objeto, es decir, elijo cualquier objeto, el que me llame, y, en ese punto, soy muy derivativa dado que me llaman los objetos más dispares y el nudo del abordaje es el de la

crítica literaria, esa es la fórmula en que yo leo cualquier configuración, cualquier práctica, ya sea musical, estética, teatral.

Ahora escribí para *Punto de vista* sobre una obra de teatro. La mirada es la del crítico. Pero si vos ahí ves algo que está inspirado verdaderamente en *El libro de los pasajes* es muy probable. *El libro de los pasajes* yo lo abro tipo I Ching, porque digo "y mirá vos cómo se le ocurriría a este tipo buscar esta cita, buscar esto y qué bibliografía rara que estaba leyendo, porque la bibliografía de *El libro de los pasajes* está completamente al día en la historia urbana, completamente al día, completamente al día en lo que son los historiadores. Entonces, sí, pero no te puedo decir más porque tampoco uno es tan consciente de lo que hace, uno es consciente cuando tienen que explicar algo en un informe a las autoridades superiores (risas), pero no honestamente cuando uno tiene que explicarle a una persona como vos.

R. P:

Pero había una cierta intención de hacer eso por ejemplo en los *Siete Ensayos*, como un devolver la mano?

B. S:

No lo sé

R. P:

¿Eso es parte de mi lectura de usted?

B. S:

Eso me lo decís vos a mí, entonces yo me quedo pensando ¿yo? Yo no te puedo devolver eso, devolver una respuesta sobre eso, no lo sé. Digo, cuando uno empieza a ser marcado, y sobre todo cuando uno es una persona de mi edad, uno ya está marcado, en profundidad digamos, en profundidad quiero decir en capas, en capas que uno quizás ya no percibe. La última capa yo la puedo reproducir, yo te digo mirá acá hay un bajo continuo: es Barthes, y al bajo continuo se acopla Benjamin, se acopla Raymond Williams, yo puedo reproducirte la historia exterior, pero ya cuando vos me decís eso....No sé, eso es ya más bien lo que se lee... lo que alguien lee.....

R. P: De usted (risas)

B. S: Si yo ya no puedo...

R. P:

Sigamos. Esta era la primera parte de las preguntas, relacionada con la primera parte de mi trabajo que va a ser precisamente esa configuración de bajo continuo como usted dice. Siempre tomando en cuenta que, al parecer, lo que usted estuviese buscando, o por lo menos que se deja ver en algunos de los libros, es cuál es la figura del intelectual latinoamericano. Cómo es este intelectual crítico que actúa sobre el campo cultural

B. S: Exactamente.

R. P:

Bueno y me parece que otro punto clave de esa búsqueda es la *Modernidad periférica* ¿sí?. Ahí hay un rastreo diacrónico y que de alguna manera se detiene en ciertos elementos fundamentales de lo que es el campo intelectual argentino en la década del veinte y el treinta. ¿Ahí hay una intención de rastrear esa figura y, de alguna manera, constituirla?

B. S:

Son dos preguntas diferentes, porque la cuestión de la preocupación del intelectual, efectivamente, es una preocupación de alguien que vive en la posmodernidad inscripta en el universo de la modernidad, entonces que vive permanentemente rastreando una figura que está en crisis, en todas partes del mundo y a la cual yo no me resigno a perder. Es un lugar de enunciación en crisis del cual yo no puedo prescindir. Y a eso se agrega otra cosa, que tiene que ver con los avatares latinoamericanos y que es que, en el momento que yo debo constituirme como intelectual, digamos, constituirme en el sentido de que ya hay un proceso de aprendizaje que está más o menos hecho, viene la dictadura, entonces ahí se encuentran las dificultades de pensar ser un intelectual en condiciones de dictadura y para eso, bueno, la estrategia fue la de *Punto de Vista*. Pero después viene la democracia. Cuando recién

estábamos aprendiendo a hacer algo que es ser intelectuales en condiciones de dictadura, como otros estaban aprendiendo a ser intelectuales latinoamericanos en condiciones de exilio, viene la democracia, y en la Argentina viene bastante rápido (risillas). Y ahí nos sucede otra cosa, que es que sin ninguna experiencia previa, pero realmente sin ninguna experiencia previa, se abre la Universidad que, a diferencia de Chile, se renovó por completo. Nosotros entramos todos de la noche a la mañana. Entonces nosotros no teníamos ninguna experiencia previa, ninguna, absolutamente ninguna. Si mi último cargo en la Universidad había sido ayudante alumna, y así dice en mi currículum: “ayudante alumna”. Y, luego, profesora titular después de veinte años. Es una situación que solamente se puede explicar en el contexto de las dictaduras latinoamericanas; no se puede explicar en ningún otro contexto. Bueno supongo que también se puede explicar en el contexto de dictaduras africanas, quiero decir, no se podría explicar en Estados Unidos, en Europa no tiene explicación eso. Entonces ahí viene el otro escenario donde es difícil implantar la figura del intelectual, porque la figura del intelectual compete con la del académico y sobre todo para gente sin ninguna experiencia como nosotros, fue complicado. Te hago esta pequeña historia interna de Latinoamérica o del Cono Sur digamos, para plantear que la preocupación sobre la figura del intelectual no es solamente la cuestión de cómo en la posmodernidad uno podría llegar a recuperar cierto lugar de enunciación general y público, sino que también cómo en el caso de mi generación se reconstruye un lugar que se ha destruido y sin ninguna experiencia previa. Lo mismo, creo, le debe haber pasado a la generación contemporánea en Chile. No a la de Brasil, allí hubo más continuidad. El caso de mi generación fue difícil porque en el momento en que nos constituíamos vino la dictadura, aprendimos a hacer otras cosas como intelectuales. Y en el momento en que las aprendimos a hacer, vino la transición democrática y debimos aprender a hacer otras. Hubo una serie de complicaciones, algunas malas y otras buenas, digo, pésimas, como la dictadura, y otra buena, como la transición democrática. No es que yo hubiera querido quedarme en dictadura porque había aprendido a ser una intelectual, algunas fueron buenas y otras malas.

Entonces, por un lado, está la historia general, que uno podría decir la de Occidente, en la que también se puede ver la crisis de una figura y la

cuestión de cómo recuperar esa figura. En Francia lo hace magistralmente Bourdieu, quien se da cuenta de la crisis de la figura del intelectual, pero de todas maneras lucha para recuperar esa figura pública, este, por una parte. Y, por otra parte, están los avatares latinoamericanos. Para cada una de las generaciones que eran jóvenes cuando vinieron las dictaduras, y que entonces no habían terminado de constituirse, pasó que se desconstruyó el campo de un modo y tuvo que construirse de otro. Bueno, y también éramos jóvenes cuando vino la transición, porque teníamos cuarenta años, y no había terminado de reconstituirse el otro campo de resistencia, cuando tuvo que volver a constituirse. Entonces hay un avatar que es mundial y hay un avatar que es más bien latinoamericano, del Cono Sur. Porque esto no se puede decir de los mexicanos, porque ellos han tenido continuidad; ni de los brasileños que, pese a la dictadura, el campo intelectual, el campo académico tuvo más continuidad, menos fractura. Pero sí de uruguayos, sí de chilenos, sí de argentinos, de los países que más conozco, de Centro América no conozco. Entonces esa es una cuestión.

La otra cuestión es la intervención sobre la *Modernidad periférica*. Yo creo que la *Modernidad periférica*, ese libro de Buenos Aires digamos, parte de un deseo que se apoya en una idea equivocada. La idea equivocada era que la Argentina había sido un país moderno, periférico, con todas las deformaciones de la periferia, pero había sido un país moderno, y que era posible recuperar, dar un salto en todos los procesos que habían puesto diques a eso, y que con la democracia, Argentina podía volver a recuperar ese pasado de modernidad periférica, vanguardista, como una sociedad democrática. Yo creo que era un deseo que partía de una idea equivocada, lo que se demostró a los veinte años. Es que no había más lugar donde volver, que no había más lugar, y que la Argentina iba más bien a integrar un destino latinoamericano, como diría Borges. Entonces el libro parte de un deseo equivocado, (bueno, los deseos nunca son equivocados), un deseo sostenido por una idea equivocada. El deseo es un deseo, pero un deseo sostenido por una idea equivocada. Aunque nunca se diga explícitamente en ese libro, lo que se está indagando son las claves de cómo se fue para ver cómo se va a ser, pero pensando que se va a ser algo parecido a lo que se fue... y no era así. Por supuesto, yo en ese libro reivindicó la categoría 'modernidad periférica'. Sí, la reivindicó, pero te digo

honestamente que no era sólo la categoría de modernidad periférica, sino que también era una hipótesis histórica, en un momento en el que yo todo el tiempo decía, por lo menos de la Argentina, que fue un país moderno, que era un país con una cultura democrática, con una sociedad integrada, y la Argentina podría volver a serlo. Ahí me di cuenta de que eso no funcionó. Era como las ilusiones de la transición democrática...(...)

R. P:

Pero me parece que de lo que acaba de decir se desprende que esa búsqueda no quedó ahí, obviamente, y en las *Escenas de la vida posmoderna*, hay un planteamiento claro de un rol y de una figura del intelectual posible, dentro de un nuevo estatuto podríamos decir 'epocal'.

B. S:

Sí, bueno, hay un capítulo donde se hace mención, como bien decís. Hay un capítulo que declara eso y, por otra parte, yo creo que el libro mismo en la práctica lo prueba. Que quiero decir con esto. Al lugar al que llegó ese libro, es donde llegó más lejos cualquier libro mío. Digamos, nunca llegué tan lejos con un libro, ni fue tan fuera de mi círculo como llegó *Escenas*. Esa llegada tan amplia y tan fuera de los límites del propio círculo, probó la necesidad de construcción de sentido general. Ese libro no habría podido llegar, si no hubiera habido en la Argentina y también en parte en Latinoamérica esa necesidad de sentido general, porque no llegó simplemente por sus méritos, que los tiene, sino porque, en un punto, efectivamente articuló con la pregunta de la sociedad. Dónde está el lugar de los intelectuales, desde donde se puede enunciar en términos de lo social, qué tienen que hacer los ciudadanos en estos términos y cómo tienen que mirar su presente. Esas preguntas el libro se las planteó y evidentemente encontró que esas preguntas estaban planteadas en alguna parte. O sea que el libro, o más bien su repercusión, lo que prueba es la necesidad de una construcción de sentido, es decir, que hay sociedades que viven en penurias de sentido y que está la necesidad de construirlo.

Yo ya el libro lo escribí de otro modo, no lo tocaría, pero creo que el libro marca muy claramente un momento de los noventa, sobre todo, el capítulo de medios de televisión. Pero hoy ya reflexionaría de otro modo sobre la

televisión. Esto que yo dije ya está escrito, habría que hacer algo más sobre eso. De todas maneras no lo voy a tocar, no creo que los libros deban ser manoseados todo el tiempo. El libro es lo que es y sigue su vida como es, pero pienso que algunos de los puntos que el libro toma ya son patrimonio colectivo. Pero yo no quiero tocar el libro, porque creo que así son sus itinerarios, el libro responde evidentemente preguntas. A mí me interesa mucho la circulación que tuvo ese libro, porque circuló, entre lo que Gramsci llamaba 'los repetidores sociales', es decir, ese libro es de profesores y maestros de colegios secundarios. Ese libro lo leen los chicos de catorce años. Es un libro que llegó a donde Gramsci decía: a los repetidores sociales. Por otra parte, yo tengo una revista para intelectuales que es *Punto de vista*, esa revista no tiene que llegar a ninguna otra parte que a dos mil personas, en Argentina y Latinoamérica. Si algo sale de ahí tiene que ser bajo la forma de otro tipo de textos, y a ese libro le pasó eso. Es como si todo esto a mí me sirviera para pensar la pregunta sobre si la sociedad necesita de un discurso que haga sentido, y claramente su recepción me hace pensar que esa pregunta tiene que ser contestada afirmativamente. Las sociedades necesitan de un discurso que dé sentido.

R. P:

Casi no como pregunta. Quiero compartir con usted una experiencia que tuve a raíz de mis reflexiones acerca de las *Escenas*. Yo estoy estudiando en la Universidad mi Magíster, pero además hago clases en un Colegio particular de niñas, y la reforma educacional chilena propone, bajo mi punto de vista, una nueva especie de activismo. Me pasó algo muy gracioso con respecto a eso; un episodio en el que yo pude ver, de alguna manera, la paradoja que implica el ser un creyente en la posmodernidad, en el sujeto fragmentado, el pastiche, etc. Porque en la Universidad, en mi época de Pregrado, era ése el discurso y uno se preguntaba entonces cuál era el sentido de estar allí, dentro de una máquina cultural, si el que hacer de un estudiante no tenía sentido porque no había sentido y no había nada que hacer. Me pasó, sin embargo, cuando yo leí las *Escenas de la vida posmoderna*, que finalmente, y a pesar de haber buscado mucho, encontré un posible camino. Eso fue lo que más me satisfizo. Y me pasó también que, de alguna manera, ese planteamiento del contar historias y de contarlas para no repetir las anteriores o para encontrar en esas

historias de pasado no un origen sino la construcción del presente, fue para mí fundamental. Yo hago clases y me gusta mucho hablar. Para mí siempre fue un problema esto de dar muchas actividades, porque me sentía como si no estuviese haciendo lo que debía ni lo que sabía y me pasó, les estaba pasando a chicas del último año de secundaria, vanguardias europeas, y cuando yo terminaba de hablar, de hacer una introducción a un tema, les pasaba documentos de ejercitación y análisis y, cada vez que yo hacía eso, ellas decían 'o no de nuevo no', y yo decía por qué pasa esto, y ellas respondieron, 'porque a nosotros nos gusta escucharte contar historias'

B. S: Ah! muy bueno (...)

R. P:

Y yo la verdad es que.... dije bueno, finalmente es un halago, las debo contar más o menos bien. Pero, el sin sentido no es operante, no tiene sentido. Finalmente uno tenía miedo en la Universidad a ser 'Moderno'. A uno lo tildaban de moderno si es que andaba buscando sentido y trataba de dar sentido. Cuando yo leí las *Escenas de la vida posmoderna* entré en contradicción, porque esa respuesta se suponía moderna, y me ponía en conflicto con lo que yo había aprendido. Sin embargo, hoy puedo decir que sí, es necesario. Y de alguna manera es ese rol del intelectual que usted ha construido el que yo creo capaz de hacer algo, de actuar.

B. S:

Yo creo que viene esa ola. A raíz de eso que vos me acabás de contar, yo creo que viene una ola nueva, que ha habido como un vuelco. Ha habido como una periodización en la posmodernidad y que los más posmodernos hoy día tienen como cuarenta años. Los más posmodernos son los de la década del *glam* ochentero.

R. P: No sabe con qué claridad la entiendo.

B. S:

Esos son los más posmodernos. Sin duda estamos en la posmodernidad, pero como en todo período histórico, hay movimientos. Mis amigos de cuarenta a cuarenta y cinco, esos son los posmodernos radicales, los de la disco *glam*. Pero bueno, nosotros somos contemporáneos de nuestro presente, tanto vos como yo, o sea que iremos viendo como son las cuestiones. Por eso yo en *La pasión y la excepción* lo que hice fue tratar de contar, al tomar el asesinato de Aramburu, el acto, la guerrilla de los montoneros. Traté de contarlos, pero pegándome a los hechos, como si fuera un contarme la historia; yo misma quería escucharme a mí misma contar esa historia, quiero decir, yo misma me la conté porque dado que es una historia central en mi vida yo misma me la conté antes de escribirla. Desde un punto de vista yo lo podría haber contado de memoria, chequear fechas y contarlos de memoria, pero hice exactamente lo contrario, fui a la Hemeroteca como si estuviera trabajando un hecho del siglo XIX del que yo no hubiera sido protagonista. Es decir, fui a la hemeroteca a ver todo como si fuera nuevo, una cosa del pasado, porque quería escucharla yo misma primero, y copié todos los documentos, no fotocopié nada, hice como un pasaje de los documentos en mi escritura. Esto debe parecerme muy benjaminiano (risas). Y lo hice textual, quiero decir, no es que haya resumido los documentos. Todos los documentos con los cuales yo trabajé en ese libro los copié a mano. No los grabé, viste uno va a la hemeroteca y graba, no los grabé, no los escané, no los pasé a la computadora, no fui con la *lat top*. De algún modo. Estaba como volcada a copiarlos, están todos copiados (más risas), esto es medio sicótico, pero era como pasar la historia por mi escritura. Todo lo que decían los diarios, las noticias de los diarios de la guerrilla de los montoneros. Y lo mismo hice con Eva, calqué todas las fotos, no escané ninguna foto de las que yo analizo en ese último libro. Llevaba papel de calco o lo que fuera y la copiaba encima. Le ponía flechitas después, jopo, joya, bueno, no dibujo bien, pero era para marcar lo importante... para pasar todo eso, toda esa historia del surgimiento de Eva, o del asesinato de Aramburu, para pasarlo pero exactamente por donde estaba colocado, para contármelo exactamente. La historia de Eva, por supuesto, no me era de la misma familiaridad que la de los montoneros, dado que para el evento de los montoneros yo tenía veintiocho o treinta años y para lo de Eva tenía cuatro o ninguno digamos... Cuando ella

empieza a sobresalir yo no había nacido, no me era de la misma familiaridad, pero, al mismo tiempo, me era muy familiar. Pasarlo por ahí fue un trabajo muy enriquecedor. Hannah Arendt, dice una cosa que a mí me parece muy importante. En un artículo publicado en este número de *Punto de vista* de un brasileño, que cita esta frase de Hannah Arendt de las conferencias sobre Kant, se escribe que ella dice que para poder entender la imaginación ésta tiene que salir de viaje, es decir, tiene que ir hacia los materiales, ser hospitalaria con los materiales, permitir que esos materiales entren de alguna manera. En este sentido no habría que confiar en el lugar de la enunciación porque, en primer lugar, uno enuncia desde un sistema de valores o de tal o cual sistema de principios, o desde este método. Si no habría que dejar que la imaginación salga de viaje y, si la imaginación sale de viaje, trae como después de todo viaje, las fotos, el carnet de viaje, etc, no. Muy linda la frase de Arendt. Yo no la conocía. La leí de ese artículo, pero me dio como una clave de por qué ese libro había sido escrito de ese modo.

R. P:

De todas maneras, si bien nosotros podemos decir, o más bien usted dice, que se podría periodizar la posmodernidad, es decir, que hoy estamos no en los noventa sino en otro momento, hay un rol del intelectual que está presupuestado y diseñado en *Las escenas de la vida posmoderna* ¿Qué pasa con los cambios que ha experimentado la posmodernidad hasta hoy? En Santiago fui a algunas de sus exposiciones. Por ejemplo, a Utopías (Universidad Arcis) o a la de la Universidad Diego Portales, donde usted habló sobre Borges, sin embargo me faltaba algo por saber. De hecho en Utopías se intentó responder a la interrogante, pero faltó tiempo porque era mucha la gente que exponía ese día en la mañana. Esa interrogante tiene que ver con la pregunta del papel del intelectual en el marco del neoliberalismo y la globalización, es decir, en el escenario en el que ha quedado al descubierto el poder de aquello que Hardt y Negri llaman el Imperio y en el contexto también de la ‘centralización de la periferia’ ¿Qué pasa cuando la propuesta crítica pasa a ser parte del centro y deja de ser lo revolucionaria que fue o debería ser? ¿Qué pasa con usted hoy día?

B. S:

Es difícil, digamos... Es decir ahí vas al centro de una cuestión muy complicada (...) Si yo reflexionara sobre otros intelectuales, a lo mejor uno podría pensar más claramente, pero sí la cuestión es ser un alternativo cuando además se está colocado en un lugar alternativo dentro del campo intelectual es, como diría Tinianov, cuando la forma y el procedimiento coinciden, esto terminó para mí generación cuando vino la transición democrática. A partir de ese momento tuvimos que empezar a ver como se podía llegar a mantener un pensamiento crítico cuando el campo intelectual se estaba moviendo hacia el centro. Es muy difícil, si a eso vos le agregás aquello que ya te señalaba del ingreso a la academia, más complicado todavía. Yo diría que hacer *Punto de vista* en la época de la dictadura era lo más fácil que había, era más fácil. Aunque, desde el punto de vista de la seguridad era más difícil, desde el punto de vista ideológico cultural era lo más fácil del mundo. La situación de la dictadura es una situación clarísima, todo el que estaba con la dictadura era un enemigo y todo quien estaba de este lado era un amigo, entonces ahí ya tenés un problema solucionado. El problema de cómo armás debates, vos no debatís con los enemigos y a los enemigos no los nombrás y punto. O sea que desde esa perspectiva *Punto de vista* era una revista sencilla. En condiciones de democracia ya es diferente, primero porque ya no hay ningún frente único automático, ya ahí la polifonía de las posiciones ideológicas crece digamos. Eso se da junto con el progresivo avance de la revista hacia el centro del campo intelectual. Esto es un día de 1983, yo estaba leyendo un suplemento cultural y veo que aparece la expresión 'campo intelectual', que no había aparecido nunca y era desconocida, entonces ahí yo dije, bueno, aquí está sucediendo algo que yo no predije. Es decir, que aquellas categorías que nos parecían a nosotros categorías de batalla, es decir, que había que imponerlas porque eran categorías de batalla, de repente aparecen en un suplemento cultural así, sin mención de Bourdieu ni nada, aparecen como categorías naturales. Eso fue y sigue siendo todavía extremadamente difícil, unido a eso, la colocación en el mundo académico, y reforzado por la complicación de que ser un profesor universitario es ser un intelectual. Para ser un intelectual, para ser un profesor universitario hay que tener las disposiciones intelectuales, pero podés no tener otras disposiciones públicas del intelectual, y entonces ahí

también se complica la cosa. Yo, en términos personales, me fui de la Universidad el año pasado, y bueno, voy a ver cómo corto por otro lado, porque no quiero rutinizarme en la Universidad. Me fui, porque no voy a esperar jubilarme en la Universidad y que me pongan una capa de no sé qué. Me fui para intentar por otro lado. No es que deje de enseñar, porque espero no dejar de tener seminarios, pero ya en otras partes, en otros lugares. Pero bueno, el proceso de rutinización, como diría Max Weber, de una figura es inevitable...

R. P: Las vanguardias lo demostraron...

B. S:

El proceso de rutinización, para Max Weber, es un proceso que experimenta el Estado, la administración, la religión, todo eso, y todos ellos se construyen a partir de ese mismo proceso de rutinización, no se vive así en estados de no rutinización. Lo que pasa es que el intelectual o los intelectuales, para mantener esa posición tan problemática, y estando en un suelo quizás a veces tan poco hospitalario, debemos evitar los procesos de rutinización. Pero es difícil de todas maneras, es difícil, no es que añore ninguna condición de dictadura, ojo. Es complicado...

R. P:

¿Pero en ese sentido, entonces, la figura del intelectual sigue siendo para usted, en términos ideológicos, la figura propuesta en las *Escenas de la vida posmoderna*? ¿Esa es?

Sarlo:

Sí. Yo, ahora eso sí, lo llamaría intelectual ciudadano, palabra que no usé en *Escenas* y que creo debería haber usado. Me acuerdo que Carlos Altamirano me dijo tendrías que poner intelectual ciudadano, no simplemente intelectual, porque no se entiende intelectual como un lugar que se sea identificado como fuera de la ciudadanía, tendrías que poner intelectual ciudadano. Ahora lo llamaría así y reflexionaría más sobre el carácter de cierto colectivo intelectual que puede existir en la sociedad civil, reflexionaría otras cosas, por eso digo que *Escenas* es el libro que fue, digamos, y no es el libro que escribiría hoy.

Están ahí todas mis preocupaciones pero hoy frasearía algunas cosas de manera. No diferente, diría más, frasearía más. Pero el fondo es, cómo frasearía más, porque algunas cosas aprendimos de cierta movilización que aparece en la sociedad. Yo sigo confiando muy fuertemente en la política como la forma de modificación de la sociedad, pero bueno, tengo que pensar también cuál es la relación de la política con la sociedad. Ya de algunas cosas pensaría más, y quizás lo haga en algún momento. Dentro de seis años se cumplen los bicentenarios de la independencia de una ponchada de países latinoamericanos, quizás esa sea la ocasión de sentarse a pensar de nuevo, es decir, quizás sea la ocasión para prepararse para el 2010, que no es una fecha cualquiera porque México, Chile, Uruguay, Perú celebran sus bicentenarios. Esto es Latinoamérica en el 2010.

R. P:

Respecto de la 'rutinización', me gustaría que profundizáramos más, porque, finalmente, no sólo es un proceso de rutinización de la función del intelectual, sino también del discurso crítico. Es decir, el discurso crítico se trivializa, como le pasa a Benjamin, y se masmediatiza. Qué pasa con el intelectual de *Escenas* frente al parafraseo infinito de su propio discurso en la televisión, en los 'talk show', en qué sé yo, los debates políticos a media asta. ¿Qué pasa cuando uno ve su discurso masmediatizado?

B. S:

Yo no tengo una posición aristocrática frente a eso, no la tengo para nada. Tengo posiciones vanguardistas en muchos campos, pero ahí no tengo una posición vanguardista aristocrática, en el sentido de decir que lo encuentro un horror. No voy a hacerlo a lo medios, excepto cuando saco un libro porque si no la editorial te mata. No voy a la televisión, y a la televisión que voy es con muchas condiciones, por ejemplo, que me van a dar todo el tiempo y de que no me van a cortar. Participo mucho más en la radio porque en la Argentina hay muchos programas y además los periodistas son buenos, un poco más, pero poquito. Yo elijo sólo intervenir fuertemente en los medios de comunicación escrita. Creo que son un lugar hospitalario para el intelectual, el mejor lugar. Entonces, una cosa es lo que uno hace y otra cosa es lo que hace la sociedad.

Yo no tengo una posición aristocrática frente a eso, a mí no me desespera que se hable de campo intelectual o de zapping televisivo. Si las ideas pasan a la sociedad, la sociedad las activó, yo tengo una perspectiva discursionista y democrática.

R. P: Pero cómo lo lee o interpreta.

B. S:

Lo interpreto como un 'así pasó a la sociedad'. Las sociedades son muy contradictorias. Nunca se avanza con los modelos que a uno le gustaría que avanzaran, excepto la Atenas de Pericles en la cual uno no vivió. Si algo de eso pasó a los medios, me refiero al discurso de nosotros, y no sólo el discurso de nosotros, sino al de tantos que hablaron acerca del 'discurso' político de transparencia, así pasó. Si algo de eso pasó a los medios, si hay periodistas que lo repiten aunque lo repitan más o menos, frente a eso yo no tengo una perspectiva aristocrática. Yo no voy a estar ahí en esa mesa discutiendo, digo, porque pienso que mejor me quedo en mi casa y escribo sesenta líneas si quiero intervenir e intervengo en la prensa y después eso rebota, pero eso me lo digo a mí misma. No tengo un reflejo aristocrático, quizás el único punto en el que tengo una reacción más democrática que vanguardista. Los dos son reflejos modernos. Quizás ese sea el único punto, el de la esfera pública, en el que tengo una perspectiva más democrática que vanguardista.

R. P:

Y respecto a lo mismo: ¿Cómo describiría hoy día el campo intelectual argentino y el latinoamericano? ¿Cómo caracteriza ud. a los grupos que están pensando hoy en la argentina y las vinculaciones que existen entre los distintos campos intelectuales de la red sudamericana o latinoamericana?

B. S:

Digo, yo no sé si Latinoamérica está muy comunicada. Yo no sé nada de lo que está pasando en Colombia, Venezuela, Perú. Yo sí sé que hay una zona, que Ángel Rama llamaría la del Cono Sur, que tiene comunicación y sabe lo que el otro está haciendo. Yo entiendo que no hay una red con México, pese a que

fue muy importante para los estudiantes argentinos. Yo pienso que es el Cono Sur lo que está relativamente comunicado. Es decir, yo sé cuales son las revistas que me interesan en Chile, por lo menos algunas las conozco bien, las recibo y reciben la mía, como lo que pasa con Nelly Richards. Conozco los nombres de los profesores con los cuales puedo dialogar, o bueno, a casi todos personalmente. Lo mismo pasa con el Uruguay y con algún sector de Brasil, porque Brasil es inmenso, pero sí conozco la gente de San Pablo y Río de Janeiro. Y sé también quién me importa, y tengo sus nombres en mi libreta. No sé si eso es una trama muy fuerte, no estoy segura, es muy difícil encontrar libros chilenos en la Argentina y es muy difícil encontrar libros argentinos en Chile. Cuando las revistas llegan, llegan porque uno las ensobra y las manda a una persona y viceversa. No hay traducciones de libros brasileños en la Argentina y a la inversa, sí, Brasil traduce más, ha traducido más intelectuales argentinos que Argentina intelectuales brasileños. O sea que diría que tampoco se trata de una red tan bien servida y comunicada. No hay una revista continental, como la que en un momento de los años sesenta se puso en marcha. No hay una Revolución cubana que unifique continentalmente y que reúna a los intelectuales en La Habana, porque nadie que va a La Habana deja de ver que hay un régimen despótico. Eso se acabó, por lo tanto, no hay ninguna metrópolis intelectual. Cuba lo fue en un momento, en un período de los años sesenta, por lo menos de los intelectuales de izquierda, pero eso empieza a quebrarse a fines de los sesenta y ya desaparece. Por tanto, yo diría que Latinoamérica, es decir, los campos intelectuales no están tan comunicados. A veces sucede que las cosas pasan por casualidad, ciertos conocimientos a veces suceden por entera casualidad, por ejemplo, yo a Nelly Richards, la conozco por entera casualidad. Ella me manda cosas, porque conoce mi revista. Me manda el primer libro de ella donde toma algunas performances que se hicieron en la época de Pinochet, el libro sobre la resistencia, y yo no conozco su nombre, leo el libro, me impresiona mucho y, a partir de allí, se forma una relación. Porque hay que ver que el primer exilio chileno llegó a Buenos Aires y rápidamente se tuvo que ir de Buenos Aires. Pero hay que decir que ese momento, que pudiese haber sido un momento de conocimiento, se fue, porque se tuvieron que ir todos. Y, por tanto, yo no diría que se haya formado un campo continental muy comunicado. El año pasado se

hizo una experiencia. Estuve cinco meses en Berlín en un lugar donde había intelectuales y académicos de todas partes del mundo, pero los que más llegaban eran africanos y asiáticos. Habíamos dos latinoamericanos. Tampoco diría que los africanos y los asiáticos saben todo de sus respectivos continentes. Los que son de origen musulmán conocen muy bien el mundo musulmán. Los que tienen el árabe como lengua, tenían el mundo árabe muy presente, pero había gente de la India que no era musulmana y esa gente tenía otro universo. Tampoco me dio la impresión de que los latinoamericanos teníamos un campo activamente integrado, pero sí los africanos. Los africanos no islámicos, los africanos francófonos tienen otra cosa. Los del Congo tienen otro mundo, más referido a la metrópolis y tienen literatura francesa y literatura en swahili, y no tienen ese nexo que tenían los islámicos. Mientras los islámicos africanos, los del pueblo de Zanzibar y los de Túnez, tenían una relación cultural. Es decir, tampoco podemos decir que lo que falta en América Latina, en África y en Asia se da al toque. Quizás el único lugar donde se esté fundando una cultura pancontinental sea Europa y eso está pasando gracias a los jóvenes, no a las viejitas alemanas. Porque los estudiantes de la secundaria pueden elegir donde seguir haciendo sus años de secundaria y los años de universidad y les vale exactamente lo mismo, tienen esas becas Erasmo y se desplazan y, además, como todos los jóvenes están incluidos en la escolaridad, bueno, en general, ahí se empieza a formar una cultura paneuropea. Pero a mí no me parece que suceda con los mayores, con la gente de mi generación. Quizás ahí haya un futuro, así como uno podría decir, del renacimiento de los libros. Pero en los demás países, la fragmentación existe.

R. P:

Usted dijo hace un rato que consideraba a la política como posible núcleo de acción ¿Y no será que a ese intelectual que ha sido solitario y que se ha encerrado en su núcleo de élite, le falte reconducir su acción en términos políticos? No me refiero con esto a una politización de la función del intelectual, sino más bien a integrar a la política como metodología, hacer de su trabajo acción, y formular una intelectualidad latinoamericana que esté conectada y no fragmentada?

B. S:

Los que posibilitan esa conexión, un puente local, primero, y luego uno continental, son los partidos.

R. P:

Pero más que asumir una posición política partidista, me refiero a hacerse cargo de una acción política, es decir, asumir un rol de intervención sobre el campo cultural y el social.

B. S:

Sin partidos, la intervención es en los medios. Sin partidos, es ese el canal. Sin embargo, hay algunos intelectuales que tienen medios más hospitalarios y otros que no. Brasil, por ejemplo, tiene algunos diarios que tienen tremendas tribunas de discusión intelectual, o también, por ejemplo, en internet. Yo visito *Folia*, habitualmente, y los medios que conozco son extraordinarias tribunas de discusión intelectual. Ahora por qué es eso, porque Brasil es una sociedad más fragmentada, entonces el público de diarios es un público más amplio que el público de diarios en Argentina.

R. P: Y mucho mayor que el de Chile, que es precario.

B. S:

Sin embargo, Chile podría tener diarios con grandes tribunas de discusión intelectual. Porque el problema es que cuanto más fragmentada es la sociedad, vos podrías llegar a más núcleos de diverso público, que es el caso de Brasil. La *Folia* no es un diario que lean capas medias – bajas, lo hacen para las capas medias y medias altas que los leen. La Argentina es un país que, aunque bajó mucho la lectura de diarios, sigue siendo un país de mucha lectura de diarios, como en los años treinta, por tanto, los diarios tienen que ir mucho más allá, tienen que ir hacia sus lectores. Entonces, un diario argentino, soporta menos un debate intelectual de cincuenta mil espacios por intervención durante quince días. Mientras que *Folia* puede abrir un debate y tenerlo quince días abierto. Hace algunos años se abrió un debate acerca de la productividad de los académicos en la Universidad de San Pablo y estuvo abierto hasta que

se agotaron las intervenciones. En Argentina eso no sucedería nunca porque su público se desinteresaría. Chile podría tener eso, dado que es un país mucho más elitista que la Argentina, mucho más fragmentado, los diarios se leen más arriba que abajo, pero podría tener esa posibilidad.

R. P:

Es poco probable, porque la verdad es que esa élite a la que usted se refiere, más que estar vinculada a la intelectualidad, está más cercana al poder económico.

B. S: Mirá, la verdad, yo tengo una visión distinta de Chile que los chilenos...

R. P: ¿Sí?.... Por favor ¿cuál es esa visión?

B. S:

No, no, no (risas). Es una versión desde afuera, no te creas. No, yo creo que Chile, al ser una sociedad más fragmentada, todo el mundo viene más o menos del mismo sector. Por lo menos hasta la gente de mi generación. Al ser muy fragmentada la sociedad, todos vienen del mismo sector social. Ello explica, por un lado, las cosas horrendas que tiene Chile, es decir, por ejemplo, que no ha podido romper, como en otros lados, con la dictadura. Que la dictadura se tramitó y se sigue tramitando. Cuando yo fui el 11 de septiembre al *Utopías*, estaba asombrada de que nadie dijera el discurso antipinochet y era la Arcis quien organizaba. Ahí estaba presente el corazón del socialismo. Ahora, estaba asombrada, ya veía que en cualquier momento ponían en un lado de la Plaza a Allende y al otro Pinochet. Entonces, por un lado, esa es una sociedad en que casi todo el mundo viene de los mismos lugares sociales. Eso no es muy bueno desde mi punto de vista, desde una perspectiva más democrática, como lo es la sociedad de acá. Acá en Argentina, si mirás los apellidos de los que componen el campo intelectual, no hay ningún apellido de la élite. Ya en mi generación eso no lo vas a encontrar, ni en la anterior tampoco. Quizás alguno llegó, porque llegó mucho apellido judío, mucho apellido de la mezcla, italiano, de la mezcla que fue democrática, digamos. Ese es un rasgo que a mí me resulta 'raro' en Chile. Pero, por otra parte, eso hace que algunos partidos

políticos, por lo menos el socialista que conozco más de cerca, tenga dentro de sus cuadros de militantes gente mucho mejor formada y más intelectual que los cuadros militantes de Argentina. Yo te invito a que vos compares a Lagos, no importa sus políticas, pero que compares la formación de Lagos, con la formación de cualquiera de los presidentes argentinos, que hemos tenido hace algunos años, incluido Alfonsín, que quizás haya tenido un libro más cerca. Son gente, los políticos chilenos, que está más incluida en un mundo de debate de ideas. Eso tiene que ver además con esos dirigentes que fueron exiliados. Los dirigentes políticos de Argentina no fueron exiliados; algunos fueron presos, pero los demás se quedaron haciendo política menor. El hecho de que muchos dirigentes fueran exiliados, por ejemplo, a Alemania, como Jorge Arrate, hizo que se viviera una vida con la cabeza muy abierta. Además, tiene que ver con la tradición del Partido Socialista. No me estoy pronunciando acerca de la política que haga hoy, sino acerca de la tradición ideológica intelectual de un partido. No es lo mismo tener un partido en masa, donde entra cualquier cosa, como es el justicialismo o el radicalismo, que tener un Partido Socialista y un Partido Comunista. Chile tuvo partidos de clase, precisamente porque es una sociedad muy fracturada, pocos países de América Latina que tuvieron partidos de clase existen hoy, pero en los momentos en que los hubo, Chile los tuvo. El Partido Radical, también, fue un partido de las capas medias, radicalizadas, progresistas, en términos ideológicos – culturales, etc. Entonces yo tengo una visión de Chile distinta. Aunque por momentos me parece una sociedad muy, muy conservadora, otras veces digo, mirá qué interesante, porque la comunicación es más fuerte entre campo político y campo intelectual. Digo, un tipo como Brunner, vos no te lo podés imaginar acá teniendo los cargos que tuvo en el gobierno anterior.

R. P:

Bueno, esto puede ser una burrada y un comentario al margen pero.... ¿De qué nos sirve como país todo eso? Porque esos sujetos están. Lagos es una persona preparada, yo creí en su proyecto, inteligencia, preparación y capacidad, sin embargo de qué le sirve eso. Están todos atrapadísimos.

B. S:

Bueno es que Chile hizo una transición muy complicada, porque la Argentina tuvo la ventaja de que perdió una guerra, es decir, yo estuve en contra de la guerra de Malvinas, de las pocas personas que estuvieron en contra, pero creo que la sangre de los argentinos en Malvinas fue el puente a la democracia. Los chicos que murieron en Malvinas son los que trajeron la democracia. No es lo mismo que la dictadura se retire con una guerra perdida, que como allá, que Pinochet estuvo al borde de ganar el plebiscito.

R. P:

Bueno, y tenemos ahora a un Señor Lavín que estuvo a punto de ganar las elecciones a un tipo tan preparado como Lagos.

B. S:

Exactamente, y no está dicho todavía qué es lo que va a pasar. O sea la transición en Chile fue muy complicada. Y tuvo que aparecer esta especie de disparo místico que pasó en Inglaterra para que lo de Pinochet empezara a moverse, fue verdaderamente un disparo místico, esto entre España e Inglaterra se salió de madre. No es lo mismo que caiga una dictadura por una guerra perdida, ésa es la sangre de la democracia en Argentina. Nosotros queríamos que Inglaterra ganara porque sabíamos que se iba la dictadura con eso. En cambio, Chile armó ese plebiscito e hicieron esa constitución que todavía está ahí, con esos senadores impresentables. En Argentina hubo indulto y obediencia de vida y punto final, pero hubo juicio a la junta, y hubo porque el ejército fue derrotado militarmente. Esa fue la gran diferencia de la Argentina. Ahora el modelo neoliberal funciona en todos lados. Lula lo está practicando, el modelo neoliberal es algo que parece que no encontramos la forma de salir de él, pero esa fue la gran diferencia.

Ahora otra diferencia fue que Pinochet logró alguno de los objetivos que se propuso.

R. P: Pero lo que logró fue lo más fuerte y lo que nos condena hoy.

B. S:

Sí, pero lo que no te dejó fue el despelote. La dictadura argentina, además de la guerra, dejó un caos, porque no logró ninguno de los objetivos que se puso. Pinochet logró algunos de ellos, la reforma de la economía chilena, la nueva implantación de la economía chilena en el mundo, todo eso que la argentina no logró hacer, se favoreció a un grupo de la población, sin duda, pero se hizo algo en vez de sólo hacer el caos.

Otra cosa que tiene Chile, que tiene cosas malas, pero otras no, por ejemplo en su clase política, es que los pactos políticos se cumplen. La concertación cumplió sus pactos, ningún presidente dijo, sabés que me quiero quedar y se quedó. En la Argentina no se cumple ningún pacto político.

La otra diferencia, que tiene que ver con el carácter aristocrático de la sociedad chilena, con un estilo de su sociedad y su clase política, es que si bien ha habido casos de corrupción, como los del año pasado (que yo me sonreía cuando leía), el estilo es menos demoledor. Eran unos pesitos que andaban dando vueltas...El estilo de corrupción que ha surgido después de los noventa, no ha tenido lugar en Chile y espero que no lo tenga. Eso que tu dices, de que la sociedad aristocrática es la que tiene el poder económico, eso algún rasgo positivo tiene, que es que, por lo menos, la cosa no se desbanda. No me imagino a un presidente chileno haciendo la de Menem. Estas son las diferencias entre países y me parece que son dos casos comparativos muy interesantes. Y uno ve en términos culturales las diferencias, las culturas nacionales.

R. P:

Respecto de esa misma diferencia. El año pasado, como ya le comenté, yo asistí a *Utopías*, el seminario organizado por la Universidad Arcis, en el que usted estuvo de panelista. El día 11 de septiembre hubo un plenario bastante abarrotado de figuras nacionales (chilenas) e internacionales, entre ellas, Jean Franco, Andreas Huyssen, Nicolás Casullo, Idelber Avelar, Nelly Richard, Alberto Moreiras, Tomás Moulian, Diamela Eltit, Julio Ramos y Hugo Zemelman. Y el tema era cómo se enfrentaba hoy la hegemonía del capitalismo. Me dio la sensación de que allí se configuraba una imagen de Chile, que nos describía como un país que había aceptado de buena forma ese

sistema y que, de alguna manera, se había adecuado pasivamente a él. En este sentido, eso se podría relacionar con el espacio restringido que hoy ocupa el intelectual en Chile. Existe un grupo muy pequeño de personas que aun creen en el rol revolucionario de ese intelectual.

B. S:

Bueno, yo recuerdo que ahí Moulian tuvo una reflexión muy interesante y muy radical.

R. P:

Pero, ¿por qué pareciera que en otros lugares el campo intelectual es mucho más fuerte que el chileno?

B. S:

Habla sobre el orgullo nacional de Avelar ante la propuesta de Lula. Diría que es muy lícito ese nacionalismo habermasiano, esa identificación que establecen algunos intelectuales con los procesos de sus propios países.

R. P:

La última cuestión. Yo estoy haciendo un trabajo sobre usted y he estado revisando bibliografía, y existen más que nada artículos, sobre todo acerca de la *Modernidad periférica* y de las *Escenas de la vida posmoderna*. Sin embargo, no hay un texto acerca de 'Beatriz Sarlo'.

B. S:

Hay, pero yo no las tengo, hay varias cosas. Hay una persona que se llama Patricia D'Allemand que hizo una tesis sobre Rama, yo y no sé quien más. Ahora está en Inglaterra y yo no te podría facilitar nada. Ahora, yo no te puedo facilitar nada.

R. P: Pero, yo me refiero a un libro sobre usted.

B. S: No, un libro no.

R. P: Bueno, ¿cómo se imagina que podría ser una tesis sobre usted?

B. S:

¡Ah! No, no, no. Yo soy muy buena directora de tesis, quizás lo único bueno que hice en la Universidad fue dirigir tesis. Pero yo no te lo puedo contestar. No sé, me resulta imposible de contestar. Es más, yo no tengo las cosas que se escriben sobre mí, porque me resulta imposible leerlas en un punto. Las leo y ya, digo, mirá, y se las regalo a un amigo. No podés llevar la mirada de ese otro. Bueno, por lo menos a mí me resulta muy difícil. Si a vos te interesa saber, yo tengo el nombre de alguien que está en Alemania y quizás, por lo menos, pueda tener las cosas de Europa: Andrea Pagni.